

Víctor Hugo Martínez González

CON EL ÁNIMO PERPLEJO

Un ensayo sobre la izquierda en democracia

CON EL ÁNIMO PERPLEJO
Un ensayo sobre la izquierda en democracia

Víctor Hugo Martínez González

UACM
Universidad Autónoma
de la Ciudad de México

gedisa
editorial

CON EL ÁNIMO PERPLEJO. Un ensayo sobre la izquierda en democracia

© Víctor Hugo Martínez González

Diseño de cubierta: Luz Ma. Zárate

Imagen de cubierta:
“Praga. Agosto de 1968”

Josef Koudelka (1968)

Primera edición diciembre de 2019, Ciudad de México, México

©Universidad Autónoma de la Ciudad de México
Dr. Salvador García Diego No. 168
Colonia Doctores
06720, Cuauhtémoc
Ciudad de México
México

Derechos reservados para todas las ediciones en castellano

©Editorial Gedisa, S. A.
Avda. Tibidabo 12, 3º
08022 Barcelona, España
Tel. 93 253 09 04
Correo electrónico: gedisa@gedisa.com
<http://www.gedisa.com>

ISBN Gedisa: en trámite
ISBN UACM: en trámite
IBIC: XXX

Esta investigación fue arbitrada por pares académicos independientes
avalados por la institución académica y la institución coeditora.

Impreso en México
Printed in Mexico

Queda prohibida la reproducción total o parcial por cualquier medio de
impresión, en forma idéntica, extractada o modificada, en castellano o
cualquier otro idioma.

Otros títulos de la colección

La inmanencia del deseo.
Un estudio sobre la subjetividad ética
y el amor a la existencia en Spinoza
Mariela Oliva Ríos

Los dilemas de la ciudadanía moderna
y la dignidad de los derechos humanos.
De Arendt a Benhabib
Concepción Delgado Parra

Los espejos de la democracia.
Ley, espacio político y exclusión
Israel Covarrubias

Realidades líquidas, conceptos zombis.
El léxico de la política en la globalización
Ruslan Posadas Velázquez

Una historia
de zozobra y desconcierto.
La recepción de las primeras
escritoras profesionales en México
(1867-1910)
Leticia Romero Chumacero

A Paola,
origen y plenitud de sentido.

Índice

Agradecimientos	15
Introducción	17
PRIMERA PARTE	
Capitalismo, Estado y Democracia	39
I. La política moderna y liberal	39
1. Rosanvallon: <i>el capitalismo utópico</i>	41
2. Polanyi y la <i>Gran Transformación</i>	46
3. Legados del siglo XIX	52

II. La posguerra	55
1. Estado de Bienestar	56
2. Principios e instituciones sociales	63
III. (Otro) mundo nuevo	67
1. La crisis económica	69
2. La revolución cultural	73
<i>Adenda: el caso alemán</i>	77

SEGUNDA PARTE

Cambio Social y Neoliberalismo	83
I. Fin de siglo	83
1. Cambio de época histórica e intelectual	87
2. El relato ideológico de la modernización	89
3. Nuevo régimen de historicidad	97
II. La economía del Estado neoliberal	100
1. Origen y condición estructural	102
2. Atributos definitorios	104
III. Razones de atracción neoliberal	109
1. Orden de las ideas	110
2. Orden de las instituciones	112
3. Orden de las conductas	113

TERCERA PARTE

Una Izquierda Democrática y Desconsolada	117
1. La política desilusionada	117
2. De regreso de la sociedad civil	123

3. Transiciones a la democracia	127
4. Auge y sigilos de la <i>transitología</i>	131
Adenda: mi generación desafiada	138

CUARTA PARTE

Cine, Novela y <i>Rock</i> de la Política Democrática	141
I. Cine político de la democracia	141
1. La historia y el cine	142
2. Cine y clima cultural democrático	146
3. El presentismo en el cine	153
II. La literatura política en democracia	164
1. El cambio cultural de la democracia	166
2. El cambio democrático de la literatura	168
Conclusiones	181
Bibliografía	191

Agradecimientos

Escrito dentro del proyecto investigativo *Desafíos de la integración social en las democracias* (SEP-Conacyt, No. 285575, 2018-2020), este libro debe mucho al aliento académico de Carlos Pereda (Instituto de Investigaciones Filosóficas, UNAM), Sergio Ortiz Leroux, Julieta Marcone, Álvaro Aragón, Concepción Delgado, Ángel Sermeño y Arturo Santillana (Grupo de Investigación de Teoría y Filosofía Política, UACM). Mis perplejidades y retos reflexivos devinieron del ánimo autoexigente y la amistad enriquecedora de este noble equipo. Otros espacios favorecieron también la escritura: un sabático en el CIDE gestionado por Eduardo Villarreal; el Seminario *Las izquierdas mexicanas hoy* del Instituto de Investigaciones Sociales de la UNAM, coordinado por Miguel López Leyva y Jorge Cadena-Roa; invitaciones de Andrew Richards y José Ramón Montero al que fuera el Centro de Estudios Avanzados en Ciencias Sociales de la Fundación Juan March (Madrid); y la Universidad Autónoma de la Ciudad de

México, donde preparé e impartí, en 2017, el Seminario *Izquierda, cambio social y democracia*, discutiendo después con los estudiantes las primeras versiones de algunos capítulos.

Por debajo de esos insumos formales, los sedimentos de este libro son tan persistentes y diversos que rebasan mi memoria o cualquier intento de tributo. Amistades, coyunturas, azares, períodos de formación y también de desaprendizaje nutren las distintas formas de experiencia y trasfondos de este libro. Por desempolvar una de esas corrientes subterráneas: en 1997, gracias a los cursos filosóficos de mi amigo jesuita Mario Armando González, leí un fascinante ensayo que conectaba a la izquierda con el cine, el *rock* y el aroma posmoderno de las transiciones democráticas. No sólo el capítulo dedicado a ello, sino el espíritu mismo de esta obra, abreva de aquellas remotas, pero aún vivificantes, avenidas de sentido. Por mi escasa rapidez para madurar ideas que me satisfagan, pero sobre todo por la compleja identidad –y misterio– de la izquierda dentro de las democracias neoliberales, este libro tardó lo suyo en encontrar su forma.

Ciudad de México, octubre de 2019.

Introducción

I. Perplejidad como estado de ánimo

Pensar la *izquierda en democracia* es un laborioso rompecabezas; empecemos por lo obvio. En octubre de 2017, el centenario de la Revolución Rusa rememora lo que hasta 1989-1991 conformó el mundo bajo el marco de un sistema comunista, que con el desplome del Muro de Berlín y la URSS abrió paso a un siglo adelantado y a una celebración opuesta: la de las revoluciones democráticas teorizadas como *fin de la historia*. Ahora bien, si en el plano de los hechos, los ideales de izquierda salieron del siglo XX por la puerta secundaria, ¿qué tan ardua ha sido su adaptación a las economías de mercado, las democracias liberales y las sociedades de consumo? Entre los parabienes por su viraje y los lamentos por su extravío, las evaluaciones discrepan y la perplejidad crece. No tenemos un balance definitivo, pues la veloz etapa de cambios emprendida en los 70 continúa y desorienta.

El mundo, en efecto, comenzó a transformarse en 1971 con la flotación del dólar; en 1973 con la crisis del petróleo; en 1978 con la apertura económica de China, la invasión rusa a Afganistán y la elección de Karol Wojtyla como Papa; en 1979 con la llegada al gobierno británico de Margaret Thatcher; en 1980 con el acceso al poder de Ronald Reagan en Estados Unidos y la legalización en Polonia de *Solidaridad* como primer sindicato independiente en un país comunista; antecedentes entre muchos de la redirección neoliberal. Para 1989, la coraza tecnológica que la antigua Alemania comunista preparaba para su nefasto Muro sólo podía ser superada en perplejidad por el derribo de esa frontera el 9 de noviembre del mismo año. Posteriormente en 1990, la derrota electoral en Nicaragua de la última revolución que se propuso socialista, confirmó lo ruinoso de esa izquierda ante una nueva atmósfera económica, política y cultural. Un año antes, China vacunaría su gobierno contra “los ideales democráticos y occidentales” de los estudiantes reprimidos en la Plaza Tiannamen; de entonces a la fecha, el partido comunista chino restauró la economía de mercado y rige sin liberalización política una perplejidad bautizada como “capitalismo socialista” (Bartra, 2016).

El fin del comunismo es, por supuesto, la cresta de los cambios democráticos conceptuados como un orden donde la libertad de mercado aseguraría el liberalismo político y cultural. Frente al totalitarismo que deformó los ideales izquierdistas, la competencia partidaria en Rusia significó un flamante salto democrático; pero la Rusia de hoy, orgullosa de superar a Londres en el costo del metro cuadrado en la *City* de Moscú, es la que, bajo el mando de Vladimir Putin, ha legislado la censura de imágenes opositoras al régimen. Según Charles Tilly (2010), Rusia es un ejemplo de (des)democratización donde la democracia concitó los mejores augurios. Rusia, y China también, ofrecen al turismo de masas la mórbida atracción de pasearse unos segundos alrededor de las momias de Lenin y Mao. ¿Esta insólita y costosa excursión revela en quien la paga una identidad de izquierda?

Por otra parte en América Latina la perplejidad de pensar la izquierda en democracia tiene variantes propias, pero inscritas en un

problema general. Anticipo aquí una síntesis. En los 70, mientras el mundo salía de la estructura keynesiana para entrar a la neoliberal, ese reajuste coincidió en América Latina con la derrota militar, política e ideológica de la izquierda revolucionaria (Lechner, 1990). No hubo, pese a todo el sacrificio puesto en ello, ninguna guerrilla que replicara el modelo castrista de transformación social a la que una generación se entregó. Salvo el sandinismo, sepultado por su propia distorsión (Ramírez, 1999), ninguna experiencia armada se libró de la represión, la muerte o el exilio.

A esta contundente derrota seguiría la frustración y recambio de ideales políticos, cuyo balance es ambiguo por tres razones: 1) La democracia, subestimada antes como epifenómeno del dominio económico, comenzaría por fortuna a ser resignificada como un sistema normativo de libertades. Es en ese ajuste que la izquierda latinoamericana descubre, no sólo la democracia, sino la posibilidad de ser de izquierdas y, no obstante, liberal; de ser izquierda-liberal.¹ 2) La conversión democrática de la izquierda no sería, empero, hacia un modelo de democracia social, como algunas tendencias teóricas pretendieron luego del golpe de Estado en Chile en 1973. Esa batalla de ideas políticas por la democracia transcurrió en los años 80, pero para la década siguiente la globalización económica moldeó la realidad a la cual adaptarse.² 3) En la democracia liberal, el *revival* de los partidos de izquierda sería tan venturoso que dio pie, en el siglo XXI, a un giro izquierdista en el continente; convertidos en partidos *catch-all*, conforme el cambio social y cultural exigía, esos partidos renovados tendrían, empero, como límite una estabilidad institucional que desairaba los empeños radicales de cambio (Levitsky y Roberts, 2011; Torrico, 2017).

¹ Por poner una viñeta argentina: en el peronismo clásico, y en el que evolucionó hacia la clandestinidad, el liberalismo era combatido como una “tendencia pequeñoburguesa”. Hoy suena inverosímil, pero así fue.

² Las ideas de democracia social bajo aquel debate pueden recordarse en Centro de Estudios Sociológicos del Colegio de México (2003), *Modernización económica, democracia política y democracia social*.

Esa impotencia ideológica, es decir, el recorte de la representación de lo que por la política es im/posible, explica la perplejidad que dentro de la izquierda ha surgido contra las propias fuerzas de izquierda en el gobierno. Por acatar el molde de la democracia liberal, asientan algunas izquierdas inconformes, los gobiernos de izquierda moderada no atienden *la cuestión social* ni modifican las reglas económico-políticas. Las presiones de la democracia sobre la izquierda influyen, de este modo, en la repetición de un viejo problema: el de una izquierda auténtica que por la izquierda rebase a una izquierda acomodada. El populismo resulta así un paraguas, invocado e indefinible, en el que se agrupan corrientes de izquierda que plantean el regreso a un anticapitalismo primitivo, al nacionalismo o hacia un futuro pospartidario de democracia directa o movimientista.

Enlazado con la dualidad entre polos “liberales y socialdemócratas” *versus* “autoritarios y populistas”, este debate fractura a la izquierda “moderna”, e incluso a la experiencia “alternativa” que más ha avanzado el contraproyecto de una “demodiversidad” (Bolivia). Sintomáticamente el debate relega al socialismo cubano como futuro deseable. Peregrinar a Cuba, donde la muerte de Fidel Castro o las visitas de Obama y los *Rolling Stone* fueron bisagras de la apertura capitalista, ¿sigue calificando como turismo revolucionario si el *tour* hace escala en el Mausoleo del Che Guevara?

Pensar en los monumentos que simbolizan un mundo que dejó de ser, es una forma de percibir la estela de traslaciones democráticas. Quizá menos obvio que la reorganización económica, el rearmado del universo de la cultura (donde aquellos monumentos vivieron, y hoy otros se erigen) es intrigante. ¿Cómo ser una izquierda contracultural cuando la cultura de izquierdas es ahora sistémica y está afianzada en el imaginario popular como una opción ideológica no demasiado diferente a la derecha? ¿La democracia es acaso —como algunos afirman— un régimen posideológico? Leer cosas así, ¿no despierta perplejidad?

Cuando hago referencia a monumentos defenestrados en tiempos democráticos, pienso en el sumario histórico que transmiten su retiro y olvido. El sentido de esto no es menor, ni se reduce a la vulgata

ideológica del triunfo de la democracia como forma de vida. Tomar así la destrucción de estatuas del pasado socialista supone un relato histórico tan superficial y maniqueo como la otrora simpleza de la patria socialista. En Budapest, los usos públicos de este relato histórico han borrado el pasado reciente de 1947 a 1989 cuando Hungría, además de oprimida, fue gobernada por el comunismo. El actual relato festivo de la historia de ese país se articula con redonda candidez en tres etapas: 1) *pesadilla totalitaria*, en la que nazismo y comunismo son asimilados, obviando, por supuesto, el respaldo de alguna población a las filas nazis;³ 2) *germen de la lucha democrática*, sepultada en 1956 por la invasión soviética; y 3) *revolución democrática* de 1989 y suplantación del pasado fresco por la exaltación del pasado más remoto.⁴ Con estos cortes históricos, Hungría conjuga hoy una narrativa histórica volcada a los lustres imperiales de su estirpe magiar, ligados –según esta visión– con su presente y futuro de economía globalizada y hábitos modernos de consumo. Las iconografías de la vida comunista, sin cabida en este presente divorciado de la historia, *sobremueren* en el tétrico panteón de estatuas Parque Memento a las afueras de Budapest.

Por otra parte, en Praga, donde la riqueza económica es mayor a la de los anhelos húngaros, no queda más rastro de las viejas efigies que un guiño en los folletos de turismo: donde está el Gran Metrónomo, y cuya base hospedó en 1996 una figura de Michael Jackson, radicaba el mayor grupo de estatuas comunistas. No más que eso informan estas cápsulas ingravidas. La historia oficial, por otro lado, sigue un relato menos enfático en la criminalidad totalitaria, pues ahí la longevidad soviética es explicada por los sofismas estalinistas.⁵ Praga, la más bella y enigmática de las capitales del Este, es un sitio donde el capitalismo presume sus laureles. En ella, aunque no sea objeto de rutas turísticas obsesionadas con Franz Kafka, sobresale aún frente al río Moldava el

³ Las diferencias entre los totalitarismos nazi y comunista en Enzo Traverso (2001 y 2003).

⁴ Estas etapas nacionales se exhiben en Budapest en la muestra permanente del Museo Casa del Terror.

⁵ Este tratamiento del pasado es palpable en *El Museo Comunista* de Praga.

Café Slavia —donde el Che Guevara bosquejó su cruzada boliviana. Consumir en el que hoy es un espacio ostentoso de su cosmopolitismo, ¿envuelve un ademán nostálgico de izquierdas? O, por el contrario, si de itinerarios por antiguos países socialistas se trata, ese gesto debiera recalar en las visitas en Belgrado y Sarajevo al Mausoleo y recintos ceremoniales de Josip Broz Tito, donde el capitalismo tiene menos que lucir y la Unión Europea es vista con suspicacia.⁶

Si en lugares en que el cambio apuró la deposición de estatuas y el olvido, las transiciones a la democracia significaron un claro desafío a la izquierda, ¿qué podría esperarse de otros sitios cuyos traslados a través del tiempo histórico no hicieron forzosa alguna ruptura radical con el pasado? Pienso en México, donde ningún monumento asociado a siete décadas de autoritarismo ha sido visto con malos ojos durante y después de su cambio económico, político y cultural. De modo oblicuo, esta inalterada ritualidad política es ilustrativa de condicionamientos estructurales transferidos al período democrático. En la víspera de las elecciones de 2018, la izquierda dominante en México (MORENA) ofreció, de hecho, un programa vinculado con estas estatuas resilientes: estatismo, presidencialismo, nacionalismo u otros *ismos* propios de gobiernos sin libertades políticas; pero, relacionados en cambio, con una canalización de demandas para sectores mayoritarios. En nombre de la revolución, se justificó, en su época, esa triquiñuela por la que el gobierno autoritario brindaba derechos sociales a costa de restringir derechos políticos. Evocando ahora la democracia, esa vigente oferta setentera ha vuelto a fortalecer a una izquierda que venía marchitándose mientras intentaba subsumir su veta populista en otra moderna y socialdemócrata. Nada hay entre los monumentos nacionales que muestre arraigo de la socialdemocracia, como sí lo hay, de forma copiosa, de un pasado donde el nacionalismo revo-

⁶ Un análisis de este histórico antieuropeísmo en Europa del Este en Tony Judt (2013). Rumanía, Hungría, Serbia o Polonia son, por arraigadas razones que Judt discute, cuna de derechas ultranacionalistas. Sobre la guerra que desmembró en los 90 la antigua Yugoslavia: Judt (2011), *Postguerra*, Cap. 21.

lucionario fue la ideología que sirvió de romance tortuoso a la izquierda con el PRI. La campaña electoral de Andrés Manuel López Obrador prometió así refundar el futuro a partir de la restauración de aquellas glorias nacionales. La del PRD depositó su suerte, en cambio, en una agenda liberal, posmaterialista y perplejamente coaligada con la derecha.

Habría que preguntarse entonces por las condiciones específicas de la democracia que permiten expresiones de este tipo, en las que su atraso programático coincide con un efervescente impacto social. López Obrador es el ejemplo al uso y abuso de estos reparos.⁷ Pero no resultó menos desconcertante la alianza de una derecha neoliberal (PAN) y un par de izquierdas autodefinidas como socialdemócratas sin hacer gran cosa para aparentarlo (PRD, MC). Y qué decir del PRI, que después de encarar la transición democrática bajo el amago de “un nuevo partido”, resucitó los talentos del Presidente para elegir de modo arbitrario a su posible sucesor. Patentes los breches de la izquierda para adaptarse a la democracia liberal, ¿esa cualidad ambigua no se halla también en los grados de calidad de la democracia para incentivar propuestas ideológicas definidas?

II. Reflejos culturales de la perplejidad

En el mismo nivel de cambios históricos consumados, las perplejidades de esta transformación se manifiestan en los sentidos de la cultura dominante. Resulta previsible que ésta exhiba la huella de recomposiciones que instaron la hegemonía y legitimidad de la democracia. Pero la cultura no es sólo una caja de resonancias de los cambios; visualizada como la historia de las ideas por las que la vida social se ve representada, la cultura goza de una relativa autonomía y crea imaginarios que avalan, y a veces impugnan, las bases materiales del orden social.

⁷ Un trabajo perspicaz sobre el populismo moderado (y no radical) de López Obrador, en Monsiváis (2019).

En las últimas décadas, la vanguardia cultural resiente, empero, la carencia de vanguardias políticas que objetan la “naturalidad” del orden al que adaptarse.

Esa falta de proyectos contestatarios en lo político y cultural agrava la perplejidad de una izquierda cuyo núcleo identitario atesoraba los cambios radicales. Esta palidez ideológica es comprensiblemente un problema democrático. En democracia, la cultura política se postula como un estado de sensatez que privilegia el realismo como equilibrio normativo. Esta postura refuerza la reorganización sistémica por la que la política deviene en un subsistema sin atributos para coordinar la pluralidad social. Conceptuada como el cambio democrático de la política, esta situación refleja a contraluz la crisis de la política como un eje estructurador. La política, y su objetivación clásica en la figura del Estado, conforman así un binomio con menos poder que el tradicionalmente imputado.

En el orden de las ideas, esta reconfiguración de lo político libera imaginarios culturales en los que las expectativas de vida y la representación de lo social transcurren fuera de lo público. El trazo y satisfacción de ideales individuales y colectivos se endosan así a las oportunidades del mercado; como si la regulación político-estatal fuera innecesaria o perjudicial. De esta forma, contraído ante áreas de lo social que consolidaron una dinámica posestatal, el Estado no genera ninguna socialización opuesta a los valores de la sociedad de consumo. Sin esa alternativa, sin relatos políticos que propongan otros sentidos, el futuro se entiende como la continuación de un presente vertiginoso y figurado de espaldas a la historia. Ese ánimo cultural constituye un *régimen de historicidad presentista*, como los historiadores denominan a un tiempo sin ilusiones de cambio profundo. El pragmatismo de algunas izquierdas, el retardo o el futurismo inverosímil de otras, son un efecto de este contexto.

Habría que preguntarnos entonces ¿en qué consiste hoy la militancia de izquierdas? Esta pregunta facilita entrever los asientos culturales de este tiempo histórico. La militancia de izquierdas era, por encima de lo político, una actitud contracultural empujada por ideales que permitie-

ron “vivir de los sueños”. Sin ese envase prescriptivo, esa militancia no habría creído en un futuro socialista, ni incurrido en una demencial violencia para atrapar sus utopías. La represión de las dictaduras acabó con ese delirio. Pero la evolución de la militancia ha sido también un producto de la democracia. En ésta, la racionalidad militante no precisa más de un sentido contestatario, por cuanto la izquierda es ya una cultura inserta en las instituciones. En democracia, la militancia política es, de hecho, un vestigio dentro de partidos financiados en exceso, y cuyas menores tareas de integración social se asocian con el descenso de sus miembros (Katz, 1990). Muchos de éstos abandonan sus partidos en busca de organizaciones más democráticas. Especialistas en el tema argumentan así la inevitabilidad de modos flexibles, indisciplinados y transitorios de militancia (Scarrow, 2015).

Si los partidos resienten la perplejidad de estos cambios democráticos, la militancia política extrapartidaria es todavía más trastocada por los sentidos culturales en boga. Románticamente despertada por la influencia del cine, la literatura o la música, la disminuida militancia de izquierda ha dejado de tener en estas esferas culturales una zona propia. Aquel territorio, en el que cineastas, escritores o cantautores de izquierdas se reconocían como miembros de la vanguardia artística, no ha sobrevivido a la democracia y su irradiación a través de economías de mercado y sociedades de consumo.⁸ Expuesto lo anterior, induce a la perplejidad entender que aquel universo ideológico estuvo relacionado con una izquierda marginal y proscrita. Mucha de esa radicalidad ideológica fue la respuesta a la sevicia de las dictaduras. Posible ahora de difundirse por los canales del sistema económico, aquella cultura participa hoy de los medios para llegar a un público indefinido. La idea misma del autor y género culturales, por las que cierto cine, literatura y música fueron considerados de izquierda, desaparece en filtros tecnológicos de la comercialización. Perplejamente, pues, la izquierda se adapta a la erosión de lo que fue una militancia cultural.

⁸ Una revisión de las deprimidas fuentes y lecturas culturales de la izquierda en Modonesi (2017).

III. Debates teóricos de la perplejidad

Suspendo el recuento de cambios históricos y culturales para esquematizar ahora cómo el debate teórico de estos cambios es otra fuente de perplejidad para la izquierda. Para esto, recordemos la crisis con la que la izquierda inició la década de los 70. ¿Qué reyertas ideológicas la turbaban? Subsumo éstas en cuatro polos (Paramio, 2009):

1. El *comunismo soviético*, que desde la represión a Berlín oriental en 1953 y el develamiento en 1956 de los crímenes de Stalin, entra en una crisis irreversible agravada con la invasión a Budapest (1956) y Praga (1968).
2. La *nueva izquierda*, antiestalinista y con dos variantes: a) una izquierda liberal y anticapitalista que, como excrecencia de partidos comunistas y socialistas, será germen en países como Alemania e Italia de grupos terroristas y marginales, y b) una izquierda tercermundista que, frustrada porque los obreros europeos occidentales no son el sujeto de cambio que la teoría prescribe, exportará las fantasías de la revolución a las luchas anticolonialistas y antiimperialistas de estudiantes, mujeres o grupos raciales oprimidos en Asia, África y América Latina.
3. La *izquierda eurocomunista*, o marxismo occidental, que desde el trance ideológico de los partidos comunistas italiano, español y francés formulará sin éxito la afinidad entre comunismo y democracia.
4. En América Latina, una *izquierda foquista* que influida por la Revolución Cubana desechará el modelo desarrollista por la vía guerrillera al poder (Yoclevsky, 1997).

Del retrospectivo deterioro de aquellas teorías de la izquierda, es fácil identificar hoy la mezcla de socialismo y liberalismo como la más consistente, aunque en su momento esa hipótesis fuera tachada de imposible. En la nueva izquierda y en el marxismo occidental, parti-

cularmente en este último, aquella imbricación de ideologías liberales-socialistas era una síntesis a verificarse en el futuro. Hoy que el futuro es ya presente, el socialismo ha dejado, sin embargo, de presionar al liberalismo para hibridar sus principios. Con la hegemonía de la democracia liberal, el socialismo desapareció del imaginario colectivo. Ante ese fracaso histórico, ¿qué legados suyos puede hoy presumir la izquierda en los valores dominantes de la democracia? Algunos, por supuesto, pero en cualquier caso éstos no son las proyecciones con las que la izquierda imaginó su desplazamiento identitario. La democracia es ahora la forma política legítima e inopinada. Esa no-discusión, ese consenso ortodoxo, compromete a la izquierda frente una realidad que recortó sus ideales. Esa urgida adaptación origina perplejidad y revuelo.

Es bastante la perturbación que se genera en los debates en la izquierda entre posiciones extremas. Para algunas de éstas, de la conversión democrática de la izquierda sólo cabría esperar una versión liberal y resignada a no poder cambiar el mundo. Esta posición relata el cambio democrático como un desafío que la izquierda ya atravesó, y cuya prueba es la diametral diferencia entre lo que ésta fue y lo que es ahora. Con pragmatismo, sin dejos de nostalgia, la izquierda sería, pues, el lugar que ocupa dentro de las restricciones de la democracia liberal, la economía de mercado y las sociedades de consumo. En tiempo futuro, otro tipo de posiciones extremas narrarán la izquierda democrática como una realidad inexistente, por cuanto su probable rehechura se concretaría cuando la democracia sea plena y el sistema económico arribe a un utópico poscapitalismo.

En medio de estas antítesis, los debates tienen por superficie el patético choque entre izquierdas modernas, liberales o socialdemócratas *versus* izquierdas tradicionales, autoritarias o populistas. Debajo de ese tragicómico careo, la división revela la perplejidad de vivir en tiempos históricos distintos; de situar a la democracia como el fin unívoco e irreprochable, o por el contrario, como un medio insuficiente de la lucha política. Con perplejidad, la izquierda discute así si las ideologías tienen aún lugar en el mundo contemporáneo, o si la democracia

es un futuro por el que valga la pena redefinirse. ¿Qué de lo antiguo puede sobrevivir en lo nuevo?, se pregunta la primera de estas posiciones extremas. ¿Qué de lo nuevo cabe admitir en la lealtad a lo viejo?, se pregunta la segunda.

Si las posiciones de la izquierda son así de inciertas, la perplejidad es atizada también por la disputa en torno a las teorías de la democracia. Cuando la democracia mantenía un pulso con el comunismo, Giovanni Sartori (1991) predijo en los 70 un futuro en el que la democracia vencería, pero acarrearía desencanto al no poder realizar sus ideales. Sobre este punto, Norberto Bobbio (1986) desplazó estas falencias democráticas hacia externalidades que deformaban sus valores. Posteriormente, inspirado en él, Adam Przeworski (2010) fue a más y defendió la democracia subrayando la imposibilidad de obtener simultáneamente igualdad, libertad y autogobierno. Ya sin el comunismo, Ralf Dahrendorf (2006) previó también que la libertad política, el bienestar económico y la cohesión social serían inviables sin que las democracias reduzcan algunas de estas aspiraciones.

Esa reducción de ideales democráticos resultó inatajable cuando el liberalismo dejó de ser el que fue en la posguerra. Lo mejor del liberalismo social, lo que hizo a la democracia superior al comunismo, fue posible a la zaga de dos sucesos históricos: a) la derrota del liberalismo conservador como programa económico entre 1914 y 1945; y b) la necesidad de socialización a la que el liberalismo progresista convino someterse en el marco de economías planificadas de posguerra (keynesianismo) y tiempos de enérgica confrontación ideológica (Guerra Fría). La crisis actual del paradigma liberal, de la que la presidencia de Donald Trump es un ejemplo fácil, es discutida por teóricos liberales como Francis Fukuyama (2014) o Stephen Holmes (2012).

Plantear la crisis del liberalismo, y especular cuánto de ella influye en la crisis de las democracias, no es, empero, una discusión con todos los consensos. Así la tomo aquí, y por ello argumento esta crisis en la parte de este ensayo dedicada a la teoría democrática y al entorno al que la izquierda debe adaptarse. La plausibilidad de este debate descubre, en cualquier caso, otros motivos que abultan la perplejidad

de la izquierda. ¿Puede ésta confiar en que bajo la actual forma de la democracia liberal sus ideales tengan espacio? ¿La adaptación democrática de la izquierda puede seguir una estrategia reactiva a un modelo de gobierno tomado por óptimo a pesar de sus grietas? ¿Esta adaptación debiera ser más exigente y robustecer las bases democráticas en las que el autogobierno entra en tensión con los valores liberales? Sin posibilidad de entrever el futuro de la democracia, la duda por las fortalezas o debilidades del régimen democrático, como el lugar que con mayor radicalidad redefine su ideología, azuza (¡y cómo no!) la perplejidad de la izquierda.

IV. Método y forma

Argumentar la perplejidad de la izquierda ante el cambio social y democrático incita algunas valoraciones dramáticas y otras impasibles. Entre extremos sentimentales y contenidos, se precisa una perspectiva histórica. Recurriré a Charles Tilly y Enzo Traverso para trabajar este problema de contextualización de los cambios sociales. En su libro *Grandes estructuras, procesos amplios, comparaciones enormes*, Tilly (1991:15-20) reporta temores de personas alarmadas por el desajuste de la Revolución Industrial. Ruptura del orden y decadencia, fueron la conclusión de estos individuos para rechazar los cambios. En el libro de Traverso, *La historia como campo de batalla*, el relato no es el de un mortífero proceso de cambio, sino el de los esfuerzos por normalizarlo. “Una historia intelectual del mundo moderno —escribe Traverso (2012:274)— no podría escapar a la constatación de una impresionante paradoja: algunos acontecimientos hoy considerados emblemáticos de la violencia del siglo XX a menudo fueron recibidos con indiferencia”. El tratamiento del Gulag, Auschwitz, Hiroshima, diferido por décadas hasta adoptar su forma actual de catástrofes, son muestras de esta otra sensibilidad desdramatizada.

Con la izquierda, las apreciaciones del cambio social que marginó al marxismo como paradigma epistémico e ideológico, configurarán

una cultura pesimista y nostálgica. Las censuras de la izquierda radical a la izquierda electoral o democrática tienen copiosos antecedentes en posturas escépticas, que lo mismo alimentan el dogmatismo o proponen una irracional política sin partidos o mediaciones representativas. La Escuela de Frankfurt, especialmente, remarcó lo imposible de escapar a la razón instrumental. Un miembro desilusionado de Frankfurt, Otto Kirchheimer, pronosticó desde 1954 una nostalgia social por avanzar a una competencia partidista sujeta a las leyes del mercado. La exclusión de los valores aristocráticos de la política de masas detonó la melancolía de Kirchheimer.

Desde Platón, y su venganza en *La República* contra la impureza de lo real, siempre que un mundo sucede a otro las olas de cambio desatan consternación. Si la moderna política de masas anidó en Kirchheimer la afección melancólica, el arribo de la posmodernidad despertará en pensadores conservadores como Daniel Bell (1977) un desaliento ante la relajación de las bases espirituales del capitalismo.

La posmodernidad no es tampoco inmune a esta ambivalencia del cambio social. Entre Lyotard y Lash, por una parte, y Giddens y Habermas, por la otra, el debate opuso a los que afirmaban una realidad posmoderna y a quienes objetaron el sinsentido de la palabra. Análisis como los de David Harvey, Fredric Jameson o Perry Anderson admitían lo posmoderno, lo definían de modo creativo, pero serían crudos con sus efectos.⁹

Ingenuo, pero locuaz en su desánimo, Mario Vargas Llosa (2012) vituperó también lo posmoderno en su libro *La civilización del espectáculo*. Esa crítica fue refutada por Gilles Lipovetsky (2012), para quien Vargas Llosa no hacía justicia a las vetas libertarias posmodernas. En la misma obra de Lipovetsky, sin embargo, este entusiasmo ha variado de una mirada celebratoria a otra en la que los individuos vivirían agobiados, precisamente, por la exuberancia de sus expectativas personales (Lipovetsky y Charles, 2006).

⁹ Una recensión de estas teorías, vinculada con los enigmas de la izquierda, en Revelli (2015).

Si en una misma época, y con un mismo autor, el estudio del cambio social puede desplazarse tanto, ¿cómo ponderar los muy cercanos diagnósticos del proceso de cambio democrático que produce la perplejidad de la izquierda? A manera de un primer recaudo metodológico, asiento aquí un juicio del historiador Tony Judt (2014:15):

La historia no está escrita como ha sido experimentada, ni debiera estarlo. Los que habitaron el pasado saben mejor que nosotros cómo era vivir en él, pero no estaban bien situados, la mayoría de ellos, para comprender qué les estaba pasando y por qué. Cualquier imperfecta explicación que podamos ofrecer de lo que tuvo lugar antes de nuestro tiempo depende de las ventajas de la retrospectiva, incluso aunque ésta sea en sí misma un obstáculo insuperable para una completa empatía con la historia que estamos tratando de comprender.

Los límites del relato del cambio histórico que legitimará a la democracia son, además de epistémicos, resultado de la conciencia parcial con la que se recolectan y filtran los materiales de estudio. Mi objetivo no es colocar este ensayo por encima de esos condicionamientos, sino, por el contrario, hacer corresponder mis reflexiones con aquéllos. Exploro desde distintos ángulos la perplejidad de la izquierda democrática; pero éstos no son ilimitados. La claridad de ello es el modo en que asumo la admonición de Judt.

Un segundo vector metodológico lo retomo del libro *Tras el diluvio*, en el que Ludolfo Paramio recomienda no separar la *historia del pensamiento* de la *historia social y política*. “Las ideas tienen su propia historia, pero no es obvio que ésta se cierre sobre sí misma”, escribe Paramio (1989:12) para enlazar estructuras, instituciones y elecciones individuales dentro de los procesos de cambio. En esa integración la historia cultural de las ideas tiene una autonomía (siempre) relativa. Con la misma prevención metodológica, José Luis Romero (1989:16) asienta en su *Estudio de la mentalidad burguesa*: “las ideas se objetivan a partir de funcionamientos materiales y (...) constituyen un sistema de ideas operativas, que mandan, que resuelven, que implican reacciones”.

El reparo analítico en no aislar la historia social de la historia de las ideas se contrapone a estudios que sí realizan esa cesura. Historiadores de la cultura como Peter Burke (2012), Peter Gay (2002) o Robert Darnton (2010), o un especialista en historiografía como George Iggers (2012), advierten sobre un giro lingüístico que maneja las ideas fuera del contorno histórico que las hace posibles. Esta contagiosa inercia en programas de investigación provoca, a decir de Burke, el tránsito de la *historia social de la cultura* a la *historia cultural de la sociedad*. Atendiendo esta premisa metodológica para estimar el significado de las ideas en algún tiempo específico, razonaré los debates sobre el cambio democrático de la izquierda a partir de circunstancias históricas predominantes.

Una ventaja de este procedimiento es enfocar con alguna distancia lo que pareciendo inédito, no lo es. La reyerta político-intelectual entre izquierdas modernas y atrasadas es un claro ejemplo de un debate reanudado como si fuera la primera vez que las izquierdas mostraran aprietos ante la democracia. Esa solera de las discusiones facilita una retrospectiva útil para ubicar la reflexión entre quienes califican el cambio social como negativo para la izquierda, y quienes entienden como estéril preguntarse por sus mutaciones. Bajo esta mirada, me interesa subrayar las tensiones que la transformación democrática genera en las transfiguraciones políticas y culturales de la izquierda.

Analizar estos aspectos ofrece una perspectiva para bordear dos reacciones de la izquierda contra el pragmatismo democrático. En una, la nostalgia es una emoción crucial para mantener a flote un pasado de definiciones básicas; una segunda reacción no apuesta, por otra parte, a la permanencia del pasado, sino a transportar esa idealización a un porvenir alternativo al que sólo se puede llegar mediante una fuga irracional del presente. Son éstas las izquierdas que proyectan la rehechura misma de la política, la economía o el Estado, y cuyo programa ensalza, paradójicamente, la funcionalidad futura de comunitarismos ancestrales. Estas dos reacciones comparten su molestia con el presente como un tiempo de moderación, centrismo ideológico o responsabilidad política. Las tensiones de estos dos extremos con ese eje de

dilución ideológica conforman la perspectiva histórico-analítica con la que discuto los efectos en la izquierda de los cambios democráticos.

Además de una teoría de la historia, el *presentismo* al que aludo es una representación de lo social en la que un presente absoluto opaca al futuro como algo radicalmente distinto. A 30 años del *fin de la historia* (Fukuyama, 2015) puede entenderse que el nudo de esta hipótesis no era la derrota del comunismo, sino el posterior cierre de imaginarios paralelos a la democracia. La intolerancia intelectual al populismo es un reflejo de tasar al régimen democrático como el último estadio de disputa ideológica. Pero la manera en que a la democracia se la piensa es una deriva menos obvia del cuadro *presentista*. El triunfo del enfoque minimalista, como variable naturalizada para verificar la expansión democrática, es una secuela del énfasis en la autonomía institucional y de la certeza que la democracia es resultado de reglas y factores modelizables.

Bajo esta atmósfera, lo real, ese “tejido inconcebible de acontecimientos contingentes” (Piglia *dixit*), ha dejado de pensarse como el fruto de una elección probable entre otras. En una época de libertades devenidas con las revoluciones democráticas de 1989-1991, ese ceñido molde de lo real es una tensión del pragmatismo democrático —que algunas izquierdas siguen para adaptarse al cambio. En el *presentismo*, no es que no se plantee un futuro, pero el que se desea es sólo la continuación de lo actual; o en su defecto, como en el caso del populismo más enconado, un regreso autoritario disfrazado de porvenir. Finalmente, en una y otra opción, el saldo es el mismo: la supresión de un futuro diferente.

Referir el *presentismo* con procesos socioeconómicos que le afianzan, es un principio metodológico para historizar el cambio social sin caer en el descuido de los contornos o en su sobrevaloración determinista. Recorrer la historia sin el vértigo *presentista* no supone reavivar un falaz historicismo. Recuperar la historia implica, por el contrario, escrutar qué de lo viejo persiste en lo nuevo, y cuánto de los cambios son un híbrido de continuidades y rupturas. Para decirlo con jerga técnica de la ciencia política: considerar el *path dependence*

(o dependencia de los procesos de una cierta trayectoria histórica) es una herramienta para contextualizar los cambios sociales. Desde esta perspectiva: ¿las revoluciones democráticas de 1989-1991 fueron el arranque, o la maduración, de las crisis ideológicas en las izquierdas?; ¿las presiones del capitalismo neoliberal sobre la democracia inician, o escalan, con el *shock* financiero de 2008-2009?

Sin caer en la nostalgia gratuita ni en el *boom* de la memoria en las ciencias sociales, con este foco metodológico pretendo también discutir la crisis de la política, esto es, confrontar los diagnósticos para los que la política es una parte reducida y no condicionante del orden social o; por el contrario, el núcleo de lo común. Si para la primera imagen, el cambio social haría de ella uno entre otros subsistemas de la vida democrática; para la segunda, la política sería el medio para una transformación social no maniatada por el mercado. Repolitizar la política no es factible bajo esta tabla rasa, como si las últimas décadas de ideología neoliberal pudieran omitirse. Pero repolitizar la política no es tampoco reducible a prolongar un estado en el que ésta, a fuerza de cambiar, perdió impacto social justo cuando el *statu quo* es reconocido como injusto y excluyente. Donde el dominante institucionalismo democrático muestra sus costuras, la oportunidad de repolitizar lo político (y repensar con ello los nexos entre Estado, sociedad y mercado) cobra sentido.

Entrever relaciones políticas, económicas y culturales cambiantes es una labor analítica que subraya tensiones entre pasado, presente y futuro. ¿Cabe aún representarse el tiempo histórico a partir del campo de experiencias, el horizonte de expectativas y su resolución en un presente provisional? De manera “antipresentista”, éste era el modo en que en el régimen moderno de historicidad se figuraba la condensación en el presente de las trayectorias acumuladas y los imaginarios deseables.¹⁰ En el desacreditado Estado de Bienestar, que entre 1945-1975 produjo la conciencia colectiva de la responsabilidad social del Estado,

¹⁰ Sobre régimen moderno de historicidad y régimen *presentista* véase la Segunda Parte de este ensayo.

¿existen algunas ideas que valga la pena retomar? La inexistencia de otra forma de organización que sustituya al Estado, el conocimiento de que el mercado supera a lo estatal en algunas funciones, pero en otras empeora la vida en común, vuelve razonable asumir que (junto a su coerción) el Estado es también una instancia de coordinación social imprescindible. Para ponerlo en términos clásicos del liberalismo: sin Estado fuerte, la vida social es un estado de naturaleza (Escalante, 1993; Holmes, 1999).

Esta reconsideración de lo estatal no podría revivir esquemas agotados. Se trataría, para decirlo con el ánimo con el que Roger Bartra coordinó en 2017 la reaparición editorial de *El Machete*, de “una nostalgia creativa” que reinvente el futuro. En historiadores como Judt (2008) y Traverso (2016), sus síntesis epistémicas entre pasado, presente y futuro distinguen esa nostalgia fructífera. En escritores como Sergio Pitol, autor de una obra insuperable dedicada al recuerdo y la invención de la memoria, no hay un dejo nostálgico absurdo; por el contrario, la prohibición de ese gesto teatral y doliente es una directriz intelectual para (re)idear un futuro mejor: “¡Más valdría [al escritor] un voto de jamás dirigir la mirada hacia atrás! Se corre el riesgo de que esa vuelta se transforme en un acto de penitencia o expiación o, lo que es mil veces peor, llegue a enternecerse ante ineptias que deberían avergonzarlo”, escribe Pitol (2005) en su libro *El Mago de Viena*.

V. Estilo, fuentes y capitulado

Como ensayo, este trabajo persigue más preguntas que respuestas; por eso su título reivindica la perplejidad. Más que pretender resolver ese estado de ánimo, indago en las razones del por qué la izquierda reacciona como lo hace ante el cambio social y democrático. Muchas de las encrucijadas que a la izquierda depara su adaptación democrática, aparecen relacionadas con su crisis ideológica. Ése es el origen de la perplejidad que denota su empeño por seguir siendo izquierda dentro del neoliberalismo. Ser proscrita y perseguida dejó de definir

su identidad bajo las libertades políticas del régimen democrático. Abandonar, empero, su oposición a los cimientos del *establishment* induce grandes titubeos sobre los grados de su renovación. Y es entre las izquierdas donde ese “fuego amigo” evidencia una conciencia atormentada. ¿Qué formas adquiere esta perplejidad? ¿Cuáles son sus motivos? ¿Por qué la democracia confunde tanto? ¿Para seguir siendo de izquierdas hay que deshacerse del izquierdismo receloso del modelo hegemónico de democracia liberal?

Con preguntas como éstas, me propongo reconstruir los síndromes históricos e intelectuales de la perplejidad de la izquierda en democracia. A nivel de los hechos, y en el de su interpretación teórica y cultural, profundizo en los cambios y en su representación conceptual e imaginaria. Qué tanto cambió el mundo, y los modos de reflejar lo social, es una pregunta que analiza la tensión entre historia social e historia de las ideas.

Los insumos con que trabajo son los que en mi perfil de politólogo resultan acostumbrados. Aceptando, empero, el llamado de Judt a reconocer la parcialidad de las descripciones histórico-sociales, rebusco en la investigación histórica la hondura de los cambios que modelan nuestra mirada. Además de Judt, recurro a un grupo de historiadores y sociólogos para apreciar los vuelcos en la *estructura social*. Este expediente de lo nuevo lo enfocaré con un arco de teorías para las que el cambio social inspira la reorganización política, económica y cultural que subyace a los trastornos ideológicos. A un nivel *meso*, los *diseños institucionales* expresarían la influencia de este recambio en las estructuras.

Si esto es así, si las estructuras e instituciones condicionan la manera en que las personas le dan sentido a lo que viven, un tercer afluyente del trabajo lo retomo del cine, la literatura y la música como *registro cultural* del lenguaje y significados sociales reinantes en la democracia. Este instrumental lo incorporo para ver traducidas en la cultura de masas los influjos, confines y desafíos de las trayectorias históricas y conceptuales del cambio social. Tradicionalmente inspiradores de vanguardias artísticas, ¿qué sucede con los cineastas, escritores o cantautores de izquierda en un transfigurado hábitat cultural?

Preciso ya mi plan de trabajo. En una primera parte, la investigación histórica de este ensayo articula tres capítulos que muestran la contingencia conflictiva del enlace entre *Capitalismo, Estado y Democracia*. Las constelaciones de sentido del primer y decimonónico liberalismo; del Estado de Bienestar, la socialdemocracia y un liberalismo reformulado; y del neoliberalismo como un nuevo orden internacional que sucede a la gran transformación keynesiana, son temas de esta sección. En ello, destaco siempre los rasgos y evoluciones que la izquierda comportará ante un escenario histórico cambiante.

La segunda parte del ensayo, *Cambio Social y Neoliberalismo*, se divide también en tres capítulos encadenados a partir del vínculo histórico y conceptual entre cambio de contextos y renovación de anclajes teóricos para representar la realidad. El “nuevo” relato de la modernización, el régimen de historicidad recompuesto, los atributos neoliberales y el modo en que éstos delinean las ideas, instituciones y conductas dominantes es el eje de ello. ¿Bajo qué atmósfera la democracia (neo-) liberal superó a un anterior concepto de democracia social; de qué manera el triunfo ideológico del neoliberalismo fue favorecido por su aire de rebeldía en los 70?, son preguntas que ahí atiendo.

Una tercera parte contextualiza el *impasse* histórico e intelectual de una izquierda forzada a cambiar, a sabiendas de que ese cambio desacraliza sus símbolos y mitos más caros. La vida después del marxismo y de la socialdemocracia es, precisamente, la difícil travesía de una izquierda que acogerá la economía de mercado y la democracia liberal como encuadre valioso (pero limitado) de lo social. *Una Izquierda Democrática y Desconsolada*, como título esta sección, escruta así las luces y penumbras en las que la izquierda se sumerge al encarar su metamorfosis democrática. La devaluación del concepto de política, la esperanza puesta en la sociedad civil y en las transiciones que enterraron gobiernos autoritarios, pero también las ambigüedades de la adaptación estratégica a un cierto y postulado realismo, son dilemas de la izquierda democrática que ilustro.

En la cuarta parte propongo un trabajo de crítica cultural, entendiendo a la cultura como los modos en que una persona otorga

sentido a lo que vive. “La ideología está en los debates culturales del momento”, escribió Ricardo Piglia complementando esta definición. Sin forzar apenas nada, reflexiono aquí sobre las formas del arte como transmisoras de la cultura de masas. Siempre fue así, y las expresiones culturales del *Zeitgeist* democrático no son la excepción. ¿De qué manera reflejan ellas el consenso sobre la legitimidad del capitalismo, la democracia liberal y las sociedades individualizadas? ¿Cuáles son los influjos que esta realidad depara para las (por ahora) diluidas contrapropuestas de izquierda? Para responder a ello analizo dos medios de la sensibilidad prevaleciente: el cine político actual y la narrativa literaria de la transición democrática.

1

Capitalismo, Estado y Democracia

I. La política moderna y liberal

Si “poner una fecha es comenzar a narrar” (Piglia, 2016:77), ¿de dónde partir entonces para recrear los sustratos del liberalismo y su evolución hacia el Estado de Bienestar? ¿Qué período funda el orden de la política democrática? Una segunda cuestión inicial aborda la forma expositiva de la crisis del primer liberalismo y su vínculo con la socialdemocracia de posguerra. Responder estas preguntas introduce la parte histórica de este ensayo.

A decir de Karl Polanyi (2003), el punto de partida del capitalismo moderno habría sido 1834, año de derogación en Inglaterra de la Ley Spleen (1795), sucesora de la Ley de Pobres (1601) que prohibía desregular la mano de obra y la tierra. Esa proscripción desaparece con el auge liberal. La Revolución Industrial y el ascenso de las clases

medias y burguesas impulsan un cambio económico que renovará las esferas políticas y culturales. El fin del consenso antidemocrático y el brote de los partidos de masas serán muestra de esa transformación en ciernes resistida por tradiciones elitistas. A la zaga de la aceleración económica, estos conflictos marcarán la segunda mitad del siglo XIX.¹

En la explicación de Polanyi, las décadas de 1870-1880 serán de una autodefensa de la sociedad frente al mercado libre. La causa misma de la Primera Guerra Mundial sería, para Polanyi, este esfuerzo liberal por instituir un sistema de mercado autónomo, cuya inviabilidad engendraría los fascismos como respuesta a la *cuestión social* —o secuelas de un capitalismo desregulado. Penosamente cercana a las señas del capitalismo en el siglo XXI, la tesis de Polanyi es así un buen comienzo narrativo.

A partir de lo anterior, resulta necesario preguntarnos ¿cuáles son las bases intelectuales del liberalismo que Polanyi critica? Atender esta pregunta supone revisar el análisis del *capitalismo utópico* de Pierre Rosanvallon (2006). Para este historiador francés, los siglos XVII y XVIII son la cuna teórica del liberalismo del XIX. Es ahí, en esta historia cultural de las ideas, donde las aporías de la utopía liberal forzarán su subsecuente debacle. Para responder, pues, a la provocación de Piglia (*poner una fecha es comenzar a narrar*), la recuperación general de las ideas y contradicciones del primer liberalismo es un paso preliminar.

He dicho “recuperación general” para indicar mi interés sinóptico en el fracaso y reorientación del liberalismo hacia el Estado de Bienestar. Seguir esta forma esquemática debe justificarse a la luz de críticas juiciosas. En *Ciudadanos*, una obra potente de Simon Schama (1990), este historiador objeta el retrato de la Revolución Francesa en historias que anteponen los grandes cambios. La pérdida de análisis minuciosos

¹ La ampliación del sufragio electoral, y su lectura como un cambio disruptivo, puede observarse teniendo como contrapuntos la historia intelectual de Peter Gay (2002) de estas reformas, y el pionero estudio de Moisei Ostrogorski (1964) de los partidos como máquinas corruptoras.

es el costo, para Schama, de esa predilección. Su sugerencia es la de una “historia narrativa a la manera de las crónicas del siglo XIX”, distinta a la que aquí elaboro.

Por dos razones me decanto por un panorama general: 1) para mostrar el ascenso del liberalismo, las medidas de autoprotección social y el desenlace de un capitalismo que consentirá el tutelaje estatal, los grandes trazos establecen lo que es para mí esencial: el entorno del liberalismo, la socialdemocracia y el Estado de Bienestar; 2) frente al olvido de la historia conflictiva de los siglos XIX y XX, el registro amplio de esa historicidad bastará para cuestionar el relato actual que enlaza mercado y democracia como una realidad ineludible. Como si en la historia estuviera ya escrito, ese relato obvia periodicidades y dilemas concretos comprometido con la idea de que las pugnas político-ideológicas terminaron. Por irónico que parezca, recojo esta estrategia analítica de Francis Fukuyama (2015), el autor en 1989 del muy mal leído ensayo *¿El fin de la historia?*

1. Rosanvallon: el *capitalismo utópico*

Uno de los debates que más divide a la izquierda es su relación con el liberalismo dominante. En algunos sectores “modernos”, su adscripción liberal toma por dada la fuerza de los hechos y el cambio de las formas de vida. Su seguridad encubre, empero, la falta de discusión del tipo específico de liberalismo que respaldan, o la manera en que sus principios de izquierda resienten esa adhesión. Por su parte, en sectores “tradicionales”, el mandato liberal despierta asombros históricamente justificados. “En México descubrí que se podía ser de izquierdas, ¡y no obstante liberal!”; una profesora argentina exclamó esta frase en un seminario académico, recordando las coordenadas políticas de su país durante la dictadura (1976-1983). En aulas universitarias, precisamente, es usual que los estudiantes equiparen liberalismo y neoliberalismo, sonándoles extraña la necesidad de un mayor empuje liberal. Bajo los ajustes neoliberales de los 80, llevados a cabo en países

como México por partidos nacionalistas, el mapa ideológico se hizo abstruso. La impostura liberal del PRI en el siglo XX antecedió esa maraña por la cual liberalismo y nacionalismo quedaron divorciados en la oposición antipriista. Sujeta a una economía de mercado, la democracia en México atravesaría una redirección (neo)liberal modernizante y autoritaria. El recelo liberal en la izquierda continuaría vigente así en el movimiento que llegó al poder en 2018.

A decir del relato (des)historizado del triunfo ideológico del neoliberalismo, el (i)liberalismo de la izquierda reposaría en su apoyo al comunismo contrario a las libertades individuales. Superficial como resumen histórico, ese relato omite que en el siglo XX no todas las izquierdas fueron comunistas, y que los mejores niveles de cohesión social y libertad se vivieron en el socialismo liberal y democrático del Estado de Bienestar.

Pero los problemas de la izquierda con el liberalismo no se limitan a una versión concreta de izquierda ni son dificultades exclusivas de su pensamiento. Por el contrario, una parte de esos apuros surge con la aparición del liberalismo como una utopía excedida. Como apunté antes, rastrearé esos preámbulos en el trabajo de Pierre Rosanvallon.

Empecemos por lo que es obvio, pero a veces olvidado: uno de los líos de la izquierda con el liberalismo es acabar de reconocer sus sólidas raíces. Una explicación simple del magnetismo liberal ayudará a desbrozar el camino. El liberalismo es una revolución progresista en su origen porque se enfrenta a un viejo sistema de tradiciones orgánicas. El fundamento de tales tradiciones habían sido hasta el siglo XVI elementos externos a la sociedad, naturales o divinos. La acción social se explicaba entonces por causas extramundanas, más allá del arbitrio y decisiones de los hombres. La Ilustración y la Revolución Industrial cuestionaron esa idea de lo dado, haciendo surgir la modernidad a partir del debate por la construcción social del orden de la vida. La incidencia de los individuos en la forma de ese orden es una propuesta liberal emancipadora.

El individuo libre de ataduras tradicionales (religión, familia, comunidad) es el centro desde el que el liberalismo florecerá en tres

versiones: 1) un liberalismo económico que crea mercados y riqueza; 2) un liberalismo político que inspira los derechos humanos; y 3) un liberalismo moral que ve a los individuos como jueces de sus actos. La evolución del liberalismo en el siglo XIX diluirá la simetría entre estas ramas. Este desarrollo liberal inarmónico tiene esclarecimiento en la propia definición del liberalismo como “una cultura que se despliega en el mundo moderno, que trata de emanciparse del absolutismo real y de la supremacía de la Iglesia (...) y cuya unidad es la de un ‘*campo problemático*’ de una suma de aspiraciones (Rosanvallon, 2006:13. Las itálicas en cita son mías).

Hay una segunda tesis de Rosanvallon útil para nuestro mapeo. Nacido para disputar la explicación del orden social moderno, el liberalismo desplaza las tesis contractualistas que parten del individuo pero no expanden su esfera de acción tanto como el liberalismo aspira. Las teorías de Locke y Rousseau ofrecen una forma de entender la institución de lo social, pero no resuelven el dilema de la regulación de ese orden. El imaginario de Locke, indisociable aún de la influencia del cristianismo en el individuo moderno, es insuficiente para proveer un sustento plausible del por qué las personas no se apoderarían de parcelas de tierra más allá de lo que su fuerza física les faculte trabajar.²

Reconocido padre del liberalismo moderno, Locke heredará a éste una concepción negativa de la política, esto es, una noción que constriñe la sociedad política (el Estado) a la protección de propiedades, el arbitraje de conflictos y la salvaguarda de la nación. Ese concepto privatizado de lo político es una marca originaria del liberalismo.

Desde otra perspectiva, con Rousseau, el problema liberal es más intrincado al depositarse la institución social en una “voluntad general”, lo mismo aquejada de nostalgia comunitarista que de idealismo republicano. Como respuesta a Rousseau, el liberalismo criticará sus ideas (Asamblea, Gran Legislador) como abusos del poder. Sustituir

² Fuentes religiosas del individualismo moderno en Dumont (1987) y Dunn (1996). El paso del pensamiento religioso al deísmo naturalista y de ahí a una forma política secularizada en Gay (1982).

ese poder ilimitado por el mercado, como una arena impersonal y garante de la libertad, conforma su oferta distintiva. Adam Smith será el mejor expositor de ese programa. En Smith (Rosanvallon, 2006:6), “esta perspectiva, apolítica en el sentido fuerte del término, hace de la sociedad de mercado el arquetipo de una nueva representación de lo social: el mercado (económico) y no el contrato (político) es el verdadero regulador de la sociedad (y no sólo de la economía)”. Comprimiré todo lo que pueda la recensión de Smith, para después engarzar el desarrollo del liberalismo en el siglo XIX con los terribles desajustes que Polanyi observará.

Como búsqueda de una salida a los lazos de dependencia que obturan la libertad, el liberalismo desaprueba la tesis *hobbesiana* del miedo como columna del orden. Basar éste en el sometimiento a la voluntad general, como Rousseau sugiere, es otra tesis de la que los liberales desconfían. Hobbes y Rousseau teorizan la “constitución política de lo social” de la que el liberalismo recela. Liberales como Hume, Mandeville o Bentham verán en “el interés” la óptima medida de la acción de los hombres (Rosanvallon, 2006:37-39).

El deslizamiento de la discusión filosófica en el siglo XVIII hacia el interés como núcleo social gestará una ideología económica (“la economía como filosofía”) que traduce las relaciones entre los hombres como relaciones entre valores mercantiles (Rosanvallon, 2006:48). Con un sustrato moral presente en sus libros *Teoría de los sentimientos morales* e *Investigación sobre la naturaleza y causa de la riqueza de las naciones*, Adam Smith propondrá así al mercado como eje de la sociedad. El atractivo de esta “constitución económica de lo social” radica en un atributo del orden moderno: “la aspiración a encontrar el medio de desdramatizar el cara a cara de los individuos, a desapasionar sus relaciones, a desactivar la violencia virtual de las relaciones de fuerza. El mercado pretende responder a estas exigencias” (Rosanvallon, 2006:9).

La noción de *mano invisible* será, de este modo, una salida racional al problema de la obligación bajo un orden social. Esta idea es para Smith la mejor alternativa a los conceptos despóticos (Hobbes)

o sobrepolitizados (Rousseau). La representación económica de la sociedad será así un sello de la Escuela escocesa del siglo XVIII. El viraje decisivo de esta mirada postulará “la comprensión económica de la política y de toda la vida social (al) pensar la economía como fundamento de la sociedad y al mercado como operador del orden social” (Rosanvallon, 2006:64,73). En esta perspectiva, “la sociedad económica es el lugar de realización del interés general” (Rosanvallon, 2006:81).

La teoría de Smith alentará debates entre quienes ven en ella el venero intelectual del neoliberalismo y quienes leen en sus ideas las críticas más agudas que al neoliberalismo puedan hacerse (Serrano, 2005). El papel del Estado en una sociedad de mercado desata estos fervores. Veamos sobre esto el examen de Rosanvallon.

En Smith, el Estado remite a monarquías parasitarias; como liberal, no puede esperarse de él otra cosa que un rechazo de ello. Pero su teoría incluye otra visión más original. Me refiero al vínculo entre Estado de derecho, representación política y economía de mercado que Smith subraya. Modernidad y liberalismo implican el paralelismo entre capitalismo y Estado, esto es, la creación de una esfera económica y un modo de representación política sujetos al reconocimiento del individuo como base del lazo Estado-sociedad (Tilly, 1992). Ciertamente, el desarrollo del Estado y la democracia, propulsados por la revolución capitalista, no tendrá una única secuencia empírica. La dirección en la que Smith apuntó su teoría fue la de una sociedad de mercado donde la economía era autónoma de la política; con todo, el Estado debería cumplir una función indispensable en ese orden.

Smith responsabilizaría al Estado de evitar monopolios económicos, garantizar igualdad en el trato de los individuos, construir obras públicas, educar al pueblo y defender a la sociedad de enemigos externos. Tres siglos antes del Estado de Bienestar, llama la atención que Smith concediera al Estado un papel activo en la edificación de una sociedad de mercado (un orden impersonal y universalista), y en la que éste asume tareas de regulación. Sin ser, ni poder serlo, un inspirador intelectual del *Welfare State*, en Smith

hay críticas básicas a violaciones del orden económico en las que el neoliberalismo incurre.

Herederos liberales de este proyecto apurarían el diseño de una contumaz sociedad de mercado, cuya imposibilidad al mismo Smith le fue advertida “por la radicalidad de las transformaciones a realizar en esa dirección” (Rosanvallon, 2006:88). Son estos los casos de las teorías de Steuart y Robertson, en las que los gobiernos serían un efecto de las estructuras económicas. Para Steuart, “el advenimiento de un régimen republicano, que es el más favorable al comercio y a la industria, o de un régimen democrático, que es el mejor para generar el comercio externo, se inscribe así naturalmente en el marco del desarrollo de las fuerzas productivas” (Rosanvallon, 2006:54-55). A rebufo de la economía, esta negligente concepción de lo político es una reverberación de la utopía liberal.

2. Polanyi y la *Gran Transformación*

Publicado en 1944, el libro de Karl Polanyi *La Gran Transformación* es una monumental investigación histórica, económica y antropológica sobre el abismo del liberalismo confrontado con su utopía al grado de desaparecer durante los años de entreguerras, en los que el fascismo y el subsiguiente Estado de Bienestar cimentarían otro tipo de orden.

¿Por qué, se pregunta Polanyi, el período de relativa paz y prosperidad en Europa de 1815 a 1914 desemboca en guerra y colapso económico? El derrumbe de la civilización del siglo XIX habría ocurrido por la erosión de cuatro de sus piezas: el sistema de balance de poder, el patrón oro internacional, el mercado autorregulado y el Estado liberal. El mercado autorregulado era, para Polanyi, el centro de aquel orden.

Nuestra tesis es que la idea de un mercado autorregulado implicaba una utopía total. Tal institución no podría existir durante largo tiempo sin aniquilar la sustancia humana y natural de la sociedad (...) la sociedad tomó medidas para protegerse, pero todas esas medidas afectaban la autorregulación del mercado

(...) Fue este dilema el que impulsó el desarrollo del sistema de mercado en forma definitiva y finalmente perturbó la organización social basada en él (Polanyi, 2003:49).

La cita transcrita compendia los elementos analíticos con los que Polanyi realizará dos asertos y argumentará dos grandes transformaciones. Sus asertos son: “la disolución del sistema de la economía mundial que había venido avanzando desde 1900 era responsable de la tensión política que explotara en 1914” (Polanyi, 2003:68); y “la transformación [fascista] de los años treinta surgió del fracaso de este esfuerzo por retornar al pasado” (Polanyi, 2003:69) —y persistir en un liberalismo primario.³ Las dos grandes transformaciones son, por otra parte, el cese de las democracias liberales; y el rearmado del orden internacional a partir de la economía keynesiana y la intervención del Estado.

Un presupuesto del trabajo de Polanyi es que una civilización basada en la ganancia económica constituye “un sistema de mercado autorregulado que habría destruido eventualmente a la sociedad” (Polanyi, 2003:200). Producto del liberalismo que trasciende y deforma a Adam Smith, el mercado autorregulado nacerá de la conversión de la mano de obra, la tierra y el dinero en “mercancías enteramente ficticias”. Este progreso económico está asentado, para Polanyi, en una noción históricamente inviable: separar y autonomizar a la economía de las relaciones sociales, transitando así de un “sistema económico como mera función de la organización social” al objetivo de “administrar a la sociedad como un conjunto del mercado [que requiere] la separación

³ Algunos datos que avalan esta hipótesis: hasta 1932, los liberales de libre mercado gobiernan en Francia e Inglaterra; hasta julio de 1932, cuando los nazis se convierten en el partido más grande en el *Reichstag*, la coalición de gobierno continuaba practicando la política económica de austeridad ordenada por los acreedores de Alemania (Kuttner, 2017). Para recordar la caída de la República de Weimar véase Gay (2011). Las altas cifras de desempleo en el período de entreguerras pueden consultarse en Judt (2013:107-110).

institucional de la sociedad en una esfera económica y una esfera política” (Polanyi, 2003:98-121).⁴

Antes de que el *crack* de *Wall Street*, la Primera Guerra y la Revolución Rusa precipiten el fin del orden liberal-utópico, resulta clave remarcar la no linealidad de este proceso. Hasta 1873, apunta Paramio (2009), el liberalismo aceleró una ola expansiva de crecimiento económico, reflejo de la industrialización por la que el proletariado desplazó a las clases artesanales y campesinas. Pero esa capitalización intensiva provocará ya para la década de 1860 las primeras medidas de autoprotección social. Mientras la economía del *laissez-faire* había sido el fruto de un rol estatal específico (el Estado como creador del mercado), las revueltas contra sus perjuicios habrían iniciado de manera espontánea. “El *laissez-faire* se planeó; la planeación no”, afirma Polanyi (2003:196) al valorar ésta como una querella de la sociedad para resguardarse. Este resquemor contra un liberalismo utilitarista es un proceso analizado por tres hipótesis no excluyentes entre sí.

- 1.- *La hipótesis colectivista*. Para autores como Przeworski (1990) o Maurice Duverger (1957), las políticas antiliberales responderían a “la cuestión social” tematizada por grupos socialistas y comunistas. La legalización de los sindicatos, y después de los partidos políticos, sería un logro del polo revolucionario y/o reformista. A efecto de esta incidencia, la subsecuente ampliación del sufragio es leída como una conquista de las clases trabajadoras frente a las autocracias liberales. En ningún otro libro como *Los Partidos Políticos*, de Duverger, ese relato alcanzará cotas idealizadas.⁵

⁴ Este “liberalismo desarraigado”, que Polanyi deplora, tendrá en la crisis de 1929 su temida explosión.

⁵ La contracara de este razonamiento es la hipótesis liberal de la “conspiración colectivista”, reseñada por Polanyi a partir de autores como Spencer, Sumner, Mises y Lippman, para quienes el fracaso liberal fue culpa del proteccionismo contra el mercado. La conspiración como asidero de teorías sociales en Boltanski (2006).

2.- *La hipótesis pragmática*. Polanyi y Judt (2011) proponen que la autoprotección social no respondió a una clara preferencia por el socialismo, sino “al mayor alcance de los intereses sociales vitales afectados por la expansión del mecanismo de mercado” (Polanyi, 2003:200). Pruebas como las siguientes apoyan esta idea: a) la diversidad de campos de legislaciones antiliberales diseñadas para contrarrestar los desequilibrios capitalistas (salud pública, riesgos fabriles, comercio municipal, seguro social, subsidios a los embarques, servicios, asociaciones comerciales, regulación de monopolios); b) los inspiradores de estas medidas eran partidarios del *laissez-faire* que observaron la urgencia de idear nuevas políticas. Esta reconsideración fue una pauta en la Inglaterra victoriana, la Prusia de Otto von Bismarck o la Francia de la Tercera república. Este sinuoso proceso marca el desarrollo histórico. Ilustro esta historicidad en el Cuadro 1 con algunas prácticas de freno al liberalismo doctrinario ¡promovidas por los mismos liberales!

Pragmática sería, así, la reformulación social del liberalismo operada por grupos dispares como capitalistas protestantes y conservadores (Inglaterra), católicos y reaccionarios antijudíos (Viena), coaliciones locales y heteróclitas (Alemania y Francia), imperialistas (Birmingham) o liberales anticlericales (Francia).

“Bismarck implementó en Europa los primeros sistemas de seguridad social y asistencia médica en la década de 1880 en un esfuerzo por sortear el estruendo de los nuevos partidos de clase obrera”, escribe Fukuyama (2014:417), recalcando el traslape entre liberalismo utilitario, daño social del *laissez-faire* y giro hacia un liberalismo progresista que a partir de 1890 sentará los principios de la planificación económica. Los grandes y posteriores proyectos socialistas de los gobiernos laboristas serán así, para Judt (2015:77), “la última floración de las ideas reformistas de los liberales de la época eduardiana”.

En ningún otro ámbito como el de los cambios electorales la hipótesis pragmática luce firme. En 1884, luego de dos anteriores reformas,

la extensión del régimen electoral fue obra de Benjamin Disraeli a la cabeza del partido conservador, en contacto con el ala liberal de William Gladstone para canalizar la agitación social (Fukuyama, 2014). En Disraeli, conjetura Fukuyama (2014:424), habría sido determinante “la creencia de que las clases bajas no eran sólo naturalmente conservadoras en temperamento, sino también en lo político”.⁶ La democratización del sufragio es, de este modo, un episodio útil para seguir el recorrido del reformismo social hacia un capitalismo estatista y regulado en la posguerra.

Cuadro 1
Medidas de autoprotección social acordadas por liberales, conservadores y radicales

Año	Política de regulación social
1847	Ley de 10 horas laborales.
1860	Provisión de “analistas de alimentos y bebidas que serían pagados con los impuestos locales”. Ley de “la inspección de las instalaciones de gas”. Extensión de la Ley de minas “que convertía en un delito el empleo de niños menores de 12 años que no asistían a la escuela y no sabían leer o escribir”.
1861	Se otorgó poder a “los guardianes de la Ley de pobres para que impusieran la vacunación”; se autorizó a las juntas locales “para que establecieran tasas fijas de alquiler de los medios de transporte”; y ciertos organismos de formación local “quedaron facultados para gravar a la localidad a fin de pagar las obras rurales de riego y drenaje, y para proveer agua al ganado”.

⁶ Esta táctica por parte de las élites es documentada para el caso de Estados Unidos por Manin (1998). La apertura del voto para sortear los ardores revolucionarios es estudiada también por Varela Suanzes (2002), Tilly (2004) y Przeworski (2018). Dentro de la teoría de partidos, el clásico en este rubro es Sartori (1980).

1862	Ley que declaraba ilegal “una mina de carbón de un solo socavón”. Ley que otorgaba al Consejo de Educación Médica el derecho exclusivo de “proveer una farmacopea, cuyo precio deberá ser fijado por la Tesorería”.
1863	Extensión de la vacuna obligatoria a Escocia e Irlanda. Ley que designaba inspectores de “la sanidad o falta de sanidad de los alimentos”. Ley de barredores de chimeneas para prevenir la tortura y la muerte eventual de los niños que debían barrer ductos demasiado estrechos. Ley de enfermedades contagiosas. Ley de bibliotecas públicas que otorgaba facultades locales “por las que una mayoría puede gravar a una minoría por sus libros”.
1867	Segunda Ley de Reforma para ampliar las listas electorales.
1868	Legalización en Francia del derecho de reunión.
1883	Creación en Prusia de Ley de Seguridad Social (atribuida a von Bismarck).
1884	Fundación de la Sociedad Fabiana (antecedente del Partido Laborista inglés).
1879	Ley de compensación de los trabajadores en Alemania, que fija la responsabilidad de los empleadores por los daños causados a sus trabajadores en el curso de su empleo.
1888	Ley de compensación de los trabajadores en Inglaterra.
1897	Ley de compensación de los trabajadores en Austria.
1899	Ley de compensación de los trabajadores en Francia.
1897	Decreto que define al empleador como asegurador de sus trabajadores.

Fuentes: Rodríguez Araujo (2002); Polanyi (2003); Judt (2012); Pipitone (2015); de Vicente (2018).

3.- *La hipótesis realista*. Polanyi y Rosanvallon consideran realista al liberalismo que, ante los límites a sus planes utópicos, adopta medidas opuestas a su ortodoxia. A la luz de la realidad, ello forzaría redefinir el término intervencionismo estatal “por el que los liberales económicos gustan de denostar lo opuesto a su propia política económica, pero que sólo revela una confusión de pensamiento” (Polanyi, 2003:205). Lo opuesto al intervencionismo

es el *laissez-faire*, pero como Polanyi se encargó de demostrar, fueron los propios liberales quienes legislaron la intervención del Estado para contener las amenazas de la desregulación social. El capitalismo, ésta es la conclusión de Rosanvallon, ha sido estatista y antiestatista. El realismo de esta hipótesis es imprescindible para discutir el vínculo entre neoliberalismo, Estado de derecho y democracia a partir del último tercio del siglo XX.

3. Legados del siglo XIX

Son varios los historiadores para quienes el siglo XIX habría durado hasta 1914, cuando la Gran Guerra quebró el viejo orden (Hobsbawm, 1994; Gay, 2002). Ese traslape de siglos es también el de universos económicos, políticos y culturales que resisten a un cambio del que terminarán, sin embargo, siendo puentes reconstituidos. Este es el caso del liberalismo, cuyo fracaso es menos una derrota definitiva que una recomposición. Una manera de entender la crisis liberal es esclarecer las mutaciones del liberalismo y la burguesía en las últimas décadas del siglo XIX. Apreciarlo resulta importante, sobre todo cuando en el siglo XXI el neoliberalismo difunde la imposibilidad de contemporizar su doctrina con algunas otras formas de política económica. Fundada en la ideología de la reducción estatal como condición de eficacia económica, esta falacia no se corresponde con los hechos, pues tanto el liberalismo de los siglos XVIII y XIX, como el neoliberalismo del XXI, precisan de un Estado fuerte. Esa exagerada pureza nace de soslayar el peso de la historia.

Burgueses en el siglo XIX, estudia Gay (1998; 2002), los había conservadores, liberales y demócratas enfrentados por las restricciones al voto. Sobre la división burguesa en función de cerrar (conservadores), relajar (liberales) o ampliar (demócratas) el sufragio, actuaban otros cálculos. En 1866, muestra Gay (2002:17), el primer ministro prusiano propuso una elección con voto universal masculino previendo que “en un país con tradiciones monárquicas y sentimientos de lealtad, el

sufragio universal habría de llevar a elecciones monárquicas mediante la eliminación de la influencia de las clases burguesas y liberales”. Los liberales, temerosos de este vaticinio, negociarían entonces una cautelosa expansión del voto. Burgueses y liberales son también, empero, quienes abogan para que la riqueza personal no sea un indicador de libertad para votar.

El liberalismo conservador, que valida el voto censitario y las autocracias liberales, se halla reflejado en el libro de Moisei Ostrogorski (1964), *La democracia y la organización de los partidos políticos*. Publicado en 1902, y considerado el primer estudio sistemático en la materia, el de Ostrogorski es un análisis de los partidos norteamericanos e ingleses. Su conclusión condenatoria (los partidos vulneran la democracia) emerge de su rechazo a que la amplitud del sufragio pueda enriquecer la democracia. Por el contrario: la pérdida del elitismo aristócrata lacera, para Ostrogorski, los valores clásicos de la política.

El liberalismo de Ostrogorski muestra afinidades electivas con el liberalismo de Friedrich Hayek o Karl Popper en la segunda posguerra. Con Popper, las coincidencias partirán de su devoción por el otro: el imperialismo multinacional inglés (Traverso, 2015:91). El caso de Hayek, como también el de Joseph Schumpeter, merece una digresión, pues la teoría económica del primero, y la “nueva teoría de la democracia” del segundo, suelen refrendarse con juicios más teóricos (procedimentalismo *schumpeteriano* vs. abstracción *roussoniana*) que contextuales. El contexto específico es en este caso la “Viena Roja”, o gobierno socialista de la capital de Austria durante 1918-1931. Para Hayek, el derrumbe austriaco habría sido causado por ese socialismo entremezclado con un cristianismo social corporativo; pero su resolución ignora la crisis capitalista que desde 1927 afectó al gobierno vienés. La hipótesis de Hayek de que el intervencionismo estatal lleva al fascismo no se corresponde, por otro lado, con la larga y posterior estabilidad de Austria gracias a la planificación de la segunda posguerra. La de Hayek es así una hipótesis falseada por la realidad empírica. La nueva teoría de la democracia de Schumpeter cojea del mismo pie,

pero es costumbre asumirla como demostración de que una democracia con ámbitos de planificación antecede al hundimiento gubernamental.⁷

Regresemos a la idea de que un liberalismo reformado allanaría el camino hacia el Estado de Bienestar, y reparemos en las fuerzas de izquierda de ese entonces. La segunda mitad del XIX, especialmente a partir de la Segunda Internacional (1889), muestra a la izquierda dividida en tres vertientes (Rodríguez Araujo, 2002:63-73): socialistas (marxistas), anarquistas y laboristas (socialdemócratas). El marxismo más doctrinario se definiría según la teoría de lucha de clases. El anarquismo es una fuerza anterior, libertaria y reñida con el centralismo marxista (Pipitone, 2015:25-95). Del laborismo, por su no original coincidencia con el liberalismo social, vale la pena destacar ciertas coyunturas que prefigurarán su ascendencia en el siglo XX: a) el Programa de Gotha en 1875 que preludia un liberalismo social; b) el nacimiento en 1884 de la Sociedad Fabiana como germen del Partido Laborista inglés; c) la pugna desde 1889, en el marco de la Segunda Internacional, entre marxistas y revisionistas; d) la obtención en 1890 del 20% electoral por el Partido Socialdemócrata Alemán (SPD); e) el discurso de Alexandre Millerand en 1896 hacia un socialismo francés reformista; f) el ascenso en 1912 del SPD Alemán a primera fuerza parlamentaria; g) la Conferencia Zimmerwald en 1915, por la cual la socialdemocracia comienza a ser considerada el ala reformista de la

⁷ Frente Patriótico, de socialdemócratas y socialcristianos, fue el nombre de la coalición de gobierno de la Viena Roja. Enfrentada a la administración central conducida por políticos conservadores cristianos, este choque entre gobiernos municipales y nacionales desemboca en una guerra civil que facilitará la invasión nazi. Las lecciones que de estos pasajes históricos extraen Hayek, Popper y Schumpeter son en exceso esquemáticas: en su opinión, la sociedad liberal habría dado paso al fascismo “por los intentos fallidos de la izquierda marxista de introducir en Austria después de 1918 la planificación estatal, los servicios de propiedad municipal, la colectivización de la actividad económica (...) la vivienda pública, el cobro de impuestos para fines sociales, la gestión de las relaciones de mercado” (Judt, 2012:327 y 2015:322). La condena visceral al tutelaje económico del Estado, que asimila políticas de bienestar con comienzo del totalitarismo, forma parte del espíritu que en los 30 estructurará el programa del neoliberalismo. Véase al respecto Escalante (2015:25-54 y 2018a).

izquierda opuesta al ala comunista y revolucionaria; y h) la participación de los socialdemócratas desde 1916 en coaliciones de gobierno como una “tercera vía: ni comunista ni capitalista”.⁸

El efecto de este itinerario socialdemócrata será el de la evolución de cierta izquierda hacia un reformismo, en el que la aceptación de la democracia encauzará un socialismo democrático y con agendas de gobierno para el conjunto de la sociedad –y no sólo para la clase trabajadora. A decir de Paramio (2009), esa maduración terminaría de concretarse en el siglo XX por los efectos de la Primera Guerra, los fascismos y la crisis de 1929. Para Przeworski (2001), descubrir que sería posible regular la economía sin eliminar para ello la propiedad privada, sería determinante en esta fortuna socialdemócrata.⁹ Esta decantación socialdemócrata por un liberalismo reformado, que después de la segunda posguerra será exitosa, deberá esperar, empero, a que “la era de la catástrofe” (1914-1945) arrase con los vestigios del siglo XIX.

II. La posguerra

En la ciencia política hemos marginado el estudio de la historia, convencidos de que la sofisticación analítica suple una mayor indagación contextual (Schedler, 2016:234). Antes que el ruidoso reclamo de Sartori (2004) por la débil formación conceptual de los politólogos, Paramio (1989:54) infería con tino que la metodología obsesiva revelaba las irreductibles dificultades teóricas para hacer visibles los objetos de estudio. Dejando de lado la historia de esos objetos, la brillantez de la teoría y sus instrumentos enceguecen.

⁸ Rodríguez Araujo (2002:68-74), Paramio (2009:24), Pipitone (2015:31-34).

⁹ Fuera de las filas socialdemócratas, esta confianza en la política reformista era puesta en duda; un clásico de ello en teoría partidista es Michels (2003). La miniserie *Days of Hope* (1975), del cineasta británico Ken Loach, captura aquellas tensiones de la política socialdemócrata en las primeras décadas del siglo XX.

Estos análisis deshistorizados afectan cursos académicos sobre procesos económicos y políticos que, damos por sentado, los alumnos conocen a detalle. ¿Para qué cartografiar así esas historias pasadas si podemos pasar a sus reducciones estilizadas?

¿Y si antes de exponer la teoría de las transiciones democráticas, estudiáramos la segunda mitad del siglo XX? Con esta duda, di a leer a mis alumnos *Algo va mal*, el libro de Tony Judt sobre las etapas del Estado de Bienestar. Mis conjeturas se confirmaron: los estudiantes quedaban perplejos ante episodios históricos de los que no tenían cabal registro.

“¿Entonces el mundo de posguerra fue mejor que el nuestro?”, preguntó un chico consternado al leer a Judt. Mi respuesta fue sugerirles que nuestra bitácora de trabajo fuera otra planteando una pregunta fundamental: ¿cómo fue posible el *Welfare State*, y qué factores explicarían aquel orden económico, político y cultural? Esta pregunta expresa mi propio azoro ante un pasado reciente con consensos sociales que no deberían olvidarse. Nuestro mundo no es natural ni obedece a una dirección histórica inmodificable; posee un pasado sin cuyos legados se comprende mal su forma. Para visualizar esta contingencia, dedico lo que viene a las fuentes de posguerra del Estado de Bienestar, para después avanzar hacia su crisis y relegación.

1. Estado de Bienestar

Los 400 golpes, filme que François Truffaut rodó en 1958, es una obra maestra por su exquisitez cinematográfica, pero también por esculpir un momento social específico. Basada en las desdichas que su protagonista Antoine Doinel enfrenta con su pillería de 12 años, Truffaut depositó en este personaje sus vivencias de posguerra.

A los efectos de este ensayo, me interesa destacar la conexión entre los sentimientos de Antoine Doinel y una época que imposibilitaba alargar la niñez dentro de la aún desconocida adolescencia. Doinel es un niño que viste como adulto prematuro, sufre una pedagogía

autoritaria y debe abandonar las diversiones para contribuir al ingreso familiar. Su único remanso son sus fugas a proyecciones de cine, por entonces, a bajo y popular costo. En su saga de películas, Antoine Doinel fue un entrañable álter ego de François Truffaut.

“Sobrevivir a la guerra era una cosa, y sobrevivir a la paz, otra” (Judt, 2011:46). Esta sentencia se queda corta ante la miseria de la primera década de posguerra. A fines de 1945, en Berlín había 53,000 niños perdidos; en Holanda 60,000; en Polonia 200,000 y en Yugoslavia 300,000. El final de la Segunda Guerra, recordemos también, sería seguido de guerras civiles en Italia, Polonia, Ucrania, Yugoslavia y Grecia (Judt, 2011:63-67).

Bajo estas condiciones, el áspero futuro de Antoine Doinel era una cuita común.¹⁰ En Italia, sólo uno de cada nueve niños mayores a los 13 años seguía en 1951 en la escuela. En Alemania, durante 1950, 17 millones (de un total de 47) eran catalogados como “necesitados” al carecer de casa. Para esos años, Bélgica era un país rural, “una villa”, como Boris Vian disfrutaba de llamarla en sus novelas. No muy distinto es el caso de España y su dictadura católica.¹¹ Italia, por razones conocidas, ostenta también una recia fe católica por la que todavía en 1956 siete de cada diez italianos acuden a misa dominical.¹²

“El Londres de la postguerra (...) habría sido inmediatamente reconocido para un observador de hace medio siglo”, es otra frase de Tony

¹⁰ Los datos que enlistaré los extraigo de Judt (2011:339-350) y su prodigiosa obra *Postguerra*.

¹¹ En España, hasta 1970 se permitiría profesar libremente cualquier culto no católico, siempre y cuando fuera cristiano. Este cautiverio español es captado por Víctor Erice en su película *El espíritu de la colmena* (1973), y por la cámara inigualable de Luis García Berlanga (*Bienvenido, Mister Marshall*; *El verdugo*).

¹² “(...) la Iglesia católica podía ofrecer a sus miembros algo que por entonces escaseaba en gran medida: un sentido de continuidad, de seguridad y de tranquilidad en un mundo que había sufrido violentas alteraciones” (Judt, 2013:341). La obra cumbre de Bernardo Bertolucci, *Novecento* (1976), traza la historia italiana del siglo XX a partir del clivaje político y cultural que opone catolicismo y comunismo. La afluencia del Estado de Bienestar, como Federico Fellini mostrará en *La Dolce Vita* (1960), ajará aquel tradicionalismo.

Judt (2015:77) ajustada a datos históricos que hoy parecen irreales. En esa primera década después de la guerra, el carbón seguía aportando 90% del combustible de Gran Bretaña y 82% al resto de países de la Comunidad Europea del Carbón y del Acero (Judt, 2011:338).

El aire que se respiraba en Londres era como el de un mal día en Pekín; el carbón era el combustible de rigor: barato, abundante y de producción local. El *smog* era un riesgo permanente: me acuerdo de cómo me asomaba por la ventanilla del coche, mi cara envuelta por una densa bruma amarillenta, indicándole a mi padre la distancia a la que estaba la curva; uno no podía ver ante sí literalmente más allá de la longitud de su brazo y el olor era horrible (Judt, 2016:39).

Asimilados al *smog*, para los ingleses su mayor desvelo consistía en obtener una vivienda fuera de casas prefabricadas donde en promedio permanecían siete años (Judt, 2011:350-351). Los patrones de consumo, ingleses y europeos, reflejaban una cruda penuria. Hasta 1954 hubo racionamiento de alimentos en Gran Bretaña, aunque “estas normas se suspendieron brevemente para celebrar la coronación de la reina Isabel en 1953: se autorizó para todos una libra extra de azúcar y cuatro onzas de margarina” (Judt, 2016:37).

En esta serie de estampas ilustrativas de la posguerra, hay una estupenda por su poder de síntesis: “la apariencia externa [de las personas] aún dependía más de la clase social que de la edad” (Judt, 2011:350). Los niveles de condensación de esta frase son tantos como para enlazar las décadas grises de posguerra con el posterior milagro económico –del que la invención de la adolescencia y la cultura juvenil serán producto.

Pero vayamos despacio. Decía que Antoine Doinel era un niño-adulto próximo a la brusquedad laboral de una sociedad donde la posición económica, y no la edad, era la distinción objetiva. Para divisar ese mundo, es indispensable entender que el Estado en reconstrucción partirá del reconocimiento de la diferencia de clases. Aquel modelo económico-político, que redundará en una reducción de la desigualdad

social, no proyectará la extinción de las clases, pero sí su compensación mediante una activa intervención del Estado en la generación y redistribución de riqueza. La reflexión más fiel a ese espíritu es el trabajo de 1949 de T. H. Marshall (1997), *Ciudadanía y clase social*, presentado como una sucesión de conferencias promotoras de que el Estado asegure derechos sociales.

Que el Estado asegure una mínima igualdad real es un principio enraizado en la reparación de las grandes desigualdades. A decir de Paramio (2009), dicho objetivo resultaba obligado ante los déficits de legitimidad que los gobiernos arrastraban luego de la crisis de 1929, las guerras, el desempleo y la pobreza. “La mayor parte de la gente no compraba o ‘consumía’ en el sentido moderno de la palabra; sencillamente subsistía”, escribe Judt (2011:493) sobre ese ambiente en el que “para la inmensa mayoría de la población europea los ‘ingresos disponibles’ eran términos contradictorios entre sí”.

El incremento del consumo, permitiendo el acceso de las clases trabajadoras a bienes que les eran ajenos, reflejará un mercado interno en el que las diferencias de clase dejen de ser sólo económicas. Es aquí cuando los pliegues de la frase de Judt alcanzan las orillas de un nuevo mundo, donde “alrededor de 1957, por primera vez en la historia europea, la gente joven empezó a comprar cosas por sí misma” (Judt, 2011:509). Los accesorios para bebés y niños inaugurarían esta especialización del mercado en el *baby boom* del Estado de Bienestar. La nueva categoría de “los adolescentes” será, por otra parte, secundada por la de “los jóvenes” definida por los nuevos estilos de ropa y música.

En el lapso de una generación este cambio será radical. Los datos son alucinantes: a comienzos de los años 50, en España había sólo un auto privado por cada 314,000 personas; en 1957 la mayoría de las familias europeas occidentales todavía no tenía refrigerador; en 1961, Holanda contaba sólo con siete supermercados; la lavadora, más retardada en su difusión masiva, era considerada un lujo de clase media; la televisión, finalmente, no ofrecería canales privados hasta bien entrados los 70 (Judt, 2011:495-506). ¿De qué manera Europa superaría

este atraso? ¿Por qué, si seguimos la pista de Antoine Doinel, tres películas después de *Los 400 Golpes*, este personaje es retratado en *Domicio Conyugal* (1970) como un adulto aburguesado? ¿Cuál fue la tecla de este salto? La respuesta es sencilla, pero irrepetible: la vibrante marcha del Estado de Bienestar.

Las fuentes del Estado de Bienestar cabe ubicarlas en legislaciones progresistas del siglo XIX. La crisis de 1929 haría innegable la necesidad de planes más ambiciosos. Pero fue la Segunda Guerra la que, al involucrar al Estado en la defensa nacional, acabó con las fobias liberales contra su intervención económica. Esa preponderancia estatal no podría recortarse cuando la miseria legada por la guerra volvió más urgente aún el rol social del Estado. “El sentimiento de una experiencia común de conflicto y destrucción fue mucho mayor después de 1945” (Judt, 2013:36), razón por la cual para liberales y socialistas la planificación económica apareció como la estrategia indicada contra el estancamiento. “El ansia de seguridad personal y social”, como Keynes llamaba a la depresión de posguerra, condicionaría este cambio en la economía, las líneas políticas y los imaginarios culturales.

La prosperidad de la posguerra es imprescindible situarla, además, en el arco de la Guerra Fría y a cuya vera el liberalismo se reformó a sí mismo (Jacoby, 1999; Lilla, 2017). Este es un pasaje poco recordado. Se entiende, después de todo, que para nuestro momento resulte difícil aceptar la modernidad fascista, nazista y comunista frente a democracias liberales abatidas; pero así fue en esos años (Traverso, 2001; 2003). Derrotado finalmente el III Reich, la Guerra Fría continuaría por otros medios las rivalidades.

En 1946, cuando el 22 de febrero George Kennan (Secretario de Defensa de EUA) envía desde Moscú su *Largo Telegrama* reportando el rechazo de Stalin al nuevo orden internacional (Judt, 2011:171), este primer amago de repudio entre Estados Unidos y la URSS catapultó el discurso de Churchill (marzo, 1946, Fulton) identificando como “Cortina de Hierro” la separación entre democracias liberales y dictaduras comunistas.

“De 1947 en adelante quedó claro para la mayoría de los líderes europeos que la Unión Soviética representaba una seria amenaza (y que) los Estados de Europa occidental debían llegar a algún tipo de alianza entre ellos y con Estados Unidos” (Judt, 2013:38). La disposición a acuerdos, sobresaliendo el rol capital del Estado, será espoleada así por turbulencias de la Guerra Fría, tales como: a) el golpe de Estado orquestado por Rusia en Bucarest en febrero de 1945; b) el nacimiento (octubre 7, de 1949) de la República Democrática Alemana (socialista) como respuesta a la creación de la República Federal Alemana (capitalista); c) el golpe de Estado del Partido Comunista de Checoslovaquia en febrero de 1948, “haciéndose con el poder en el único país del Este o el Centro-Este de Europa que todavía no estaba bajo el control soviético” (Judt, 2013:39); d) la Revolución China de 1949; e) la Guerra de Corea en 1950; f) la adopción entre 1947 y 1952 de Constituciones calcadas del molde soviético en Albania, Bulgaria, Rumanía, Hungría, Checoslovaquia, Polonia y la República Democrática Alemana; y g) el conflicto entre URSS y Yugoslavia porque el dirigente yugoslavo aceptara préstamos occidentales.¹³

“En la primavera de 1947 Europa se tambaleaba al borde del abismo”. Nada exagerada, esta frase de Judt evoca el entonces persuasivo poder del comunismo cristalizado en “la alternativa roja” del Este, pero también en los partidos comunistas occidentales “capaces de movilizar la indignación ciudadana y rentabilizar los fracasos de gobiernos democráticos ahogados por la crisis económica” (Judt, 2011:141).

Los peligros de esta polarización volverán racionales la moderación política y la planificación económica. Del lado de las izquierdas, el golpe comunista de Praga alentará, además, que “una parte importante

¹³ “En 1950 el Congreso de Estados Unidos, convencido ya de la posible importancia de Yugoslavia en la Guerra Fría global, ofreció otros 50 millones en virtud de la Ley de Ayuda de Emergencia a Yugoslavia de 1950, a la que en noviembre de 1951 siguió un acuerdo que permitía a Yugoslavia recibir ayuda militar con arreglo a la Ley de Seguridad Mutua (...) entre 1949 y 1955, Tito recibió en total 1,200 millones de dólares en concepto de ayuda procedente de Occidente, de los cuales sólo devolvió 55 millones” (Judt, 2011:264).

de la izquierda no comunista se sitúe con firmeza en el bando occidental” (Judt, 2011:215). Comunistas y socialistas de Europa occidental se distanciarían así en un giro en el que para la política estadounidense “los partidos socialistas demócratas y laboristas de corte moderado figuraban como la mejor barrera contra el avance comunista” (Judt, 2011:227). En Italia, donde los norteamericanos fiaban sus fondos a la Democracia Cristiana, el líder del Partido Comunista Italiano (Palmiro Togliatti) anunciaría desde marzo de 1944 el “compromiso histórico” de su partido con la unidad nacional y la democracia parlamentaria. Gobierno único hasta 1963, la Democracia Cristiana formará a partir de ese año coaliciones con partidos minoritarios de izquierda no comunista. En ese entorno de alianzas, Norberto Bobbio, a despecho de la izquierda más ortodoxa, apelará a un socialismo liberal que venza los resabios del fascismo.¹⁴

Si los recambios en la izquierda son aleccionadores, lo sucedido en la derecha es aún más interesante. Entender el acercamiento de ésta al liberalismo social requiere rebuscar en su continente ideológico los adversarios a la democracia en la Guerra Fría.

En concreto, la derecha reformista debió imponerse a una derecha tradicional y otra fascista. La primera, la derecha de irrestricto mercado, achacaba la crisis económica a las medidas proteccionistas. En agosto de 1938, esa agresividad antiestatal auspiciará el Coloquio Lippman y la articulación del neoliberalismo. Desoídos sus reclamos, los neoliberales conforman en 1947 la Sociedad de Mont Pélerin, más vociferante aún en restaurar el mercado libre. Cuatro décadas le tomaría a esta doctrina hacerse oír, pues en la posguerra sus dictérios tienen el distingo de una reliquia prekeynesiana.

La segunda vertiente excluida son los cercanos modos de una derecha fascista. La capitulación del fascismo azuzará el rearmado de la derecha bajo partidos avenidos a la moderación ideológica. La Unión

¹⁴ El diálogo que Bobbio propusiera entre estas tradiciones fue originalmente tomado como revisionista y cismático (Anderson, 1998). Su lectura de urgencia ante al fascismo puede verse en Bobbio (2008).

Demócrata Cristiana en Alemania; la Democracia Cristiana en Italia; el Movimiento Popular en Austria; el Partido Conservador en Gran Bretaña; el Partido Popular Socialcristiano en Bélgica o el Partido del Pueblo Católico en Holanda adoptarán un liberalismo reformista, quedando así “idealmente situados para rentabilizar prácticamente cada uno de los aspectos de la situación de la posguerra: el deseo de estabilidad y seguridad, la esperanza de renovación, la ausencia de alternativas de derechas tradicionales y las expectativas depositadas en el Estado” (Judt, 2011:131).

2. Principios e instituciones sociales

Es falso que el pasado de democracias desarrolladas sea un contrato social impecable; esta consolidación es una eventualidad desprendida de la interacción entre Estados, guerra y capitalismo en las sociedades modernas (Tilly, 1992). Esta conclusión es refrendada por Fukuyama (2014), para quien las democracias son el contingente y excepcional concierto de tres instituciones: burocracias meritocráticas; imperio de la ley y rendición de cuentas. El origen y madurez de estas instituciones no tiene una ruta determinada; por el contrario: los automatismos democráticos débiles pueden surgir de avances políticos precoces sin estatalidad, y las democracias fuertes pueden seguir a Estados autoritarios reformados.

“Una cultura política que ya se hallaba favorablemente dispuesta a la toma de decisiones autoritaria y la construcción de consensos mediante orden gubernamental”, es una afirmación explicativa de Judt (2011:116) de la fisonomía del *Welfare State*. Especialmente ahora que la democracia pareciera prescindir de la “intrusión” estatal, pensar la democracia social del Estado de Bienestar como una cultura de consensos estatales-autoritarios suena anticlimático. Pero fueron esos los acuerdos y diseños institucionales que soportaron la política económica e imaginarios simbólicos del *bienestarismo*.

El inicio formal del *Welfare* data de noviembre de 1942, cuando el informe del reformador social británico William Beveridge señaló

a la necesidad, la enfermedad, la miseria, la desocupación y la ignorancia como “gigantes malvados” que debían sofocarse (Dahrendorf, 2006:216). Producidos por injusticias sociales, esos males demandaban del Estado un servicio universal de salud, una pensión adecuada, ayudas familiares y empleo.

Después, en 1944, John Maynard Keynes, y su colega norteamericano Harry Dexter, idearían en el centro de conferencias de Bretton Woods (New Hampshire) las bases de un nuevo orden con el fin de remplazar al capitalismo desregulado. Para distanciarse del fracaso del liberalismo económico, Bretton Woods dio paso a un sistema que “incentivó el libre comercio de bienes mediante un esquema de tipos de cambio fijos sujeto a la convertibilidad del dólar estadounidense en oro a un precio fijo.” (Harvey, 2014:26).

Para apuntalar este orden se crearon instituciones como el Banco Mundial, el Fondo Monetario Internacional, el Acuerdo General sobre Aranceles y Comercio y el Plan Schuman; todas ellas instadas por iniciativa norteamericana. Acabada la guerra, y a la luz de estos acuerdos, Inglaterra promulgaría nuevas leyes de educación, salud, pensiones y desempleo (Escalante, 2015:38). Esta senda pondría énfasis en el diagnóstico de Polanyi (*La Gran Transformación*), publicado en el mismo año (1944) que *Camino de Servidumbre*, el libro de Hayek contra el arbitraje económico del Estado.

El punto de inflexión del nuevo orden llegaría en 1947 con la ayuda del Plan Marshall, en virtud del que Estados Unidos invertirá en la reconstrucción europea más de 13,000 millones de dólares que “pusieron a Europa en situación afortunada de poder importar productos básicos, invertir en infraestructuras públicas y mantener y aumentar las ganancias y el consumo doméstico, mientras el desempleo descendía a niveles históricamente bajos y la inflación se mantenía bajo control” (Judt, 2011:143-157).

Pensada esta inversión como un Programa de Recuperación Económica, las condiciones ventajosas de sus préstamos obedecerían a la vulnerabilidad europea y al cometido de estabilizar las democracias ante el temido contagio del comunismo. El Plan Marshall “fue princi-

palmente una respuesta política, no económica, [que] ayudó a cubrir los costos iniciales de los Estados de Bienestar” (Judt, 2012:333-334).

Dispuesto como un antídoto al espectro comunista, el Estado de Bienestar tendría así en la planificación un brazo natural para “realizar elecciones difíciles sobre cómo y adónde destinar los recursos del Estado y a qué costo” (Judt, 2011:117).

¿Por qué aceptarían los europeos este tipo de conducción? Esta pregunta tiene para Judt (2011:125) tres respuestas: a) el mínimo de justicia y equidad gestionados; b) una redistribución económica no políticamente divisiva, pues la estrategia no buscaba “desplumar a los ricos”, sino aportar las precondiciones materiales de la democracia liberal; y c) el sentir popular de que el bienestar colectivo era tarea de un buen gobierno.

Dentro de las modalidades nacionales del *Welfare*, el consenso keynesiano sobrepuso como rasgos comunes los servicios en educación, vivienda, atención médica y áreas de recreo; la subvención del transporte público, del arte y la cultura; la seguridad social mediante seguros contra enfermedad, desempleo o accidentes (Judt, 2011:120).¹⁵ Estos “salarios indirectos” incrementaron el poder adquisitivo de los trabajadores al asumir el Estado rubros que absorbía antes el presupuesto familiar. El Estado de Bienestar transformó así en servicios públicos lo que eran gastos privados y prohibitivos para la mayor parte de los trabajadores (Paramio, 1989:107). Este ascenso y regulación del consumo obrero reflejó, por otra parte, la práctica del *fordismo* como forma de producción masiva de bienes, desprendida de prácticas keynesianas para amortiguar los ciclos económicos y asegurar el pleno empleo (Harvey, 2014:27; Paramio, 2009:40).¹⁶

¹⁵ Dos ejes de variaciones de esta política fueron la estrategia agresiva, discreta o a veces inexistente de nacionalizaciones, así como los esquemas para pagar las prestaciones públicas. La planificación inglesa, holandesa, italiana, francesa, alemana o escandinava fueron así tan contrastantes como las formas de Estado socialdemócratas, demócrata-cristiano, dirigista o demócrata liberal (Esping-Andersen, 2000).

¹⁶ Estos patrones de inclusión fueron neurales también para las clases medias y sectores burgueses integrados en una nueva “salarización de la economía”; véase

Es importante cerrar este breviarío del *Welfare* recordando su cometido de vigorizar a las democracias liberales ante el hechizo comunista. Siguiendo esta interpretación, Alemania sería en 1945 el primer país en legislar la constitucionalización de los partidos como aliento a la moderación parlamentaria (Biezen y Ten Napel, 2014). Esta preferencia por la democracia, asentada en un Estado planificador, operaba también contra la doctrina neoliberal. Proteger a la democracia de los mercados autorregulados constituye un pasado a vuelta de hoja. A modo de conclusiones preliminares de aquel proceso, vale ensayar algunas síntesis sobre la forma en que el actual orden social implica sus huellas.

- 1.- El Estado de Bienestar fue un capitalismo concebido en términos opuestos al capitalismo desregulado. Asumiendo las críticas de Polanyi y Rosanvallon al liberalismo utópico del siglo XIX, el de posguerra fue un “liberalismo embridado”. Que la democracia afectara y regulara la riqueza del mercado, fue un objetivo de las políticas *bienestaristas*.
- 2.- La mezcla de Estado de Bienestar y política keynesiana definió, en un marco liberal, el proyecto socialdemócrata. Entre 1945 y 1973, el patrón keynesiano de acumulación catalizó un alza capitalista, sostenible gracias a un alto consumo popular y una situación de pleno empleo. Bajo este panorama singular, el orden económico-político exhibiría “una creciente vulnerabilidad del capital frente al trabajo” (Paramio, 1989:107).
- 3.- Sobre el *bienestarismo* gravitan, empero, dos equívocos: 1) el *Welfare State* representó una fase capitalista capaz de concretar derechos sociales dentro de la democracia; ese Estado no fue así un camino al totalitarismo, sino una forma de control democrático sobre la economía; y 2) el triunfo de la democracia liberal sobre el comunismo no fue, en ningún caso, el de la sociedad de mercado sobre la planificación colectiva. Muy al contrario: la economía mixta, con instrumentos de planificación, fue el

modelo económico, político y cultural que derrotó a las opciones comunistas y neoliberales. En el futuro de los años 90, la reescritura del pasado a partir de retóricas del presente, trazará una batalla inexistente entre capitalismo libre y sociedades opresivas. Ubicar ese relato deshistorizado es factible si se rastrean los afluentes del Estado de Bienestar.

III. (Otro) mundo nuevo

Yo, Daniel Blake, película de Ken Loach ganadora en 2016 de la Concha de Oro, es un filme político que requiere para ser apreciado un cierto trasfondo generacional. En su cinta, Loach filma una protesta enérgica y nostálgica por lo que el Estado de Bienestar fue y ha dejado de ser. Pero ese recuerdo no puede figurarse ni ser compartido por generaciones jóvenes que no conocieron las prestaciones sociales del *Welfare*, y para las que las ayudas estatales fincadas en sus impuestos pueden ser vistas como un pasado sin sentido.

En 2017 pedí a mis alumnos ver *Yo, Daniel Blake*. El mayor de ellos relató haber ido al cine con su hija universitaria y becada por el Estado. Mientras para él la película denunciaba con puntería el agravio de trozar al Estado, su hija vio el filme como un alegato a favor de quienes no quieren trabajar y cargan al gobierno su desidia. Al contarlos este debate, mi alumno aludía al choque generacional que fue uno de los factores de la crisis del *Welfare*. Su relato confirmaba, además, que el neoliberalismo se ha arraigado en el orden cultural. Criticar el *bienestarismo*, pensando que la libertad de los individuos es adversa a estas intromisiones, es una síntesis de esta ideología.

En este apartado discuto las razones de la vuelta histórica del liberalismo económico, utilitario y desarraigado. Hilando cambios decisivos ofrezco, pues, un retrato de la crisis del Estado de Bienestar que abrió las puertas de otro nuevo mundo.

Empecemos por recuperar un momento gozoso: la aparición en 1963 de *Please, please me*, el sencillo de los *Beatles* con el que el

Cuarteto de Liverpool desata la “beatlemania” como fuerza representativa de un fastidio ante la década de los 50 en la que el crecimiento económico, la estabilidad política y las tradiciones culturales tenían claras marcas costumbristas y jerárquicas.

En la Inglaterra de los 50, los columpios para niños estaban encadenados los domingos para honra y respeto de los ritos cristianos.¹⁷ En ese ambiente conservador, las economías europeas iniciarían su despegue, en primer lugar y ante todo gracias al creciente nacimiento y sobrevivencia de bebés (*baby boom*). Europa volvía a ser joven al descender la mortalidad infantil (Judt, 2011:485). Con este salto de población, las políticas keynesianas de alto gasto gubernamental, imposición fiscal progresiva y redistribución económica reeditarían en indicadores de salud económica (Judt, 2011:475-484). A mediados de la década de 1960, la media europea de desempleo era apenas de 1.5%.¹⁸

Si hasta fines de los 50, uno de cada veinte italianos iba a la universidad, y en 1968 los universitarios en Reino Unido eran sólo el 6% del total de su grupo de edad (Judt, 2011:572-574), ese clasismo empezaría a cambiar con la masificación estudiantil. Paul McCartney y George Harrison serían favorecidos por políticas del *Welfare State*, concretamente, en su caso, por el examen “11+” dispuesto para que los adolescentes destacados asistieran a institutos de élite y trascendieran sus orígenes de clase (O’Deal, 2017; Judt, 2016). Subrayo la palabra “adolescentes”. El Estado de Bienestar producirá esta nueva categoría generacional –a la que los *Beatles* se dirigieron en sus inicios.

“A medida que el número de niños que iniciaban y finalizaban los sistemas de educación secundaria iba en aumento, se abrió una brecha en su mundo y el que sus padres habían conocido” (Judt, 2011:571). Esta brecha generacional ha dado pie a teorías que explican la crisis

¹⁷ O’Deal, Tom, *How the Beatles Changed the World* (Documental, 2017).

¹⁸ El excedente de demanda de empleo supondrá una alta emigración intraeuropea, así como “permisos de empleo” para trabajadores africanos y asiáticos atraídos por las políticas keynesianas (Judt, 2011:488-494).

del *Welfare State* por el cambio de valores de una generación crecida bajo una estabilidad política y una afluencia económica contrarias a un tradicionalismo cultural asfixiante (Inglehart, 1977). Abordaré esa historia en una *adenda* dedicada al caso alemán, el más señero de las revoluciones y conflictos de izquierdas de los 60 y 70. Antes, y a manera de contexto de tan convulsos pasajes, describo las fallas económicas del orden de posguerra. Del mismo modo que sucederá con las revueltas políticas, estos desajustes serán secuelas imprevistas de las cotas de éxito del *Welfare State*.¹⁹

1. La crisis económica

Si bien el cambio político y cultural de los 60 sembraría una nueva época, el detonador de ello fue el viraje económico ocurrido en apenas 10 años a partir de 1971. En 1981, el triunfo electoral del Partido Socialista Francés, basado en el abandono del keynesianismo (Paramio, 2009:59-60), expresará una política económica monetarista inatacable ya con los accesos al gobierno de Margaret Thatcher y Ronald Reagan. Enlisto en lo que sigue coyunturas del arribo del neoliberalismo como programa que descollará en los 80 y 90.

El sistema económico de posguerra comenzará a desgajarse en 1971, cuando Richard Nixon suspenda la paridad del dólar con el oro (Judt, 2011:658; Harvey, 2014:28; Escalante, 2015:93). A partir de esa fecha, las monedas entran en flotación e inestabilidad. Las razones de esa determinación están relacionadas con el endeudamiento del

¹⁹ “La paradoja del Estado de Bienestar, y de hecho de todos los Estados socialdemócratas (y cristianodemócratas de Europa), era simplemente que, con el tiempo, su éxito mermaría su atractivo. Comprensiblemente, la generación que recordaba la década de 1930 era la más interesada en conservar las instituciones y los sistemas de tributación, servicios sociales y provisión pública que consideraba bastiones contra la repetición de los horrores del pasado. Pero sus sucesores –incluso en Suecia– empezaron a olvidar por qué habían deseado en su momento esa seguridad” (Judt, 2015:324).

gobierno estadounidense, embarcado ya por años en las guerras de Corea y Vietnam, amén del gasto destinado a la guerra ideológica con el comunismo.²⁰ 1971 es, además, el año en que la prensa da a conocer “Los Papeles del Pentágono” destapando el conocimiento del gobierno de dos décadas perdidas en Camboya y Saigón. La ola de protestas antibélicas, las revueltas de las generaciones *beatniks* y *hippies* y la fuerte movilización por los derechos civiles incidirán en la estrategia de Nixon de ajustar las cuentas públicas.²¹

En 1972, del otro lado del Atlántico y resintiendo el declive de la economía industrial, los mineros británicos declaran su primera huelga desde 1926. En 1973, oficializado ya el nuevo sistema de cambios flotantes, la inflación seguirá a la especulación de divisas y al aumento del precio de las importaciones. Salvo el petróleo, entre 1971 y 1973 el precio mundial de las materias primas escala 70% (Judt, 2011:659).

En ese clima enrarecido, estalla (octubre 6, 1973) la Guerra de Yom Kippur (día de Expiación del calendario judío) en la que Egipto y Siria atacan Israel. Diez días después de ello, los países árabes decretan un embargo que sube 70% el petróleo. Para fines de ese año, otro aumento antecederá a un tercero luego de la revolución de Irán en 1979. La inflación europea, que hasta 1969 no superaba 3.1%, brincaría a 24% (Judt, 2011:659-661).

Rebasadas por este nuevo ciclo del capitalismo, las políticas keynesianas no podrán reducir la inflación salarial y de precios combinada con ralentización económica. Conocida como estanflación, esta pendiente derivó del cambio estructural de las condiciones antes canalizadas por

²⁰ Estos problemas económicos no serían privativos de Estados Unidos: para el caso de Inglaterra, entre 1970 y 1974 este país declarará el estado de emergencia hasta en cuatro ocasiones (Escalante, 2015:94).

²¹ El año siguiente de 1972, y hasta la dimisión de Nixon en agosto de 1974, serán los del escándalo y juicio del *Watergate*. Sobre *Watergate*, la película de Alan Pakula *Todos los hombres del presidente* (1976) sigue siendo una buena referencia; en 2019, el documental de Oscar Charles Ferguson es también muy valioso al basarse en el uso de las 3,400 horas de grabaciones que Nixon realizó en el Despacho Oval de la Casa Blanca.

el keynesianismo. En un contexto distinto, el alto gasto y el déficit público no serían ya la solución, sino la fuente de un gravísimo desajuste económico.²²

Entre esas condiciones cambiantes destacaba el ocaso de la economía de manufactura, cuya crisis en la minería y siderurgia abultaba la desocupación. Una tercera revolución industrial, que propulsaba el tránsito hacia economías y sociedades posindustriales, causaba la “conjunción de desempleo estructural, incremento de los costos por importación de crudo, inflación y declive de las exportaciones (...) déficits presupuestarios y crisis de la balanza de pagos en toda Europa occidental” (Judt, 2011:663).

La crisis exigía un nuevo pacto entre gobierno, patronales y sindicatos, pero esta renegociación resultaría imposible (Paramio, 2009:48-51). Ciegos al desplome fordista, los sindicatos llamarían a más movilizaciones. Esta política, decidida en Inglaterra cuando el gobierno laborista de James Callaghan quiso renovar los topes de subidas salariales, encendería “el invierno del descontento” (Paramio, 2009:55-56). 1978 será, además, la fecha en que tras dos años de la muerte de Mao, China inicie su liberalización económica.

Los estertores del keynesianismo pueden fecharse entre 1974 y 1979. En 1974, la Asamblea General de Naciones Unidas adopta la Carta de Derechos y Deberes Económicos de los Estados con cinco principios: 1) estabilizar precios de los bienes exportados por los países periféricos para detener el deterioro de los términos de intercambio; 2) imponer tarifas preferenciales para países en desarrollo; 3) transferir tecnología hacia estos países; 4) renegociar la deuda externa; y 5) mejorar mecanismos de protección comercial. En 1977, la Comisión Brandt para el estudio de las relaciones Norte-Sur recomienda, además, regular las empresas multinacionales, reorganizar el sistema monetario y reducir los subsidios agrícolas de los países centrales (Escalante, 2015:96-97).

²² Para una explicación técnica de este *impasse* y de los errores *bienestaristas* véase Escalante (2015:75-79).

Opuestos a frenar un naciente capitalismo financiero, los países centrales votarían en contra de todas estas medidas. El Informe de la Comisión Trilateral, que inauguró en 1975 el lenguaje de la ingobernabilidad democrática, ponía ya el centro de discusión en cómo el keynesianismo sobrecargaba de demandas a los gobiernos. Bajo esta perspectiva, las causas del des/orden sistémico eran la democracia y el modelo social de posguerra.

Si en 1976 y 1977 la crisis económica obligó a Inglaterra e Italia a pedir ayuda al FMI, la propuesta en 1978 del canciller germano occidental Helmut Schmidt de crear un Sistema Monetario Europeo (SME) forzaría a los gobiernos a tomar decisiones impopulares por tratados concebidos en el exterior. Comenzaría así una estrategia que privaría a los gobiernos nacionales de su iniciativa en política interna (Judt, 2011:669).

La última fecha del arranque neoliberal llegaría en 1979, cuando el presidente estadounidense James Carter autoriza a su Secretario de la Reserva Federal (Paul Volcker) decretar medidas extremas contra la inflación. El “Shock Volcker”, como se conocerá a esas políticas desregulatorias de mercados, subirá las tasas de interés de 2% a casi 20% en 1981. La deuda externa se tornará así inmanejable para los países periféricos. Esta crisis redundará en Programas de Ajuste Estructural que rediseñen en términos neoliberales a los Estados. Disminución de déficit público, control de inflación, privatizaciones o apertura comercial serán entonces políticas hegemónicas y corrientes.

El año de 1979 será, de este modo, una bisagra entre lo que desaparecía y lo que principiaba con cambios adosados a un nuevo modelo económico. Durante ese mismo año, el triunfo en Nicaragua de la revolución ocurría así a contratiempo. *La condición postmoderna*, el libro de Jean François Lyotard, se publicaría también en 1979, año en el que Margaret Thatcher afirmaría la inexistencia de alternativas al programa neoliberal. *La Mayoría Moral*, lobby ultraconservador que apoyó la llegada de Reagan, vio la luz también ese año.

El neoliberalismo provocará, de hecho, notorios contrasentidos entre las ramas económicas, políticas y culturales del liberalismo. Esas

paradojas comenzaron antes, cuando la liberalización de costumbres promovida por gobiernos socialdemócratas mermó el atractivo del *Welfare*. Para decirlo con doble y perturbadora perplejidad: entre el programa neoconservador favorecido por la crisis económica, y el ánimo contestatario y antiestatal de los 60, había una grácil afinidad neoliberal (Escalante, 2015). Para desentrañar esta ironía, repaso en lo que sigue: la acción colectiva contenciosa de los 60 y 70; la nueva izquierda y el tercermundismo como tensiones de la izquierda ante el avance de un nuevo mundo; y el “caso alemán” como vitrina idónea de estos procesos.

2. La revolución cultural

Si la traza económica del neoliberalismo fue un basamento del nuevo orden, ¿qué cambios culturales operaron como contexto favorable? Previa a la introducción económica del cambio, una revolución cultural otorgaría sentido al combate contra improntas autoritarias del Estado de Bienestar, resignificadas como insoportables para la generación de los 60.

Situemos *Please, please me*, de los *Beatles*, en el marco que la hizo mágica. “Por favor, compláceme” era un grito de rebeldía frente a lastres culturales del *Welfare State*. En 1963, año de ese trancazo, las relaciones homosexuales, el aborto y la contracepción eran ilegales; el divorcio no estaba legislado; la censura oficial regía en teatro, literatura y cine; la radio y la televisión eran monopolios públicos; la jerarquía católica “pastoreaba” votos y los gobiernos dirigían una planificación urbana con arquitectura funcionalista y chata.²³

²³ Sobre esta roma planificación urbana véase Judt (2011:545-568); el rediseño neoliberal de centros urbanos en Harvey (2014). La enajenación que las ciudades modernas inculca en sus habitantes, y el espíritu libertario que ello incitaría, es rodada por Michelangelo Antonioni en *El desierto rojo* (1964) y *Blow-up* (1966).

Los avances de bienestar habían tenido sustento en esos mecanismos estrictos de regulación, que nuevas y boyantes clases medias denunciarían como muestras de una autoridad insensible. Una nota singular de los 60 fue, en efecto, tematizar lo que la prosperidad material había dejado de lado, esto es, el universo de control político y cultural. *Lo personal es político*, mantra de esas protestas, condensaba la sensación de que los objetivos de posguerra eran ahora restrictivos. La división generacional, atizada por el acceso masivo a las universidades, postularía la autonomía personal como meollo de esta inconformidad. “La distinción entre las valiosas libertades individuales y los irritantes constreñimientos públicos” (Judd, 2010:94) insuflaba así un espíritu de la época.

Aquella buscada oxigenación sería recogida por reformas del primer ministro laborista inglés Harold Wilson que liberalizaron derechos (Paramio, 2009:45). *Tomorrow never knows*, la primera canción psicodélica escrita por los *Beatles* en 1966, o su infinito *Sargent Pepper Loney Hearts* de 1967, sobrevienen en esa atmósfera de contracultura y posterior reflujo neoconservador. Pero para llegar ahí hay algunas escalas previas. En lo que hace a “la nueva izquierda”, 1959 es un prefacio de episodios críticos.

1959 es el año de la Revolución Cubana y de una inflexión en la izquierda desapegada de los moldes socialdemócratas y comunistas. Para el caso de la órbita soviética, 1957 inauguraría incluso el revisionismo económico húngaro adoptado por otros países comunistas (Polonia, Rumanía, Yugoslavia) que desafían el control ruso. Los 60 serán así difíciles para el comunismo soviético, que desde 1961 entra en disputa con el maoísmo por el liderazgo de la revolución mundial, amén de los guiños que Europa occidental y Estados Unidos tendrán para Tito y Nicolae Ceaușescu –visitado éste último por Nixon, declarado por *The Economist* “de Gaulle de Europa de Este” y por George Bush “uno de los buenos comunistas”. Para 1963, fracturado también en lo económico, el imperio soviético importará granos del Occidente para sostenerse.

Para fines de los 60, Checoslovaquia es la zona comunista donde ciertas medidas liberalizadoras consentirán la difusión en 1966 de un

filme como *Trenes rigurosamente vigilados* con críticas al estalinismo; la edición en 1967 de una novela como *La broma*, en la que Milan Kundera hace mofa de las aberraciones soviéticas; la redición de Kafka o la intentona de un “socialismo con rostro humano” gestada desde el propio Comité Central del Partido Checo por Alexander Dubček. Esa *Primavera de Praga*, que pretende reformar al comunismo, sería acribillada por los tanques rusos invasores. “Lenin, despierta, se han vuelto locos”, es el último plano de la película *La Confesión* (1971), de Costa-Gavras, que captura aquel ideal desgarrado. Luego del 21 de agosto de 1968, “nunca más sería posible sostener que el comunismo descansaba en la voluntad popular, o la legitimidad de un Partido reformado, o incluso las lecciones de la historia” (Judt, 2011:650).

La decadencia comunista será una premisa de la nueva izquierda. En 1968 esta ruptura entre izquierda tradicional y la *New Left* quedó plasmada con el ataque del Partido Comunista Francés al movimiento estudiantil. Como hito, tanto por su momento de implosión como por consecuencias imprevistas que lo acercarán al neoliberalismo, el 68’ merecería una frase de Alain Touraine como presagio contradictorio de la imaginación revolucionaria: “El movimiento de 1968 combate el pasado y revela el porvenir” (citado por Rodríguez Araujo, 2002:147). Pero no corramos hacia la resaca *setentayochera*. Veamos antes la pendiente del *Welfare* y el reflujo neoconservador.

Un año después de la Revolución Cubana, Seymour Lipset y Daniel Bell propalan la tesis del “fin de las ideologías”. Su trabajo teoriza los efectos desideologizantes del Estado de Bienestar, en el que los avances materiales, la moderación de la socialdemocracia y de la democracia-cristiana compusieron un sistema (en este sentido) posideológico. Son estos los años en los que Lipset y Rokkan (1967) plantearon la estabilidad de los partidos tradicionales. Pero esta institucionalización tendría un costo: la repulsa hacia programas con deseos de reideologizar el conformismo político y cultural que disimulaba una “tolerancia represiva”, como empezó a repetirse a partir de la lectura de Herbert Marcuse.

El origen de esta crítica social estribaba en el propio éxito del Estado de Bienestar que desdibujaba a los trabajadores como sujetos revolucionarios. Que los obreros no pretendieran desenmascarar su explotación, alentó en las clases medias universitarias la certeza de que la ruptura por llegar vendría de los estudiantes, mujeres, etnias oprimidas, ecologistas o guerrilleros allende las fronteras de la resignada Europa. En ese entorno, el maoísmo aparecería como la verdadera opción para los “nuevos y antiestalinistas filósofos franceses” (Bartra, 1981), capaces de embelesar a cineastas como Jean-Luc Godard.

Para 1967, la nueva izquierda romperá con la tradición colectivista, recreando en su lugar una veta libertaria, individual, cultural. En términos epistémicos, la *identidad* y las *diferencias culturales* remplazarán al concepto de clase social como palanca de los cambios (Iggers, 2012; Burke, 2012). Como reformulación del marxismo economicista, los nuevos “estudios culturales” (Jameson, 2016) florecerán en programas poscoloniales y de géneros afines que preludiarán el *boom* multiculturalista como bandera política; radical, sí, pero limitado a demandas de grupos específicos. “Con independencia de lo legítimas que sean las reivindicaciones de los individuos y de lo importante que sean sus derechos, darles prioridad tiene un precio inevitable: se debilita el sentido de un propósito común (...) perdemos [así] el sentido de que los intereses y las necesidades comunes deben predominar sobre las preferencias particulares y el beneficio individual” (Judt, 2011:91;128).

El deslinde de la nueva izquierda con el *bienestarismo* abandonará, asimismo, las críticas clásicas a la desigualdad, derivando en un ánimo proclive al neoliberalismo como contraoferta fresca y rebelde por oponerse también al Estado (Escalante, 2015:91-113). Un nuevo consenso ideológico, en el que la derecha defenderá la desigualdad económica, y la nueva izquierda el “derecho a la diferencia”, nacerá de esta confluencia.

Comunismo y *Welfare*, proyectados por la nueva izquierda como formas autoritarias, serán así el adversario contra el que las protestas se extremarán. Es éste el caldo de cultivo que validará la violencia como partera de la historia en Argel, Cuba, Vietnam o Camboya. La teoría

del foquismo aportaría, a su vez, un modo de apresurar lo imposible. La liberación sexual, como otra variante efervescente, era también en estas lides un acto revolucionario. Reciclado en crítica cultural, este marxismo abundaría en planes irracionales. Confrontados a los límites de sus soflamas, los sectores más radicales constituirían grupos armados como Las Brigadas Rojas en Italia o la Facción del Ejército Rojo (o Banda Baader-Meinhof) en Alemania Occidental.²⁴

Esta violencia llevaría a la izquierda a derrotas contundentes. El apoyo de Cuba a la invasión de Praga; los golpes militares en Latinoamérica; el horror de la Revolución Cultural China; el genocidio de Pol Pot en Camboya y el descarrilamiento de Vietnam luego de la muerte de Ho Chi Minh agotarían las apuestas revolucionarias. En lo que hace por otra parte al marxismo occidental, los años 1973-1979 serán los del abortado empeño por reciclarse en un eurocomunismo infértil. Estimulados por la crisis del *Welfare*, la rebeldía generacional antiautoritaria y el faccionalismo de la izquierda, los atractivos del neoliberalismo no tardarían en ser reconsiderados bajo otro contexto histórico e intelectual.

Adenda: el caso alemán

La importancia de Alemania en la segunda mitad del siglo XX es tan obvia como el vínculo de su canciller Helmut Kohl con Thatcher y Reagan alrededor de las políticas neoliberales, o su reunificación en 1990 como preámbulo a la apertura de fronteras comerciales. En esa trascendencia destaca también el férreo manejo de la crisis económica de 2008-2009 y el cuarto mandato de Angela Merkel sobre la primera potencia económica de Europa.

Dentro de su trayecto en la posguerra, Alemania enlaza Guerra Fría, economía social de mercado, estabilidad política y amenaza radical a

²⁴ Para acercamientos filmicos a estos grupos y ebulliciones políticas véase la Cuarta Parte de este ensayo.

ese orden, ofreciendo así un sumario de un “breve siglo” que abrirá paso a la narrativa del fin de la historia.

Al perder la guerra, Alemania sería un problema para las potencias aliadas. Sujeta de muchas reclamaciones, fue Estados Unidos quien entendió que una Alemania degradada no era la mejor política. Rusia, el cuarto país que junto a Francia, Inglaterra y EUA ocupó Alemania, visualizaba la zona germana como parte de su control oriental. Estos ocupantes compartían dos metas: impedir el rearme alemán y su desnazificación (Judt, 2011:384-389). Ninguno de estos fines alcanzaría cabal cumplimiento. Muchos nazis, reconvertidos a las filas comunistas o a las burocracias de Alemania Federal, libraron esta catarsis ideológica. Francia e Inglaterra, queriendo servirse al máximo de Alemania, usufructuaban su reserva industrial. La Guerra Fría tensaría estos intereses. Para 1949, la situación alemana procrearía la República Federal Alemana (asistida por Estados Unidos) y la República Democrática Alemana (tutelada por Moscú). La vida alemana quedaba así inmersa entre potencias que hicieron de Berlín su teatro propagandístico.

El inicio en 1950 de la Guerra de Corea acabó, por otra parte, con la indefensión militar de Alemania dado el temor norteamericano de una apropiación soviética. Con la desnazificación marchando gracias al apoyo del canciller Konrad Adenauer, la reactivación económica sería estratégica para Estados Unidos. Esta absorción de Alemania dentro de las filas occidentales la convertirá en una aliada contra el comunismo. Es así que Alemania liderará la economía social de mercado (Escalante, 2015:50-52). Su Estado de Bienestar se verá, además, robustecido por mano de obra española, italiana, francesa y turca. El auge económico alemán sería así una decisión de orden político responsiva a la Guerra Fría.

Aquella primacía de lo político levantaría en 1961 el Muro de Berlín como salvaje competencia entre capitalismo y comunismo. Del lado del Este, constatando los adelantos del *bienestarismo* occidental, cuatro rutas del tren aéreo que cruzaba las dos partes de Berlín mostraban a los soldados comunistas vagones de pasajeros con otras ropas, conductas y libertades a las de su mundo conocido y vigilado (Flemming y Koch, 2001).

El caso alemán es aún más emblemático por las dinámicas políticas y culturales de su milagro económico. Fundado en su comprometido olvido del pasado, el ascenso económico tendría el correlato moral de aislar o reprimir los conflictos ideológicos. Esa cultura pública fue el centro de la República de Bonn (Judt, 2011:392-395). Tal modernización desataría dos típicos humores de izquierda.

La primera de estas reacciones, nostálgica y pesimista, nacería dentro de la Escuela de Frankfurt de la que Otto Kirchheimer fue miembro.²⁵ Conocido como el introductor del concepto *partido catch-all*, Kirchheimer veía en la renovación de Alemania el crepúsculo de los valores aristocráticos desplazados por las leyes de mercado. Para 1954, Kirchheimer elabora el primer borrador de un ensayo que cobrará fama luego de varias revisiones. En clave nostálgica, las últimas páginas de su trabajo son una queja desolada sobre la inevitabilidad del relevo de los partidos ideológicos por *catch-all parties* pragmáticos y empresariales. Los partidos han dejado de ser lo que fueron, fue su advertencia última.

Cinco años después de este ensayo, en 1959, el Partido Socialdemócrata Alemán celebrará en Bad Godsberg su histórico Congreso en el que abjura del marxismo para convertirse en un partido de “todo el pueblo” (*catch-all*). Corroborando la clarividencia melancólica de Kirchheimer, el SPD formaría en 1966 gobierno con el Partido Demócrata Cristiano, su adversario ideológico devenido en socio. El canciller de esa coalición sería Kurt-Georg Kiesinger, de reconocidas credenciales nazis. Al frente también de una coalición, el siguiente canciller socialdemócrata (Willy Brandt) empezaría la conquista comercial de Europa del Este con el Muro aún en pie. Ya sin éste, adentrados en un nuevo mundo, en Bucarest es común escuchar ahora un chiste sobre su dependencia financiera de Alemania: “Rumanía enfrenta dos peligros: que Alemania compre su economía, o peor, que decida no hacerlo”. Esta trágica melancolía comenzó con la tristeza de Kirchheimer.

²⁵ Tomo apoyo en lo que sigue de Burin y Shell (1969), Colom (1992) y Martínez (2007).

La segunda reacción de la izquierda al desarrollo alemán será la violencia terrorista. Para ciertos estratos universitarios e intelectuales, el despegue económico de la República de Bonn era la causa del sometimiento alemán al imperialismo norteamericano. Excluidos de los pactos interpartidistas que sellaban la estabilidad, estos sectores compondrán una izquierda extraparlamentaria adiestrada militarmente. “Vietnam es el Auschwitz de Estados Unidos”, declaraba esta izquierda enemiga también del totalitarismo ruso y decidida a rebasar al comunismo por la espiral de la fuerza. El rechazo a olvidar el pasado fue una proclama así de la Facción Ejército Rojo. La revolución por las armas aglutinaría a grupos extremistas para quienes los estudiantes alienados eran ¡los nuevos judíos de Alemania! (Judt, 2011:606-613). Esta locura hizo retroceder a los mismos *Beatles*, que en 1968 grabarían su canción *Revolution* para desmarcarse del camino de la destrucción.

Estos ánimos revueltos provocarían un deseo de recuperación de “la normalidad”, gracias al que el gobierno alemán autorizaría Leyes de Emergencia para la aprehensión y aniquilamiento de la Banda Baader-Meinhof (Bartra, 1981). El reflujo neoconservador y el *shock* económico neoliberal serán el colofón de una década cuyo desafío al Estado, al sistema educativo, a las instituciones tradicionales, a las burocracias o a las regulaciones económicas será oportunamente articulado por el neoliberalismo. Sólo entonces, como no podía haber sido bajo el capitalismo keynesiano, el mercado será pensado como sinónimo de libertad, y la libertad misma será reducida a capacidad de consumo.

*“I don’t believe in Beatles
I just believe in me
Yoko and me
And that’s reality
The dream is over
What can I say?
The dream is over
Yesterday*

*I was the dreamweaver
But now I'm reborn
I was the walrus
But now I'm just John
And so dear friends
You just have to carry on
The dream is over"*

(Fragmento de la canción *God*,
John Lennon, 1971)

2 Cambio Social y Neoliberalismo

I. Fin de siglo

Si el siglo XX acabó con el fin de la Guerra Fría, el nuevo orden internacional cumpliría cuatro décadas desde su transmutación neoliberal en los 80. Rehecho a partir del vínculo entre economía de mercado y democracia liberal, el actual siglo inició con un entusiasmo radiante. El paso del tiempo minó esa confianza; aquel destello hoy no es el mismo.

Fundada en el binomio cambio histórico–cambio conceptual, nuestra lectura del nuevo orden se ha desplazado de un diagnóstico venturoso a una cierta gravedad sobrevenida por el desempeño de las democracias de mercado. La asociación celebrada entre neoliberalismo y democracia liberal es así cuestionada por resultados distantes de los previstos. Nuevos contextos históricos y anclajes conceptuales empujan este viraje epistémico. Una *crítica democrática a la democracia*, propuso O’ Donnell (2007) llamar a esta reciente etapa de estudios de la calidad democrática.

La incapacidad de la democracia para reducir la irracional desigualdad que corrompe sus principios filosóficos e instituciones operativas, es el centro de esta fresca agenda analítica. ¿Por qué las democracias no politizan los problemas distributivos? Preguntas de este tipo redimensionan el actual debate académico.

De continuar las inercias que la maniatan, la democracia pareciera tener un futuro poco esplendoroso. “Decadencia progresiva” (Velasco, 2005); “democracias delegativas” (O’Donnell, 1999); “tergiversación de las elecciones” (Keane, 2017); “desdemocratización” (Tilly, 2010); “irrelevancia de los partidos” (Mair, 2013); “crisis del liberalismo” (Lilla, 2017); “muerte de la democracia” (Dunn, 2014) o “autoritarismos electorales” (Schedler, 2016) son algunos fantasmas vislumbrados.

Aquilatar la democracia implica enriquecer sus ramas de análisis; evitar, en palabras de Fukuyama (2014), la “rigidez intelectual” por la que el modelo de democracia liberal es defendido a veces con un paradójico fundamentalismo. Como si después de este modelo no pudiese haber otra historia posible, esa equivocada lectura del *fin de la historia* rechaza la crítica democrática sugerida por O’Donnell. Para éste, la revisitación de la democracia precisaría insumos de la filosofía política y moral, la sociología política e histórica, la historia social o las teorías de las representaciones culturales. Sin un arsenal teórico así de prolijo, el reexamen de la democracia difícilmente podría abarcar sus agudos problemas.

Una mirada así es menos nueva de lo que parece. En debates académicos de los 80, una teoría de la democracia social que conceptuó a la democracia liberal como condición necesaria, pero no suficiente del orden político, perdió la batalla de las ideas (Martínez, 2019). Los problemas que hoy se repiensen estuvieron ya en aquellas teorías a contracorriente de la fama que las democracias liberales ganarían con las transiciones.

El arrastre intelectual de las transiciones democráticas eclipsaría, en efecto, la idea de que la democracia liberal fuese apenas el inicio de una disputa teórica y empírica. Tal arrastre incitó también el descuido de las formas de preservación autoritaria. Programas de ajuste

económico, se pensó cándidamente, acabarían con los espectros del pasado. La guinda de esa confianza fue depositada en el blindaje institucionalista de las democracias. La actual agenda de investigación de “autoritarismos electorales” y de la legitimidad de las democracias iliberales es la cara de nuestro desengaño.

Antes que ceder al desasosiego, cabría leer en esa literatura atribulada las huellas de una generación de intelectuales públicos. Tomaré el libro de José Woldenberg (2017) *Cartas a una joven desencantada con la democracia* como un ejemplo de esta hipótesis.

Este libro, confiesa Woldenberg, brota del deber moral de explicar a los más jóvenes la apuesta por la lucha democrática. Los argumentos, la forma y el tono elegidos son muy diferentes al formato y propósitos de los estudios de la transición democrática. El cambio en el contexto ha sido crucial para ello, estipula Woldenberg. El contexto anterior de los 80 y 90 privilegió el análisis institucionalista de la democracia como régimen no autoritario. Institucionalizadas las elecciones como acceso al poder, los precarios rendimientos sociales del régimen son ahora la causa de la literatura afectada por los problemas de legitimidad democrática. Para ésta, no bastarían (aunque sean insustituibles) los procedimientos electorales (Guillén y Monsiváis, 2017). Reconocerlo así es un talento que Woldenberg (2015) puso de manifiesto en su libro *La democracia como problema (un ensayo)*, donde el foco analítico incorporó elementos históricos, culturales y económicos del orden social. Con esta perspectiva integral, el desencanto democrático resulta más complicado de comprender, pues la apatía ciudadana o el descaro de los políticos aparecen como menos determinantes de la desafección que la desigualdad socioeconómica, la precariedad del Estado o la estructura oligopólica de las élites.

Pero hay algo más. El desencanto que Woldenberg escruta es menos una aflicción de los más jóvenes que un desconcierto de la generación que hizo la transición política. El desfase entre ideales y hechos, la oscilación “de la democracia desencantada al desencanto democrático” (Rabotnikof, 2009) no es, propiamente, un mal trago que la joven a la que Woldenberg escribe deba digerir; la experiencia

vital de esta chica no es la nuestra; somos nosotros, no ellas ni ellos, los que interiorizamos la defensa enérgica de la democracia como régimen de sociedades desarrolladas. Es claro que no hay punto de comparación entre libertades democráticas y represiones autoritarias, pero también que la seguridad material es una promesa interrumpida por el capitalismo sin controles.

Reajustar nuestras posiciones teóricas, como el cambio de contexto lo sugiere, no es sencillo. No lo es, sobre todo porque la generación obligada a reinterpretar la democracia con nuevos mapas cognitivos, fue la que con más mérito dignificó el sentido institucional de la política. Cuesta trabajo volver sobre nuestros pasos, mirar con mayor fineza, consolidar un régimen perfectible y saber que ello seguirá siendo insuficiente.

“¿Por qué si el neoliberalismo fracasó en sus propios términos, y perjudica lo que la democracia puede ser, seguimos con el mismo modelo?” Luego de leer en mis cursos capítulos de O’Donnell, Tilly, Przeworski y Fukuyama una alumna lanzó esta pregunta a la clase. Su voz no transmitía desencanto, pero sí perplejidad ante un orden social constituido antes de que ella naciera y que veía malogrado. Los textos que leímos, balbuceé una respuesta, no son aún un centro de acuerdo académico. Pero también es cierto, añadí, que lo que leímos salió del *mainstream* de la literatura internacional, y ello podría indicar una nueva fase de producción intelectual de sentido.

En esta segunda parte del libro, instado por las fluctuaciones de los marcos empíricos y los anclajes epistémicos, pretendo narrar en retrospectiva el viraje alrededor del estudio de la democracia. Este inventario de coordenadas supone relatar, en primer sitio, la atmósfera histórica y conceptual que condicionó en los 80 y 90 el análisis de la democracia. Frente a ese trasfondo adquiere significado el cambio en las perspectivas de estudio. Para desarrollar esto sumaré los siguientes capítulos: 1) Cambio de época histórica e intelectual; 2) Relato ideológico de la modernización; y 3) Nuevo régimen de historicidad.

1. Cambio de época histórica e intelectual

Explicar el entusiasmo por el cambio social democrático tiene un punto firme en las espectaculares transformaciones atestiguadas en los 90 por quienes veíamos en la democracia una posibilidad todavía lejana. A nivel teórico, los años 70 habían calentado la contienda entre teorías revolucionarias y neoconservadoras que arrinconaban a la izquierda leninista. En esa encrucijada, el horror de las dictaduras producirá en América Latina que la democracia aparezca como la mejor alternativa.

En 1988 antes de sus comicios federales, México era un país donde más de 98% de los ciudadanos vivía bajo gobiernos priistas (Lujambio, 2000). Presenciar a la mitad de ese mismo año la irrupción electoral del Frente Democrático Nacional (FDN) fue una enorme sorpresa para una generación habituada a sobrellevar su oposición como un gesto de congruencia privada. La izquierda, que en ese parteaguas pudo reagrupar sus fuerzas, vislumbraría a la democracia como una oportunidad política imperdible.

La lista de transformaciones deslumbrantes inicia, por supuesto, con la caída del Muro de Berlín. Menos de un año después, la reunificación de Alemania confirmaba los vientos de cambio atrapados al vuelo en una curiosa canción del grupo *Scorpions* (*Wind of change*). Como si se tratara de un guión festivo a posta, la nueva Alemania ganaría en 1990 el Mundial de Fútbol añadiendo confianza a la dirección correcta del cambio.¹

El fin de 1991 sería, además, el del acta de desaparición de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas. El Tratado de Maastricht, la proscripción del *apartheid* en Sudáfrica o la circulación del euro en 1999 fueron otros cambios sucedidos en un espacio corto de tiempo,

¹ “The world is closing in/Did you ever think that we could be so close like brothers?/The future’s in the air/I can feel it everywhere/Blowing with the wind of change”, cantaba *Scorpions* en líneas afectadas por el golpe global de júbilo de los tiempos. En el año de 1994 se realizaría, de hecho, el primer Mundial de Fútbol en Estados Unidos; en 2002 en Corea y Japón; en 2010 en Sudáfrica y en 2018 en una Rusia presuntuosa de su rehechura capitalista. Para 2022, esta globalidad económica llevará la justa futbolística a Qatar.

en el que coincidieron también el cierre de la guerra civil en El Salvador y la derrota democrática en Nicaragua del revolucionario Frente Sandinista.

Para 1992, revolución y democracia serían movimientos reconciliados en el espíritu de “las revoluciones democráticas”. Ese año, Eslovenia avanzaría esa sensibilidad al separarse pacíficamente de Yugoslavia. En 1993, por motivos económicos reprobados por Václav Hável, la partición de Checoslovaquia en las repúblicas eslovaca y checa ganaba también ese halo fulgurante. El conjunto mismo de Europa del Este fue celebrado como el terreno donde el cambio social y democrático mostraba ser irreversible y encomiable. La imposibilidad de prever que esas nuevas democracias derivaran en formas iliberales y cleptocráticas de gobierno soliviantaba el éxtasis libertario. Los países de la otrora Cortina de Hierro participaban de la globalización económica, y ello remozaba las esperanzas.

En América Latina, el retiro de dictaduras en Paraguay, Chile, Brasil, Argentina, Bolivia o Uruguay no desmerecía entre los vuelcos históricos. Condicionadas por la preservación de algunos vetos sin los cuales los militares habrían dificultado su salida, esas transiciones eran elogiadas a partir de sus límites (O'Donnell y Schmitter, 1994). Frente al peligro de hacer política en dictaduras, estos cotos a la nueva superficie democrática lucían como vedas razonables. El inicio en 1998 en América Latina del “giro a la izquierda” refrendaría, con creces, los beneficios del cambio social y democrático.

La visita a Cuba de Barack Obama en 2016 sería parte de estos desplazamientos económicos, políticos y culturales. Antes de ello, poniendo en juego muchos símbolos, la recepción en La Habana (enero de 1998) de Juan Pablo II ofrecería la imagen conjunta de Fidel Castro y el Papa que asumió como misión batir al comunismo. Luego de que Fidel Castro abandonara sus funciones de Estado, Obama sería recibido por un Raúl Castro atrapado en el dilema de legislar reformas económicas capitalistas. El concierto de los *Rolling Stones* en la isla bien puede ser leído en esa clave. Nacidos para doblar a la rancia Inglaterra de los 60, Mick Jagger y Keith Richards continúan significando el brío

de una emancipación individual sin el que el cambio democrático sería inexplicable.

¡Ni siquiera México estaría fuera de estas rupturas! “Decir que el PRI ha reformado las cosas para seguir con el poder es groseramente cierto (...) ningún partido en el planeta acostumbra cambiar las reglas del juego político con el objeto de suicidarse” (Camou, 1997:56). Con estas palabras, Antonio Camou medía durante el salinato (1988-1994) la resistencia a aceptar una realidad diferente. Esa contención del cambio se agotó en 2000 con el primer traslado de la Presidencia a un político no priista. El cambio social, reflejado en las metamorfosis del orden económico, las reglas políticas y el clima cultural posibilitó la derrota de las formas autoritarias y su sustitución por gobiernos democráticos.

Las transiciones a la democracia habrían sido así un triple proceso, consistente en el paso de Estados interventores a economías de mercado, de regímenes autoritarios a democracias liberales y de órdenes colectivos a sociedades individualizadas (Exeni, 2004). En ese ambiente, el entusiasmo era contagioso. La democracia, como bien sintetizó el manual de O'Donnell y Schmitter (1994), “era *a priori* un objetivo deseable”.

2. El relato ideológico de la modernización

La imbricación entre cambios empíricos y su lectura conceptual está en el origen de la épica democrática y el “espíritu de los 90”. Antes de detallar los componentes de este espíritu épico-democrático, me interesa describir el relato ideológico de esa época.

Rescatar a la democracia de su deflación en los 70, volver a proyectarla como auténtica aspiración de la humanidad, propone Jeffrey Alexander en su libro *Fin de Siècle Social Theory*, es un proceso que comienza con la apología de las luchas de Lech Walesa y el sindicato *Solidaridad* contra el partido comunista de Polonia. Esa oposición sociedad civil *versus* orden coercitivo había surgido, de hecho, poco

antes con la revuelta intelectual de “los nuevos filósofos franceses”. En uno y otro caso, el documentado apoyo norteamericano no fue escaso. La última fase de la Guerra Fría sería, precisamente, una homérica reconquista de la democracia ante la atrocidad totalitaria. Con Václav Hável, para el caso de la Checoslovaquia, la revolución democrática alcanzaría el empaque de una disidencia artística e intelectual. A diferencia de Alexander Dubček, que en 1968 lideró la *Primavera de Praga* exigiendo un socialismo democrático, Hável definía el cambio del sistema a partir de la irrestricta introducción de las leyes del mercado y la democracia liberal. El rechazo de la gerontocracia comunista a estas demandas, el encarcelamiento de Hável y la represión de su movimiento agrandó el drama democrático.

En junio de 1989 la alegórica instantánea de un joven chino desafiando a los tanques durante la represión de Tiananmén lustraría aún más la gesta de la sociedad civil y la libertad democrática. Televisado en directo, el fallido golpe de Estado en 1991 contra Mijaíl Gorbachov para detener la reforma económica (*glasnot*) y política (*perestroika*) de la URSS, fue otro clímax de la revolución democrática.

A partir de sucesos como éstos, la teoría social sería sensible a la potencial convergencia de los regímenes mundiales en torno a la democracia (Alexander, 2005:9). Pero esa teorización del cambio histórico, apunta Alexander, descansaría (como cualquiera otra perspectiva conceptual) en una base científica y en otra ideológica y mistificada. Como horizonte moral, además, esta reintroducción de la teoría de la modernidad democrática funcionaría como código y narración de su tiempo.

Insistiré en la relación de estos desarrollos teóricos con la teoría social y cultural, porque sólo de esta manera podemos entender la teoría social no sólo como ciencia sino también como una ideología (...) Porque a menos que reconozcamos la interpenetración de la ciencia y la ideología en la teoría social, ningún elemento puede ser evaluado de manera racional (Alexander, 2015:10).

La reemergencia de la democracia como paradigma supone preguntarse ¿cómo ese esquema es traído de vuelta, luego de que el funcionalismo parsoniano y su idea de la democracia como universal evolutivo fuesen desechados en los 60? Esta historia entraña: a) la teoría de la modernización; b) su declive; c) las teorías de la antimodernización de los 70; d) los programas posmodernos que remplazaron al radicalismo *setentero*; y e) la sensibilidad neomodernista que relanza el universalismo democrático (Alexander, 2005:10-35).

Por la forma en que el marco analítico de las transiciones democráticas acusaría el influjo de la rediviva teoría de la modernización (Vidal, 2006), es de interés la reseña que Alexander hace de estos movimientos epistémicos. Comprimos al máximo sus aportes.

1. La teoría de la modernización fue una defensa ideológica del enlace idealizado entre democracia, mercado y universalización de la cultura occidental. Sus bazas etnocéntricas y teleológicas definieron un código binario entre modernización y tradicionalismo. Como forma ideológica del modernismo, la teoría servía así a los sistemas sociales capitalistas.
2. Para los años 60, los nuevos movimientos sociales desacreditan la teoría. Su autorevisión llevará a variaciones (Bendix; Elias), o a las teorías rivales del conflicto (Moore, Wallerstein, Thompson). Bajo un nuevo código, la modernidad fue identificada como un avance capitalista enajenante develado por las luchas revolucionarias que bloquearon la creencia epistémica en un desarrollo universal.
3. Disipado para finales de los 70 el radicalismo, la posmodernidad y el neoconservadurismo crecen en generaciones intelectuales convencidas del fin de las ideologías. El materialismo, el individualismo y la resignación tomaron el lugar del idealismo colectivista. La teoría posmoderna expresa el orden social de este capitalismo tardío (Jameson, 1991), proponiendo una reconstrucción de sentido. Modernidad *versus* posmodernidad es el código binario resultante, cuyo efecto turba los contenidos de

la modernidad: particularismo, emoción o subjetivismo son valores que sustituyen el canon universalista. Es este el período de mayor deflación teórica de la modernidad democrática.

4. El neoliberalismo irrumpe en el nivel de la imaginación histórica impulsando un nuevo mundo y una teoría social diferente. Definidos por la ofensiva del mercado, los años 80 fomentan el discurso de la apertura democrática. La vitalidad de este contexto supera la deflación posmoderna y revive marcos modernistas. La escala global del mercado y la democracia reposicionan el universalismo. Esta positiva teoría social reaparece entre neoconservadores, en la generación de liberales desilusionados y en la más joven de izquierdas. Su revaloración del mercado corre paralela al ascenso de la sociedad civil como terreno no estatal ni necesariamente público.

Esta visión de Alexander constituye un rico dibujo de trayectos conceptuales afectados por virajes históricos. Su esquema ubica los componentes (económicos, políticos, culturales) de un nuevo orden asociado con la épica democrática y el espíritu de los 90. La interconexión entre sus tesis y el sentido intersubjetivo por el que el orden social se recrea en prácticas individuales, no es, por supuesto, directa. Mucho de lo que Alexander discierne es, de hecho, un cambio aún en marcha. ¿Cómo es que entonces una nueva teoría de la modernidad remonta su descrédito y funciona como imaginario social? Pensando en la forma en que los niveles macro y micro se anudan en esta forma universalista de concebir la democracia, quiero esbozar un par de hipótesis impresionistas.

La primera de estas hipótesis versa sobre la celeridad de los cambios, y la dificultad que ello impone a la comprensión de la dinámica social transfigurada.

La verdadera revolución socioeconómica empezó a mediados de la década de 1980 y principios de la de 1990 sin que entendiésemos lo que estaba pasando. Entonces nos parecía

emocionante esa combinación de cambio geopolítico y final de la Guerra Fría mezclado con la revolución de las telecomunicaciones y la invención del Internet. Pero esos cambios también trajeron consigo la liberalización económica, la liberalización de los mercados financieros, el fin de las barreras sociales y la expansión de la globalización (Beevor, 2016:10).

Esta cita del historiador inglés Antony Beevor recuerda que recién en 1981 la compañía IBM lanzó el primer prototipo de computadoras personales, y que sólo al final de esa década se concretó la *World Wide Web* (Pipitone, 2007:75). Simultáneamente así, 1989 sería el año de una inédita comunicación desmaterializada y del anuncio por parte de la Alemania comunista del proyecto Muro 2000 para parapetar tecnológicamente su frontera. Para noviembre, aquel Muro saldría de la escena histórica, y unos meses después (junio de 1990) se organizaría en Montecarlo la primera subasta de sus residuos. Esta ofuscada rapidez de los cambios aceitaría la sensación de un nuevo tiempo con el que ningún pasado pareciera tener continuidad. El olvido del siglo XX (Judt, 2008) fue así una deriva de esa ferviente creencia. La cita de Beevor invoca, empero, cuatro recordatorios:

1. El proceso de cambio tuvo sus orígenes en los 70 con la instauración de un orden económico diferente al de posguerra. Antes que el fin de la historia, 1989-1991 fue espacio así para la consolidación de una estructura social ya bastante avanzada.
2. El orden económico neoliberal activaría innovaciones tecnológicas y prácticas culturales favorables a las libertades democráticas. En la malentendida tesis del fin de la historia, el avance de la ciencia bajo el capitalismo y el deseo individual de reconocimiento entrelazan economías de mercado y democracia liberal.
3. La eventualidad de que el capitalismo financiero constriña la democracia podría dar pie (en palabras de Fukuyama) a un período de flaqueza intelectual.
4. El desarrollo económico, a pesar de desigualdades y retrocesos, sería el nudo del gusto adquirido por un nuevo tiempo social.

Pero la celeridad del cambio es sólo una parte de un imaginario social opuesto a los objetivos de posguerra. A pesar de sus regresiones, la exaltación en el nuevo orden de los valores de la libertad e individualización resulta esencial en su hechizo. Las bases de este orden son, por una parte, la teoría de los mercados como instrumento técnica y moralmente superior a la planificación estatal para proteger la libertad del individuo; por otra, la democracia liberal que, antepuesta a los despotismos, comporta la misma imagen libertaria. Mercado y democracia convergen así en este plano conceptual. Como en el mercado, se ha llegado a decir, los individuos participan de la democracia siguiendo preferencias y derechos de elección. Esta “teoría realista” de la democracia conjuga la fobia antiestatal de las críticas neoliberales (pero también de izquierda) al *Welfare*. El cambio de valores de un marco colectivo a otro individualista estimulará esta sensibilidad.²

Celeridad e individualización de un nuevo tiempo social son, de este modo, dos fuerzas del cambio naturalizadas a pesar de sus ambivalencias. Recreado a partir de los individuos, este cambio interconecta con niveles *meso* y macro. Sobre esa interconexión, que arraiga el imaginario social de un nuevo orden, me detengo en dos anécdotas.

Pensemos en la experiencia laboral de un ingeniero joven y recién egresado en una compañía subcontratada por Petróleos Mexicanos. Sus contratos temporales y discontinuos, su ocupación precaria por motivos que favorecen a las más costosas y diferidas actividades llevadas a cabo por el personal sindicalizado de Pemex, vuelven clara y justa para él la demanda de una urgente y drástica privatización de la empresa. No existe en su reclamo un ideario teórico y reposado contra lo público, pero la aspiración de mejora profesional cae de ese lado. Sin el Estado, la economía prosperaría, es su rápida y delimitada conclusión.

² Sobre las simetrías de una nueva izquierda y una nueva derecha antiestatales, véase las antinomias que dentro del movimiento *beat* Norman Mailer propuso entre su contracultura y la cultura oficial: “romántico-clásico; instinto-lógica; espontáneo-metódico; *Yo-sociedad*; nihilista-autoritario; rebelde-legalista; sexo por orgasmo-sexo por ego” (Sempere y Corazón, 1976:25. El énfasis en cita es mío).

La segunda anécdota es menos obvia, aboga por una deconstrucción epistémica, pero termina igual en un alegato contra el Estado. Se trata de una mirada alternativa, y según la cual las nuevas generaciones de profesionistas no lamentarían la falta de sistemas públicos de retiro por: a) haber desconocido siempre aquella prestación estatal; y b) entender esa ausencia como una oportunidad de ser sus propios y creativos empleadores. El debate en torno a un fracaso social es sustituido, en los términos de esta contrapropuesta, por el momento de pasar a otra visión libre ya de un Estado ciego a nuevas y transitorias formas de identidad. En la contracción del Estado universalista enemigo de *la diferencia*, los individuos viven su propia representación como una aventura reflexiva. Habría que preguntarse si tales teorías poseen la magia para rehacer la realidad a su gusto; o si es la propia realidad y sus “uvas amargas” la que motiva esta disonancia cognitiva (Elster, 1988). “Ya que no podemos cambiar la realidad, cambiemos entonces de conversación”, diría James Joyce sobre esta perplejidad (citado por Ricardo Piglia, 2016:28).

La naturalización del orden social en los 90 puede observarse también en el caudal de reinterpretaciones de un mundo distinto. Si en 1983, el último disco de Pink Floyd retrataba en su canción *The post-war dream* el neoliberalismo de Margaret Thatcher como una catástrofe (“What have we done Maggie/What have we done/What have we done to England/What happened to the post-war dream?”), poco después la teoría del péndulo de la modernidad (Heller y Fehér, 1993) saludaba la reconfiguración sistémica como el jubiloso traspaso de un colectivismo opresivo a un individualismo exultante. Insuflada por el espíritu de la época, tal teoría no reparaba en que el péndulo giraba otra vez hacia una creación *exprofeso* de riqueza alejada del reparto social (Pipitone, 2007:99).

La menor historicidad de estas teorías nubla no sólo la idea de un liberalismo sesgado y economicista, sino incluso las propias críticas a la teoría de la modernización. Teorías del riesgo, de la hipermodernidad, del crepúsculo del deber, de la representación virtual o *bovarismo* de los medios subrayarían el ángulo individualista como soporte de un

orden que deshace sus referentes tradicionales y colectivos. Reflejo libertario, este imaginario legitimará, a su vez, que el centro de las decisiones resida en un impulso emocional más que en la razonabilidad de los fines. David Harvey (2012) identifica así al imaginario posmoderno con una “estructura de los sentimientos” reacia a cualquier entidad supraindividual. Esta utopía del consumidor de mercado, cuya libertad se satisface por su gama de elección, ha hecho de la deuda impaga una opción común (Bauman, 2007). La cultura inducida por el imaginario social, puede verse así, es una secuela de la apertura de los mercados y su asimilación con la libertad.

Teorías con un sustrato colectivo diluido se corresponden así con un tiempo de derrota para la izquierda. Son efectos de la derechización del mundo, escribe con enfado Raffaele Simone (2011). Me parece que el asunto es menos simple que ello, y que está condicionado por la forzosa adaptación al cambio histórico de la izquierda.

Autores como Judt (2010), Escalante (2015), Illades (2014) y Traverso (2016) ubican dos acomodos izquierdistas a un nuevo mundo: 1) un pragmatismo desacomplejado que asumió líneas neoliberales, y 2) una evasión irracional hacia un romanticismo posconservador. Estas reacciones corroboran de dos maneras el axioma de la inexistencia de opciones al mercado. En una, las izquierdas aplicarían políticas monetaristas que rediseñan el Estado con lógicas financieras. En otra, las izquierdas identitarias reforzarían las tendencias particularistas del modelo neoliberal. En este ambiente, para algunas izquierdas la democracia sería asimilada con un antielitismo y un igualitarismo cultural que, disociados de la desigualdad socioeconómica, remedan el tipo de libertad abstracta proyectada por el neoliberalismo. Conectado con la irracionalidad emotiva, este igualitarismo retórico trasluce el abandono de algunas demandas clásicas. “El antintelectualismo, en lugar de ser un guiño hacia lo popular (como muchas veces se sobreactúa), es un llamado al orden y una confirmación de las jerarquías” (Svampa, 2017:66).

Si en 1998, *Pulp*, el grupo de *rock* más ácido con el laborismo de Tony Blair, denunciaba en su canción *Common people* el culto a la

marginalidad de la izquierda *progre* (“you think that poor is cool”, bramaba el texto), esa adhesión al hombre común e interesado sólo en su cultura particular será una sensibilidad bien vista. Programas de investigación multiculturalistas, étnicos, decolonialistas o de *la diferencia* enaltecerían lo privado, lo individual, lo fragmentario. Las teorías neoliberales, precisamente, ensalzan esa aura del hombre común que se produce a sí mismo gracias a sus méritos personales. Bajo ese discurso, los políticos son las primeras élites desacreditadas cuando los individuos y su sabiduría popular bastan para hacer respetar las convenciones sociales.³

3. Nuevo régimen de historicidad

A los estadounidenses y a los europeos occidentales les gusta creer que existe una relación necesaria entre democracia, derechos, liberalismo y progreso económico (Judt, 2010:206).

Una simple mirada a la historia de la democracia representativa muestra que la ortodoxia está determinada por el tiempo y el espacio. En ningún sentido es “natural” ni una “ley irrefutable” de la vida (Keane, 2017:10).

Hay quien se ríe del ‘fin de la historia’, pero todos actuamos como si Fukuyama tuviera razón, como si el capitalismo liberal fuera la culminación del progreso (Žižek, 2006:3).

Con las citas anteriores quiero introducir el más abstracto nivel del imaginario de la épica democrática y del espíritu de los 90. Corresponde éste a lo que Ritzer (2002) llama *metateorías*, Koselleck *teoría de la historia* (o *regímenes de historicidad*, para Hartog), o producción

³ En el discurso antiestatal de la sociedad civil, apunta con perspicacia Rabotnikof (1999:209), suele darse una amalgama entre la mano invisible del mercado y la de la civilidad autogestiva y espontánea.

social de la realidad mediante elementos parciales pero estabilizadores, a decir de Boltanski (2006). Más acá de estas etiquetas, el nivel al que aludo es el de creación de un “sentido común de la época” (Escalante, 2018b:25), es decir, de un “nuevo realismo” establecido por los cambios del programa neoliberal y su significación simbólica.

Para volver a Alexander, este nivel teórico ilumina el modo en que la teoría de la modernidad se retoma. El contextualismo posmoderno es desbancado por este énfasis abstracto. La representación teórica de la democracia, como universal evolutivo, condensa este desplazamiento hacia un consenso último sobre la “necesaria” correlación entre economía de mercado y democracia liberal. Como síntesis de este universalismo (pos)histórico, Alexander facilita pautar el siguiente esquema comprensivo.

1. El vínculo cambio contextual–cambio teórico es aquí el de las grandes transformaciones históricas que erosionan los mapas ideológicos clásicos, situando en su lugar la utopía de un mercado autorregulado. Llamado no casualmente neoliberalismo (Escalante, 2018a), este programa reactiva la desregulación económica como eje social. La crisis del keynesianismo, y el drama de la lucha democrática, fueron decisivas en el regreso de un liberalismo conservador que aísla al mercado de la política democrática (Escalante, 2017).
2. Con el imaginario neoliberal retorna una teoría de la modernización, para la que la confluencia entre mercados capitalistas y democracias liberales sería “evidente”. Debido a este *revival* global de la democracia, el universalismo vuelve a ser una fuente de teoría social (Alexander, 2005:32). En esa reactualización, se relativiza la contingencia de la democracia y se dan por conocidos sus requisitos. A efecto de ello, “el pensamiento científico-social sobre las necesidades democráticas ha llegado a formar parte de la práctica de la política democrática. En estas condiciones, se ha vuelto imposible desarrollar una teoría realista de las sociedades democráticas” (Alexander, 2005:42; Costa, 2012).

Con este hilado argumentativo es posible entender cómo el imaginario social de los 90 reestructura el tiempo social, connotando nuevos significados para el pasado, el presente y el futuro. Un régimen de historicidad *presentista* tiene aquí soportes que detentan el sentido común de un nuevo realismo.

- a) *El pasado*⁴. Opuesto a la épica democrática, el siglo XX se recrea como un tiempo opresivo y violento con el que presente y futuro rompen ligas. Esta visión deshistorizada, en la que el triunfo de la economía mixta (keynesiana) es negado para recorrer ese mérito a la economía de mercado libre, reelabora el pasado como derrota superada. “En la práctica, el discurso de lo posible tiende a poner como amenaza lo que ya fue” (Piglia, 2016:62). Destilada su complejidad y contingencia históricas, el pasado sirve así sólo a reacciones inadaptadas o romanticismos apolillados que confirman la inexistencia de alternativas al presente.
- b) *El presente*. Definido por su ruptura con el pasado como campo de experiencias, y por su escisión con el futuro como horizonte de expectativas, el presente es el único espacio de construcción social y confirma a la democracia como fin de la historia y de disputas ideológicas. El universalismo democrático resulta así normativo y plausible, a pesar de tratarse de una democracia vaciada de contenido económico por restricciones neoliberales tenidas por sensatas. “[En este *presentismo*] hemos perdido la capacidad de concebir la política pública más allá de un economicismo estrecho; hemos olvidado cómo pensar políticamente” (Judt, 2008:23).
- c) *El futuro*. La proyección del futuro, advertido el peligro de las utopías colectivas, se resuelve en un presente continuo de vigen-

⁴ “(...) cada época tiende a mirar el pasado según su propia imagen, y no debemos suponer que la nuestra es una excepción” (Burke, 1999:41); “la lectura del pasado es siempre una lectura interesada, guiada por las preguntas del presente y las expectativas del futuro” (Lechner, 2002:84).

tes estructuras económicas, políticas y culturales. Trazado en términos globales, este futuro interpreta cualquier reacción nacionalista al orden de lo dado como una nostalgia absurda. Sin otras opciones que las que el presente ofrece, “se pierden las proporciones y prioridades [y] el orden se contrae a lo inmediato” (Lechner, 2002:39). Para reforzar esa contracción, los análisis ahondan en dualismos abstractos (modernidad/tradición, izquierda democrática/izquierda autoritaria) que naturalizan la forma actual de lo social.⁵

II. La economía del Estado neoliberal

“Salinas es el mejor presidente desde Lázaro Cárdenas”. Con esta frase, un personaje de la película mexicana *El Bulto* (Gabriel Retes, 1992) invita a un amigo de izquierdas recalcitrante a sumarse al cambio democrático del gobierno. “Los que peleamos en el 68 y en el 71 estamos con Salinas”, insiste el funcionario que da voz a la izquierda entusiasmada con la moderna transición democrática y el reajuste económico.

La modernidad del salinismo no fue, empero, un quiebre extremo con el sistema político tradicional. Su deslinde del nacionalismo realizaba, por ejemplo, a Emiliano Zapata. Su cooptación de intelectuales de izquierda recordaba añejados artilugios de seducción. Su programa neoliberal se apoyaba, finalmente, en consabidos instrumentos de conducción autoritaria. Se sabía que el efecto de ese liberalismo económico y autoritario subordinaba la reforma política, pero ello aparecía como un atajo al futuro cambio social y democrático.

⁵ Los clásicos para analizar el *presentismo* como régimen de historicidad son: Koselleck (1993) y Hartog (2007). Aplicaciones históricas, sociológicas y antropológicas de este marco de análisis en Traverso (2015), Lechner (2002) y Augé (2015), respectivamente.

Mirados a distancia, los años 90 del salinismo lucen confusos, de una modernidad presurosa y abreviada en un parámetro económico. Ese cambio acelerado era una pauta internacional. El laborismo inglés, el socialismo francés y español, el peronismo argentino u otras corrientes nacionalistas decretaban también el flanco económico como el adecuado para inyectar cambios. El salinismo consistió, pues, en esa apertura a la globalización económica celebrada como la antesala de sociedades prósperas, libres, democráticas.

Caído en desgracia a partir de 1994, la ruina del salinismo no impide que los siguientes sexenios continúen siendo gobiernos neoliberales. La tendencia se profundiza con una derecha moderna y liberal en lo económico, y una izquierda borrosa que acepta la despolitización del mercado. Modernizándose bajo el patrón cultural en boga, la izquierda “escindirá la lucha por los derechos (mujeres, homosexuales, etnia, animales) de la ‘cuestión social’, adoptando la postura liberal respectiva” (Illades, 2014:134-135). “Neocoservadurismo” tituló, temprana pero solitariamente, Manuel Villa (1996) a esta fisonomía del cambio. “Una visión deformada y parcial de la tradición liberal”, le adjetivaría años después José Antonio Aguilar (2010).

El objetivo de este capítulo no es repasar la conocida historia del neoliberalismo (Laval y Dardot, 2013; Harvey, 2014; Escalante 2015, 2017, 2018a), sino discutir las razones de su atracción situadas en una teorizada concurrencia entre mercado y democracia. Este esquema apuesta a un ventajoso ligamen entre mercados eficientes y consolidación democrática: a mayores reformas estructurales, mayor riqueza y provechos democráticos.

La introducción autoritaria del neoliberalismo se vio favorecida, de este modo, por el subrayado de sus ventajas sociales. Cuatro décadas después, esclarecido que la forma desregulada de capitalismo constriñe a la democracia y desfonda al liberalismo progresista, el matrimonio entre mercado y democracia no deja, empero, de proyectar un presente y un futuro que parecen impasibles. Veamos sus razones de atracción.

1. Origen y condición estructural

El neoliberalismo es un programa definido por la utopía del mercado como eje social. Dado ese afán, la desregulación de los mercados supone un Estado que cree las condiciones para ello. El neoliberalismo trasluce una propuesta ético-política, para la cual la dinámica de los mercados libres significa un ideal técnico y moral. Una sociedad es más libre si limita las interferencias estatales. De ahí el plan de privatizar servicios públicos y la noción de que la libertad humana se explaya en la adquisición privada de bienes. Una democracia moderna permitiría esta liberalización del consumo ciudadano.

El neoliberalismo tiene origen en el Coloquio Lippman realizado en 1938, y en la Sociedad de Mont Pelérin organizada en 1947 (Escalante, 2015; 2018a). La posibilidad de que en años de guerras el Estado se volviese motor de la economía, alentó a liberales y conservadores a orquestar una defensa del mercado libre. El temor de que los sectores más bajos se sirvieran de la democracia para redistribuir la riqueza, fue un móvil de las teorías antikeynesianas y antirrepresentativas (Greppi, 2016; Przeworski, 2018).

Derrotado en la posguerra, este énfasis en la irrestricta libertad económica es tenido entonces como “políticamente miope y económicamente anacrónico” (Judd, 2011:776). La fortaleza del orden *bienestarista* impide que durante tres décadas la contraoferta neoliberal merezca alguna deferencia.

En 1971, la flotación de las monedas comienza el declive keynesiano. La crisis del petróleo en 1973; la creación en 1978 del Sistema Monetario Europeo; la doctrina Volcker en 1979; la presidencia de Thatcher en Inglaterra; la de Reagan en Estados Unidos; los programas de ajuste de la deuda o el *Big Bang* (desregulación de los mercados financieros en 1986) son adelantos del reordenamiento económico. Bajo esa inercia, el triunfo socialista de François Mitterrand en 1981 asume un “nuevo realismo” en el que su alardeada política de nacionalizaciones resultará imposible.

En 1990, dos décadas después de un cambio percibido con efusión al dejar atrás un Estado paralizado, el Consenso de Washington es un

decálogo que recupera el impulso económico.⁶ Hasta su crisis de 1997, el fenómeno económico de *Los Tigres Asiáticos* hará las veces de un ejemplo de solidez del mercado y de su costo razonable en términos de política democrática. Subsecuentes crisis del modelo, evidenciando el fracaso de evitar este patrón cíclico de la economía, tampoco harán mella en la ilusión de la desregulación económica como desencadenante de la libertad política y la prosperidad social.

El programa neoliberal, no hay que perderlo de vista, es una forma capitalista distinta a la keynesiana. Su globalización económica no regulada es, asimismo, diferente de una globalización con filtros políticos e instituciones democráticas representativas. Si el keynesianismo reconfiguró el capitalismo del siglo XIX, el neoliberalismo vuelve a la más dilatada libertad de los poderes económicos. El neoliberalismo expresa así el contexto financiero en el que el capitalismo se rehízo.⁷

El primer factor explicativo de esta evolución capitalista es el crecimiento de la economía especulativa luego del excedente de dinero en los 70 de los países productores de petróleo. Motivada por una notable transición tecnológica, la economía mudaría hacia una base posindustrial. Ese predominio del ahora capital financiero y transnacionalizado condicionó el repliegue de los controles estatal-nacionales de la economía.

La estructura neoliberal consolida, por otra parte, un cambio presente ya en los éxitos de consumo del Estado de Bienestar. Bajo el *Welfare*, y más bajo el neoliberalismo, el vínculo entre clases proletarias y clases profesionales se debilita por la predisposición de las clases medias a cubrir sus expectativas vía la adquisición de satisfactores privados. Esta conducta de las clases medias favorece la desconfianza hacia la universalización de servicios públicos, tenidos ahora por onerosos y favorables sólo para clases desfavorecidas. Este escepticismo

⁶ La primera generación de reformas resultantes del Consenso Washington en Williamson (1990); una segunda generación de reformas tendientes al rediseño de un “Estado eficaz” en Banco Mundial (1997).

⁷ Para ahondar en tipos de capitalismo, y diferenciados efectos de sus directrices, véase Bizberg (2015).

ante las políticas colectivistas incubaba la idea de que pagar impuestos es una manera de mantener burocracias y clientelas parasitarias del gobierno.

No es sólo que la economía se autonomice de la política; es que sometida a la disciplina neoliberal, la política se halla “sobredimensionada por sus eventuales impactos en lo económico” (Lechner, 1997:61). Que los partidos políticos no tengan solución para problemas de orden económico es una falla de este sistema, observada, empero, como una virtud de la política de delegación a organismos no democráticos (Majone, 1996; Thatcher y Stone, 2011). Este desfase entre economía y política es una marca estructural del neoliberalismo. No hay, como sí lo hubo en el planteo del *New Deal*, “un sistema de reglas que pudieran controlar el desbordamiento de la riqueza sobre el gobierno y sus efectos de mayor polarización social” (Pipitone, 2007:34).

2. Atributos definitorios

¿Por qué debería darse poder a las coaliciones políticas dominantes en 1990 para financiar programas de beneficio, sufragados por los electores a través de impuestos para ciudadanos del año 2000 o posteriores. Tal irresponsabilidad es muy inmoral (...) la aberración que ha durado medio siglo y surge de la aceptación del peligroso y erróneo precepto keynesiano que rechazó el balance de presupuesto como una norma, un precepto basado en una proposición increíble, de que el político actuaría contrariamente a sus propios intereses (Buchanan, 1990:247).

Formulada en su texto *Imperativos constitucionales para los 90*, esta cita de James Buchanan condensa atributos de la ideología neoliberal adosados a las revoluciones democráticas. Treinta años después, la desacralización de aquellas “verdades” resulta automática. Pero tiene su miga entender los sostenes de aquel encandilamiento.

Empecemos con humor, que siempre aligera y ayuda. Como una mala copia de Groucho Marx, Buchanan plantea que de las generaciones futuras no deberíamos ocuparnos: “¿por qué, si ellas no han hecho

nada por nosotros” –diría el buen Groucho. Segundo: las mayorías político-electorales están moralmente desautorizadas para tomar medidas de bienestar social. Tercero: ¡el fracaso del keynesianismo ha durado medio siglo! Para Buchanan, se entiende, la reducción de la desigualdad y el mayor consumo popular serían parte de ese descabro. Cuarto: el congelamiento del gasto público debe ser una barrera a la política electoral. Quinto: los políticos nos engañan al presentar el interés público como su vocación; lo suyo, como lo de todos, es el autointerés.

No sobreinterpreto un ápice; me quedo corto. Buchanan es mucho Buchanan. Su pluma tiene gracia, pero más que eso, una aguerrida convicción. Cito más del texto.

¿Por qué la formación de los valores económicos depende de la confianza de las personas y de los partidos que dirigen o debían dirigir los puestos públicos? (p. 243).

[Es necesaria] la elevación de las reglas monetarias a estatus constitucional (p. 244).

[Se requieren] restricciones constitucionales en el ejercicio de la autoridad final del gobierno (...) hay que limitar y bajar impuestos (p. 246).

Ahora reconocemos que los puestos electos actuarán de acuerdo a sus propios intereses. Este simple, pero realista modelo de la conducta política moderna, implica que el respeto a las mayorías legislativas no es sostenible como principio constitucional (p. 250).

Las disputas entre los que proponen diferentes regímenes, no debe permitirles que se continúe discutiendo acerca de los cambios necesarios (...) Para llegar al cambio necesario se requiere del esfuerzo acumulativo de un diálogo académico (p. 249).

La furia de Buchanan merece la ironía. Su llamado a la libertad invoca un nuevo realismo de argumentos científicos e ideológicos. Este espíritu de revolución económica y democrática se puede debatir, *pero a condición* de que los debates legitimen los “cambios necesarios”. Y para ello están las teorías académicas que sustentan el programa neoliberal. Se trata, es claro, de una deshistorizada lectura del fin de la historia que considera el arreglo económico-político alcanzado como corte y cesura definitivas. “La idea del ‘fin de la historia’ viene de esta necesidad humana de orden y predecibilidad” (Pipitone, 2007:26).

Repasemos dos antecedentes de esta ideología. El rechazo a los sistemas fiscales *bienestaristas* fue, desde los 70, una demanda de una nueva clase media. Funcional para una generación que regresó de la guerra con umbrales recortados de vida, ese sistema fiscal aparecerá como gravoso e injusto para la generación del *baby boom*. Desde entonces, coincidiendo con la reconcentración del ingreso en las clases altas, bajar la carga colectiva de los impuestos se ha vuelto una bandera neoliberal –¡y también de izquierdas!

Un segundo precedente es el tono del Informe de 1975 de la Comisión Trilateral sobre la ingobernabilidad de la democracia. El problema de la democracia, se decía ahí, es su exposición a las reivindicaciones sociales que la gente puede pretender. Conclusión: el manejo de la política económica está destinado a ser impopular, doloroso, realista, pues una macroeconomía sana está más allá de las mayorías y gustos políticos.

Con estos antecedentes, el neoliberalismo gozará de las credenciales de un programa intelectual revolucionario opuesto al Estado opresor; rebelde ante burocracias ineptas y culpables de las crisis económicas; liberalizador, en definitiva, de las potencialidades de individuos descargados de restricciones autoritarias.

Pero el objetivo neoliberal no es desaparecer al Estado; por el contrario, requiere de éste como actor insustituible para desarrollarse. Su necesidad, eso sí, es la de un Estado en cierta y singular dirección. Su programa avanza “una reorganización (estatal) que favorezca un determinado modo de funcionar de determinados mercados” (Escalante, 2015:183). Si la orientación del Estado es un atributo del

mercado, el neoliberalismo puede así protegerlo de los imprevistos de las instituciones democráticas (Escalante, 2015:237). Para conseguirlo, la piedra de toque consiste en poner las libertades económicas por encima de la política y el alcance de las mayorías. El propósito neoliberal reside así en “vaciar de contenido económico a la democracia” (Escalante, 2017:82).

El mejor retrato de estas señas neoliberales está en la explicación de una aparente paradoja que Fernando Escalante (1993, 2015, 2017) desmenuza en varios ensayos. La intención del neoliberalismo es limitar el poder del Estado, pero para ello el recurso para garantizar la libertad frente a ese poder es ¡el Estado mismo!

Esta antinomia entre Estado imprescindible y libertad individual es resuelta descomponiendo analíticamente al Estado en dos elementos: el derecho y la política. Mientras el derecho serían reglas generales y objetivas, la política es representada como decisiones arbitrarias y subjetivas. El derecho pone límites al abuso público; la política instaura órdenes restrictivos. La veta antipolítica y populista del neoliberalismo defiende así al derecho como conjunto de normas libres del conflicto e interés político.

La libertad sólo es posible así cuando la autoridad gobierna “bajo la ley” y es inmune a influencias políticas, electorales o legislativas. Identificada con el ideal de un Estado de derecho, esta fisonomía de lo legal y legítimo “presupone una concepción muy definida de lo que se entiende por ley, y no todos los actos que emanan de la autoridad legislativa son leyes en tal sentido” (Escalante, 2017:48). En el fondo de esta teoría, “late la idea de un derecho natural o algo parecido, es decir, un conjunto de normas que no son producto de la voluntad contingente de un grupo de legisladores, sino que han sido dictadas por la Razón. Y cuya autoridad está por encima del Estado” (Escalante, 2017:49).

El discernimiento de Escalante es útil para poner en perspectiva histórica e intelectual el talante neoliberal. Su idea de derechos prepolíticos posee claras reminiscencias de un primer y conservador liberalismo. Un liberalismo aristocrático, no democrático ni igualitario, asoma en esta pretendida naturalización del orden.

La relación entre política y derecho, trazada a partir de la constrictión de la primera y la absolutización del segundo, es de un simplismo también palpable. La sociología jurídica de Max Weber o la teoría de la facticidad jurídica de Jürgen Habermas son, entre otros tantos, enfoques que disputan esta reificación del derecho. La más elemental disección del vínculo entre política y derecho descubre la historicidad trágica de ese lazo.

En términos de un futuro proyectado, “la ilusión de un derecho sin Estado y sin política” es otro claro atributo neoliberal. Reducir lo estatal es un principio creíble a partir de repetir, hasta hacerlo verosímil, que toda regulación estatal desequilibra mecanismos comerciales y perjudica al consumidor. Con el Estado metido donde no debiera, “los burócratas pretenden imponer sus ideas sobre educación, salud, o lo que sea pasando por encima de la sabiduría iletrada, espontánea, realista del hombre común” (Escalante, 2017:56;77). La pulsión populista del neoliberalismo, su discurso pegadizo contra las élites políticas, incita así “una imagen despolitizada de los servicios públicos, bajo la advocación de la eficiencia” (Escalante, 2017:59). Como el mercado, la democracia implicaría votantes que contratan a gestores para solucionar problemas prácticos.

Esta animosidad hacia lo político exhibe, finalmente, otra manera de pensar la administración pública. La modernidad estatal se mide así por los enfoques de la Nueva Gestión Pública, teorías de redes y consejos consultivos que modifican el circuito de representación y legitimidad políticas (Villarreal, 2018). Asentada tradicionalmente en el poder legislativo, la producción de políticas públicas se ve sujeta a esta modalidad diseñada para “abrir los gobiernos” a organizaciones de la sociedad civil.

Ningún beneficio de este diseño participativo oculta la condición extraelectoral de estos órganos, cuyo crédito democrático es inexplicable sin la mirada de recelo a la autoridad electoral. A efecto de que los gobiernos no apliquen políticas excusados en una mayoría, estas nuevas formas participativas recurren a foros con especialistas y sectores que podrían verse afectados por las decisiones legislativas. Este

recorte de los alcances públicos ante los intereses de lo privado destaca como cercanía democrática. La selección de los ciudadanos que participan de estas “*interfaces* entre el gobierno y la sociedad” no es, ni pretende ser, representativa de la totalidad social; su capital político da voz más bien a grupos delimitados. A diferencia de los interesados políticos, reza esta teoría, estos ciudadanos sí subordinarían sus intereses sectoriales a los comunes.

III. Razones de atracción neoliberal

Como pasaba con el liberalismo económico del XIX, el neoliberalismo del siglo XXI evade la autocrítica de sus decepcionantes resultados. Las resistencias a las reformas, plantean los neoliberales, detiene los planes de mejora. Lo cierto es que su programa no ha cumplido con atajar las crisis cíclicas de la economía. En términos netos, el crecimiento económico sigue estancado, la pobreza se mantiene constante y la desigualdad es mayor. Avanzar hacia un mundo de clases medias con alto consumo, sin depender para ello de políticas y soportes colectivos, ha revelado lo descaminado de esa utopía.

Cierto es que la globalización económica estimula la homogeneidad entre los países, pero también sus diferencias internas. Los bienes de consumo son más y variados, pero los bienes públicos se reducen. Junto a las transiciones democráticas, el goce de libertades personales es mayor, pero ese individualismo corre paralelo a la mayor impotencia colectiva. Tras la crisis mundial de 2008-2009 debiera estar clara así la insuficiencia del programa neoliberal. Si ello no bastara para admitirlo, el retroceso de la Unión Europea es otra muestra del déficit social y democrático del reajuste económico. No obstante los neofascismos europeos, cuya fiebre exhibe el agotamiento de sistemas de *partidos cartel*, el fin de esta teoría no acaba de ser reconocido. ¿Qué factores explican la sobrevivencia de un programa económico fracasado? Recorreré tres niveles para intentar dar respuesta a esto: el orden de las ideas, el de una teoría institucional normativa y el de un imaginario redefinido.

1. Orden de las ideas

¿Por qué el neoliberalismo sobrevive a su propia deformación? Atender esta pregunta supone rebuscar en reflexiones de largo aliento. Tony Judt, autor del libro más importante de historia de la segunda mitad del siglo XX, comparte dos hipótesis sobre su experiencia de investigación. La primera es ésta: “para la mayoría de la gente, en general, la legitimidad y credibilidad de un sistema político descansa no sobre prácticas liberales o formas democráticas, sino sobre el orden y la previsibilidad” (Judt, 2010:206). Durante 40 años, el neoliberalismo creó un sentido de lo social y de concepción del mundo, luego del que no resulta fácil imaginarse otra forma de orden. Sistemas de vida como los de China, Rusia, Hungría, Venezuela, Corea del Norte o el Estado Islámico confirman esta falta de opciones razonables. Bien leída, la tesis del fin de la historia prescribía, justamente, una evolución histórica que carecería de mejores alternativas.

El neoliberalismo, vuelvo a la frase de Judt, despliega un orden y un sentido para lo social a pesar de una fluidez desconcertante. Esta incertidumbre se teoriza, además, como alentadoras rutas de vida no predefinidas. Tal individualización tiene una capa de hedonismo, pero esa reflexividad subjetiva ha pasado a ser más la de “individuos obligados a elegir” que una etapa de placer (Han, 2012; González Ulloa, 2015).

Con todo, la desregulación capitalista no deja de actualizar rendimientos de riqueza en los que las clases populares y medias se reflejan y reconfortan. Otra vida que no sea la del acceso a distinciones no parece posible. El logro de estos privilegios dependería del esfuerzo individual. El neoliberalismo infiltra esta ilusión tan cara a su permanencia.

Una segunda hipótesis de Judt enfatiza, justamente, la capacidad del neoliberalismo para mantenerse en pie.

(...) para convencer a la gente de la necesidad de que el Estado proporcione algo, se necesita una crisis provocada por la ausencia de esa provisión. La gente en general nunca asumirá que un servicio del que sólo tiene una necesidad ocasional debiera

hacerse disponible permanentemente. Sólo cuando experimentan la incomodidad de no tenerlo disponible para ellos puede argumentarse a favor de una provisión universal (Judt, 2012:362).

El neoliberalismo aparece como respuesta al derrumbe de las narraciones políticas de Nación, Historia, Sociedad o Progreso esparcidas en el siglo XX. Su descrédito rearmó un enfoque de lo social reducido a un ángulo economicista. Con ello, pasaríamos entonces a “descubrir nuestros objetivos colectivos en términos exclusivamente económicos (prosperidad, crecimiento, PIB, eficacia, producción) como si no fueran sólo medios para alcanzar colectivamente unos fines sociales o políticos, sino fines suficientes y necesarios en sí mismos” (Judt, 2008:23).

Efecto del desencanto con aquellos metarrelatos, el auge neoliberal se decanta por la especulación formalista (Salazar, 2003:36). Fundado en la racionalidad formal-instrumental, el neoliberalismo propone un concepto “naturalista” de la sociedad; su discurso selecciona, califica, jerarquiza y articula así una noción de “lo real” en base a determinados códigos interpretativos (Lechner, 1987:9).

Este nuevo realismo se respalda en resultados económicos que encumbran un promisorio ciclo comercial. El Consenso de Washington simbolizó esta campaña con medidas que detuvieron la inflación. La ola de gobiernos de izquierda en América Latina a partir de 1998 materializó, además, una mayor inclusión social adherida a cambios democráticos. No resulta demasiado difícil pensar así que el sistema funciona, y que en cosa de tiempo el *glamour* capitalista fluirá de modo menos inequitativo.

Este enriquecimiento visible coloca a México como un centro financiero *top* (Bourguignon, 2017). México, o con mayor exactitud su distrito de Santa Fe, trabaja de este modo como un enclave de la globalización financiera, que aunque expulsa a las mayorías de sus beneficios, no deja de publicitar un futuro reparto menos cupular.

En la democracia, la gente pobre vota a favor del *statu quo* si los ricos continúan acrecentando su poder. Esta paradoja, discutida por Przeworski (2017), hace parte de las bases racionales del neoliberalis-

mo. Para comprenderlo habría que insistir en que, tras cuatro décadas, la ideología neoliberal ha conseguido cambiar el eje de la discusión pública: el individualismo, la preferencia por el mercado o las libertades económicas son el punto de partida indiscutible y con el que el neoliberalismo se autolegitima fijando los parámetros de su propia evaluación (Escalante, 2015:189).

2. Orden de las instituciones

El institucionalismo económico es una teoría que lleva las huellas del embrujo económico-global enfrentado a los límites políticos del Estado-nación. En la academia, esta antinomia entre modernidad globalizante y atraso nacionalista ha nutrido un realismo inexpugnable.

Bajo estos marcos, el Estado es reconceptuado como una empresa global con lógicas económicas antepuestas a la integración nacional. Como “si todo el mundo tuviera la suerte de sentirse a la vez nacionalmente seguro y airoosamente universal” (Judt, 2013:84), este cosmopolitismo antiestatal mira al nacionalismo como enemigo de la propiedad económica, la libertad política y el consumo cultural.

Pensar al Estado según costos de transacción fue el venero de la teoría de las reformas estructurales como causa única de crecimiento económico. Por supuesto que la liberalización de los mercados genera riqueza, pero los saldos de ello dependen de los prerequisites estructurales de un Estado debidamente conformado. Sin esas condiciones *ex ante* a la desregulación financiera, los cambios neoliberales reforzaron las oligarquías preexistentes y el Estado fue despojado de sus poderes infraestructurales, esto es, los que lo habilitaban para crear un sentido de pertenencia social e identidad colectiva. La reducción del Estado apenas a un actor coercitivo, que la sociedad experimenta sólo en tanto poder y violencia institucionalizadas, abona al ímpetu antiestatal.⁸

⁸ “Poderes infraestructurales del Estado” es una referencia al trabajo de Michael Mann. Un compendio sobre los estudios de formación del Estado nacional, que

Este “realismo inevitable”, pienso en el ejemplo de México, ha sido naturalizado de tal manera que aun sus promotores reconocen una “modernización autoritaria”. A todos los efectos, y no obstante una trayectoria opaca, México es ya un país moderno. La culminación del Estado de derecho está pendiente, pero ello no es óbice para reconocer la modernización corriente. Que la democracia no sea tampoco un dechado de virtudes, no es tampoco obstáculo para proseguir en la misma dirección. Argumentos como éstos, sostenidos para rechazar la hipótesis de una falla de origen en la transición democrática, reflejan el convencimiento de las élites intelectuales en el institucionalismo económico (Aguilar Camín y Aguilar Rivera, 2014). Esta fe académica continúa siendo una forma atractiva de concebir al neoliberalismo como un proyecto exitoso.

3. Orden de las conductas

“Pocos hombres son conscientes de que sus vidas, la propia esencia de su carácter, sus capacidades y sus audacias, son tan sólo expresión de su confianza en la seguridad de su ambiente”. Joseph Conrad estimaba con esta frase el trasfondo de las circunstancias sociales en la conducta de las personas. Cuando pensamos que las preferencias de los individuos son exógenas a esa trama, y que la racionalidad de sus actos se mide sólo por la elección de sus medios, ese fondo social se ve relajado. El gancho de esta propuesta, a pesar de su reduccionismo, es la libertad del individuo y su capacidad de vivir los contactos interpersonales desde la mera utilidad. Como si nada debieran sus deseos personales al medio en el que se desenvuelve, ese individuo es teorizado como un *homo economicus*.

Para el *rational choice*, esta autorreferencia de los actos retrataría la naturaleza humana. Para sus rivales teóricos, tal egoísmo sería, más

revisa los aportes de Mann y Tilly, en Ramos (2009). Para México, y con apoyo también en Mann, Loaeza (2010) describe la pérdida de estos poderes infraestructurales.

bien, un gusto aprendido tras cuatro décadas de socialización neoliberal. La correlación histórica entre liquidez de los mercados y autopercepción de las personas más allá de lo social, indica la artificialidad de los patrones neoliberales. Después de todo, como decía Tolstói, las personas son capaces de adaptarse a todo, especialmente cuando ven a los demás hacer lo mismo.

Un modo de desmenuzar este atractivo contextual del neoliberalismo es recordar las teorías que situaban al individuo dentro de un orden social condicionante. La revolución epistémica del neoliberalismo acusaría, de hecho, a las otrora sociologías dominantes de explicar así por qué los individuos no tenían opciones. Contra ese determinismo, las teorías económicas de la sociedad presumirían hacer hincapié en la libre elección de las personas.

Estructuralmente, tampoco hace tanto, las ciudades seguían un diseño a partir de distritos que reflejaban la división de la sociedad en clases, reproduciendo así una cierta subcultura clasista. Excesiva en sus empeños de planificación, esa arquitectura urbanística sería objeto de críticas por su roma uniformidad. Aquel tipo de cohesión social fue objetado por quienes veían en la distinción (y no en la igualdad) una prioridad más deseable. Para los 80 y 90, la instalación de grandes y tentadoras plazas diluyó el conflicto de clases, introduciendo una modernidad fundada en sueños individuales (Harvey, 2012).

Apelando a cursos históricos distintos al individualismo asocial, es posible contextualizar culturas urbanas de vida todavía vigentes. Para reafirmar la hipótesis del ego utilitario como gusto adquirido, vale la pena hacer este ejercicio.

Personas de alguna edad, habituadas a la órbita keynesiana, eran conscientes de las restricciones de clase. Su precavido consumo rehuía la compra a crédito. La ostentación de sus bienes era infrecuente, además, en su círculo social. Adquirir casa propia era el bien más querido, y al cual se accedía obteniendo un préstamo del Estado. La clave para ello era la seguridad laboral; por encima de trabajos mejor remunerados, pero de fortuna cambiante, la clase trabajadora y media solían elegir un oficio seguro, a poder ser dentro de la burocracia pública.

Posibilitados por el “salario indirecto” cubierto por servicios estatales de educación, salud o seguridad, los ahorros de las familias diferían el consumo hasta no poder colmarlo con un pago en efectivo. Pagar “al chas chas”, como se decía entonces, añadía el *plus* de algún descuento. Esto era común sobre todo con los coches.

Hacerse de un automóvil, explica Judt (2016) recordando los discretos ideales de su padre, fue para una generación el ascenso social más sublimado. No era fácil cumplirse ese antojo, pero ayudaba a ello que las clases sociales tuvieran definido el tipo de coche que podían, y no, comprar. Por el gasto de gasolina, por su lujo o austeridad, por su accesible o dispendioso precio, las clases escogían el automóvil correspondiente a sus ingresos.

Con su ejemplo, y una pedagogía que remarcaba el lugar y límites de su clase, estas generaciones educaron a sus hijos en el imperativo de “no pretender vivir por encima de sus posibilidades”. No competir con las distinciones de consumo de las clases altas fue, de este modo, una socialización apegada a una estructura socioeconómica que no se planteó eliminar las diferencias de clase, pero sí compensarlas. En la teoría keynesiana del Estado de Bienestar residía así una propuesta ético-política que resaltó el principio de igualdad.

No hay principio de igualdad que, por así decirlo, se avenga a que los miembros de una sociedad queden encerrados en sus condiciones iniciales, o que su suerte sea completamente determinada por las circunstancias, buenas o malas, de su pasado (...) cualesquiera sean el o los principios de igualdad puestos en acción, su motivación, al mismo tiempo que sus efectos, es compensar las desigualdades iniciales demasiado grandes (Fitoussi y Rosanvallón, 1997:107-108).

Cuarenta años después del retroceso keynesiano, la cita transcrita suena hueca, inhallable ya el espíritu igualitario en el cuadro social del neoliberalismo. La individualización de las conductas, y el culto de éstas a la desigualdad, es un logro monetarista. Con esta reforma macroestructural, las condiciones de vida y socialización de las gene-

raciones previas son un pasado en el que las nuevas generaciones no pueden reflejarse. Sin otra realidad que la competencia por trabajos precarios, resulta racional adaptarse a ello.

La sociedad actual despolitiza de este modo los fenómenos económicos, haciendo depender el consumo de talentos individuales en juego. El derecho a consumir, de prosperar como *homo eligens*, da fuerza a este acuerdo social. Con esta dinámica, la sociedad “refunda las relaciones interhumanas a imagen y semejanza de las relaciones que se establecen entre consumidores y objetos de consumo” (Bauman, 2007:25).

El mayor de los atractivos de esta forma social reposa en el vínculo entre mercado y democracia. En ambas, la libertad es el producto de teorizar este valor como la emancipación de regulaciones estatales y del gobierno como latente tirano. En el caso concreto de la democracia, su oposición al despotismo vuelve real la libertad de las personas para pactar un orden político. Bajo la influencia de un mercado sin límites, empero, la democracia queda asimilada a una revolución de los estilos de vida individuales. Cuando esa opción desconoce, sin embargo, la necesidad de un lazo supraindividual y cohesivo, la balanza se inclina por la sola consecución de objetivos privados.

Desvanecer lo social termina culturalmente legitimándose por una teoría que superpone el mérito individual a los deberes colectivos. Este imaginario, paradójicamente, no deja de ser negado por un engranaje neoliberal cada vez más afianzado en diferencias iniciales de clase. Esa mecánica es la causa de la acumulación de riqueza en élites hereditarias de privilegios (Piketty, 2014). Con todo, el “fetichismo de la subjetividad” (Bauman *dixit*) supone un enraizamiento cultural difícil de cambiar. Una serie de prácticas recurrentes y dotadas de sentido conforma así esta base histórica del neoliberalismo.

3

Una Izquierda Democrática y Desconsolada

1. La política des-ilusionada

Junto con los giros económicos y culturales, otro rasgo del espíritu de los 90 es el cambio de códigos de la política. Hacia una política des-ilusionada es el tipo de transición ocurrida en este renglón, y cuyos motivos ostentaron un halo de reforma libertaria.

Entre la Revolución de los Claveles de Portugal en 1974, y la Revolución de Terciopelo de Praga en 1989, se suceden las “revoluciones democráticas”. La caída de los coroneles en Grecia, la democratización de España tras la muerte de Franco en 1975 y el recambio portugués son las transiciones en la Europa del sur que arrancan este proceso.

Por su resplandor, la Revolución de Terciopelo será la base de teorías que conceptúan el paso del colectivismo opresivo al individualismo libertario. Poco espacio, en cambio, tendrá en esa narrativa heroica el desplazamiento de la generación del 68 y de su principal demanda:

la reforma interna del socialismo. Que el “thatcherismo” del ministro de economía checo (Václav Klaus) dismantelara Checoslovaquia a partir de intereses financieros, es también motivo de menor atención. El relato dominante será otro: checos y eslovacos se separan en un acto de libertad luego de décadas atroces.

En Hungría, el discurso libertario es más exagerado y burdo. Ahí, porque la modernidad supone borrar particularidades históricas, el pasado nazi y soviético se coagulan en una misma cosa. Economía de mercado y democracia liberal triunfan así sobre un pasado totalitario olvidable. A su manera, Polonia, la Alemania Oriental, Bulgaria y la URSS encuentran cabida en este mismo relato de revoluciones épicas. La violencia del cambio en Rumanía, y sobre todo la muy rápida conversión de ese país en un capitalismo oligárquico de pobre empaque democrático, exigiría otra narrativa.

El comunismo desapareció sin dejar una sola idea valiosa. Ésta es la conclusión de François Furet (1995) en su libro *El pasado de una ilusión*. Simbolizando el hecho más trascendente que las revoluciones democráticas festejan, la derrota de la izquierda es, en efecto, estrepitosa y se ramifica en varias dimensiones. La primera es el ocaso del marxismo, que como programa teórico y político otorgaba a las izquierdas una identidad distinguible. Pese a ser una fuerza distinta al comunismo, la socialdemocracia resulta la más afectada por este episodio. La estirpe no democrática del marxismo hacía que la socialdemocracia representara a la izquierda democrática y liberal. Sin el marxismo, esa singularidad perderá sentido en un mundo en el que todos seremos demócratas dentro del mercado económico y electoral (Judd, 2010). Rebajada, la socialdemocracia “realista” implementará políticas neoliberales (Maravall, 2013). En aquellos años, aunque hoy suene a guasa, Bill Clinton y Tony Blair figurarían como líderes de “izquierda”.

La derrota de la izquierda se expresa también en el quiebre de sus bases sociales. Comenzada en los 70, esta disolución de sus apoyos históricos es definitiva con la desregulación posindustrial y el arribo a una sociedad de individuos.

Otra debilidad de la izquierda será abierta por el discurso del fin de la ideología. Aunque tal tesis circulaba desde los 50, sus variaciones noventeras serán más agudas. Si el discurso de los 50 y 60 significaba, tanto para la crítica de derecha (Bell, 1964) como de izquierda (Jacoby, 1999), el desplazamiento de una izquierda radical y colectivista por una ideología rebelde, individualista y cultural, lo de los 90 es otra cosa. Por una parte, la extinción de cualquier ideología realmente alternativa; por otra, la victoria de una política individualista y fragmentaria encarnada en el multiculturalismo, el consumo moral o *la diferencia* como “alternativas” dentro del mismo sistema económico.

La izquierda, y esto no puede ser más que una buena noticia de su derrota, dejaría de ser una ontología luego que sus referentes empíricos y programáticos acabaran. Su consecuente obligación de reconstruirse dará lugar a tres reacciones débiles (Martínez, 2017): 1) adaptación al realismo neoliberal; 2) evasión del nuevo realismo por un pasado idealizado; y 3) fuga hacia la irracionalidad de un futuro fraterno y humanista fundado, contradictoriamente, en saberes comunitarios y tradicionalmente autoritarios.

El cambio más arduo para la izquierda será conformarse a la legitimidad de la democracia liberal y las economías de mercado. Cotejado con la ausencia de elecciones en regímenes autoritarios, el cambio luce y es sustantivo –admirable incluso. Comparado, empero, con el funcionamiento de una democracia que garantice derechos sociales en la línea de un liberalismo progresista, el cambio aparece más como el inicio que como la finalización de un proyecto de modernidad. Que los partidos no tarden en madurar un oportunismo ramplón será un correlato de esta centralidad electoral de la política.

La algidez electoral de la democracia se adapta, además, al proceso de mediatización con el que la revolución tecnológica modifica a los partidos y a la política. Beneficiándose de los avances en esta área, las campañas electorales serán intensivas en capital. Ésta es otra propiedad de los sistemas de *partido cartel* (Katz y Mair, 2004) en los que las formas de “conectar” con los electores han variado (Tezanos y Luena, 2017). Silvio Berlusconi, convertido en ministro de Italia en 1994,

encarna esta ruptura de los sistemas tradicionales de partidos. En él, y su capacidad de trastornar la política, están condensadas: a) la novedad de partidos como firmas empresariales; b) el desuso de las ideologías clásicas (“no soy ni de izquierdas ni de derechas”, diría Berlusconi); y c) la personalización de lo político. La víspera de que Berlusconi asaltara el poder político, un espeso alegato a favor del neopanismo empresarial se escuchaba, por cierto, entre la ciudadanía mexicana: “es bueno que los empresarios sean políticos, porque como ya son ricos no robarán”.¹

El triunfo de la democracia liberal, exaltado a partir de su contraste con totalitarismos y modos autoritarios, acreditaría una democracia sin las aristas de la democracia social acuñada por la economía mixta. A menudo, escribió así Raymond Gastil en 1990, “la demanda de autodeterminación es una exigencia tribalista que termina por empobrecer la esfera de los derechos humanos (...) deberíamos cuidarnos de no confundir la autodeterminación con la exigencia de democracia” (Gastil, 1990:14;16). La autodeterminación, principio axial de las democracias modernas, será con frecuencia entendido con este dejo neoconservador como una *praxis* no democrática.

Esta postulada oposición entre autodeterminación colectiva y libertad individual contribuirá al ceñimiento electoral de la democracia. Este énfasis minimalista singularizará también a la evaluación académica. Para Di Palma (1990:51-66), “una aproximación posibilista-minimalista” conminaría a: 1) pensar a la democracia con visión estratégica y no estructural, 2) dar a la consolidación democrática un sentido limitado y 3) no coligar la legitimidad y la consolidación democrática como criterio o parte de su definición: “introducir la noción de legitimidad es un típico ejemplo de cómo se puede exagerar el concepto de consolidación democrática”.

¹ Luego de ver que los políticos empresarios subastaron el Estado para enriquecerse, los serbios urdieron este chiste en Belgrado: “con Tito estábamos mejor, pues como era dueño de todo no podía robar lo que ya era suyo y nos compartía”. Esta equívoca melancolía comunista es trabajada por Matos (2018).

El gran efecto de este marco de pensamiento es la certeza de que el vértice economicista de relaciones entre Estado, sociedad y mercado es el más atinado por su apoyo en consensos científicos que sustituyen a la irracionalidad política (Colomer, 2015). No existen alternativas ideológicas a este presente neoliberal, se piensa desde este nuevo realismo que desautoriza otros cursos probables de acción. Este *presentismo* reordena al Estado y abre los mercados como eslabón a la política democrática y la libertad de los individuos. La sociedad civil, identificada con esta iniciativa social des-estatalizada, es el espacio de esta libertad emparentada (paradójicamente) con la privatización de lo público. Confiar la robustez democrática a esta confusa invocación de la sociedad civil (Lechner, 1994) supone resituar lo político y lo estatal en una escala menor. El cambio hacia esta política des-ilusionada es el síndrome de este racionalismo.

¿Qué es la política y qué puede esperarse de ella?, sería así una pregunta con nuevas respuestas que recortarían los alcances de lo político. Un primer remplazo de estos sentidos es, por supuesto, la concepción neoliberal que resignifica los códigos interpretativos a partir del mercado. Por la incapacidad del keynesianismo de resolver su turbación económica, las soluciones neoliberales (antes implausibles) serán la opción adoptada.

Pero no toda la persuasión neoliberal obedece a medidas económicas correctivas. En la resignificación de la política, la izquierda también participa dejando vacía la emisión de contrapropuestas. Cargando con el revés del “socialismo real”, la izquierda convendrá desustanciar el concepto de la política bajo el que lo social pueda ordenarse. Que no todo lo social sea político, que la política no deba representar todo lo social es, sin duda, un aprendizaje afortunado para alguna izquierda todavía reticente a esa pedagogía liberal. Pero imantada por su propia des-ilusión, la izquierda leerá su propio cambio bajo un esquema abstracto, poco sutil, sin matices. Pragmatismo realista, o terquedad utópica, será así un látigo con el que la izquierda aceptará castigarse. Las izquierdas no avenidas a esta antítesis reduccionista entre su metamorfosis moderna y democrática, o su osificación tra-

dicional y autoritaria, terminarán corroborando (por la no viabilidad de sus suspicacias nostálgicas e irracionales) la inexistencia de alternativas.

Para ilustrar la radicalidad de su cambio, conviene recordar el lugar de origen desde el que la izquierda se desplaza. En ese “mito del origen” confluirán varias voces ideológicas, además de la representación que la propia izquierda hará de sí misma. Pensar la mengua de la izquierda y su forzosa revisión como fruto de la experiencia totalitaria es, en esencia, una posición común y compartida. Deslizarse de aquella ilusión holista a la utopía del mercado revela, por otra parte, una lectura del cambio condicionada por “el dolor de haber sido” y una contricción plegada a la ortodoxia neoliberal. Las izquierdas más tecnocráticas están compuestas así por la amalgama entre viejas generaciones reorientadas y nuevas generaciones crecidas ya en la hegemonía del nuevo realismo ideológico.

La visión más interesante del resignificado de lo político aparece, sin embargo, en la izquierda académica, cuyo mito del origen es representado por las flageladas ambiciones de redención social. Sustraer de la política de izquierdas esa pretensión es, sin duda, el efecto más nítido de la racionalidad formal-instrumental con la que la izquierda acepta repensarse. La política es otra cosa, no lo que nos figurábamos, admite así la izquierda para emprender un reexamen de la política moderna y una nueva perspectiva intelectual.²

Esta capacidad de la izquierda para volver sobre sus pasos suscitará la asunción de que el objetivo de lo político es sólo el incentivo y la liberalización de lo económico. Vinculada con el orden democrático, la conservación de este *statu quo* aparecerá de este modo como otra lectura de esta reconceptualización moderna.

Con los galones de ser una izquierda ilustrada, algunas voces de esta representación del cambio prescribirán que “la economía es de derechas, y la política social de izquierdas” (Aguilar Camín, 2008). Como si no pudiera ser de otra manera, esta izquierda respaldará la

² Véase entrevistas con intelectuales de izquierda en Attili (1997), *La política y la izquierda de fin de siglo*.

naturalización neoliberal. Esta visión desdramatizada, que la propia izquierda propone para sí y para la política democrática, no opondrá gran resistencia a la certeza ideológica para la cual “la eficacia exige cada vez más un ejercicio técnico, normalizado, estándar y al final un ejercicio privado del poder político” (Escalante, 2015:235).

Para esta izquierda renovada, la desilusión revolucionaria deparará un segundo momento decepcionante y un nuevo reajuste de “lo real”. Relacionado con el desencanto de una generación intelectualmente rehecha, la deformación del sueño democrático en una pesadilla electoral motivará otra “entrada en razón” (neoliberal). Con esta sociedad desinformada, la democracia degenera en un abuso de la estadística (Borges *dixit*). Ideas como éstas son cada vez menos rechazadas por una izquierda progresista, pero desconsolada. No todos los asuntos políticos deben someterse a decisiones públicas es, empero, una reserva que contraría la apuesta por continuar democratizando los conflictos sociales (Bobbio, 1986), o la crítica democrática como proyecto normativo a pesar de sus constatados despilfarros. Esta latente pulsión antirrepresentativa coincide con los organismos contramayoritarios y la gestación de una eficacia no política.

2. De regreso de la sociedad civil

“Todo ocurre como si la apelación frecuente a la sociedad civil viniera a llenar el vacío dejado por los viejos mapas interpretativos y evaluativos que el final de la guerra fría volviera obsoletos y caducos”. Inserta en el texto *El concepto de sociedad civil (usos y abusos)*, esta frase de Luis Salazar (1999:21) hace parte de un ánimo revisionista de las teorías de la sociedad civil. Esta revisitación se desprende del redescubrimiento de la sociedad civil como realidad heterogénea, accidentada y distante a su entusiasta encuadre conceptual. La identificación de la rebeldía antiautoritaria con la plena democratización estuvo en la base de aquella sobrevaloración. No haber arribado al sitio que una idealizada sociedad civil nos franquearía, obliga a una retrospectiva crítica.

El renacimiento contemporáneo del concepto de sociedad civil arranca en la década de los 70, en la que la centralidad del Estado en la economía, lo político y los símbolos de socialización es cuestionada por una doble arenga antiestatista. Dirigida contra formas estatales totalitarias y autoritarias, la primera de éstas focaliza la democracia como una conquista fundacional. Acceder a elecciones libres, donde los partidos de oposición puedan competir, sería un progreso social arrebatado al poder inclemente. *Sociedad civil o Estado opresivo* era un lenguaje incitado por el socialismo real y las juntas militares.

Una segunda arenga, vertida en contextos democráticos del Estado de Bienestar, emerge de un impulso antiautoritario que asimilará la planificación estatal con una intrusión alienante. En Europa occidental, afirmará este otro discurso, el capitalismo keynesiano es un reflejo soterrado del control soviético en el Este. “Democratizar la democracia” es así el objetivo de esta crítica que ve en la sociedad civil una palanca revulsiva.

Esta aspiración democrática hará converger a neoliberales y neo-marxistas en su antiestatismo. Otra coincidencia entre estos dos tipos de desconfianza estatal será el sustento teórico hacia actores contrapuestos a las mediaciones institucionales clásicas. Con la puesta en escena de los nuevos movimientos sociales, la separación entre partidos, sindicatos y movimiento social (Offe, 1988; Dalton y Kuechler, 1990) abrirá otro boquete en la debilidad del Estado. Mirada con la vehemencia entonces posible, la sociedad civil ganará el *status* de una esfera virtuosa que irrita al sistema político y politiza temas excluidos (Cohen y Arato, 2000). Esta implícita mitificación de la sociedad civil sugerirá códigos excesivos (Salazar, 1999): a) devaluación de los partidos, como si la democracia fuese posible sin ellos (antipartidismo); b) denigración de la política como actividad movida por la ambición de poder (antipolítica); y c) visualización de la sociedad civil como lugar común y general sin intereses materiales o prácticas de coerción (angelismo).

Para cuando la teoría de una sociedad civil posestatal se haga fuerte, la idea de lo general dejará de ser “el substrato fundante, garantía,

punto de arranque explicativo y sustento normativo de las pretensiones individuales, sino que en el mejor de los casos, ‘lo común y lo general’ se transformará en problema a resolver a partir del pluralismo y la diferencia” (Rabotnikof, 1999:199). Con la erosión del Estado como eje de lo social, y resuelto en ese interludio el choque entre capitalismo y socialismo, la épica del momento asociará la lucha libertaria de la sociedad civil con la legitimación de la democracia.

Como fin de la historia, asienta Fukuyama (1993), el triunfo de la democracia liberal es el de una idea, sin importar demasiado cuánto de ella haya podido ser materializada. Como idea también por concretarse, el discurso de la sociedad civil nutriría tres proyectos diferenciados: neomarxista, neoliberal y neocomunitario.

El *proyecto neomarxista* diagnostica una amenazante colonización del mundo de vida social por la integración sistémica del Estado capitalista. Vista esa alarma, la función de la sociedad civil consiste en contrarrestar las tendencias expansivas del Estado y del mercado. Nuevas formas de solidaridad, redes de grupos, espacios públicos de debate y de movilización social podrían hacer retroceder la mercantilización de las relaciones sociales y la manipulación burocrática de las necesidades (Rabotnikof, 1999). Construir vínculos societales al margen del Estado y de los partidos, resalta aquí como el centro de esta crítica, cuya disputa con el Estado pasa ambivalentemente por una tensión anti-Estado y el deseo de una alternativa que lo suplante. Dentro de esta mirada, la sociedad civil será postulada como un “lugar distinto” del Estado y del mercado, donde confluyen los individuos y las asociaciones en su carácter libre y privado. (Rabotnikof, 1999).

Sobrecargadas normativamente, en alguna de estas concepciones “la sociedad civil se transformaba en el yacimiento o en el lugar de despliegue de los ideales de justicia, igualdad, libertad y solidaridad” (Rabotnikof, 1999:199). Tan exigente proyección no se correspondía con una realidad heteróclita y contradictoria, y en la que “la contaminación de las prácticas comunicativas” no era sólo efecto de lógicas administrativas o mercantiles sino la dinámica de la misma constitución social.

El *proyecto neoliberal* propondrá, por otra parte, un Estado mínimo como requisito a la extensión de la sociedad civil. Esta reducción estatal recupera la utopía del mercado irrestricto. Definida por ello, la integración social “fuerte” es suplida aquí por una integración vía intereses individuales. Entidades supraindividuales de cohesión no tienen lugar en este programa autodefinido como libertario, y en el que el refuerzo de la sociedad civil consiste en hacer de la esfera privada el motor de desarrollo social. Sin pensar al Estado más allá de su función de liberar la actividad económica, el *quid* de este proyecto es el resultado de una paradoja neoliberal: “[sus] reformas económicas no sólo restringen el campo de acción del Estado, a la vez fomentan un vasto movimiento de privatización de las conductas sociales. A la par con el ámbito público también cambia la esfera privada y esta transformación de lo privado a su vez altera la reconstrucción de lo público” (Lechner, 1994:138). Apelar al discurso de la ciudadanía, al que el neoliberalismo se muestra afecto, no resuelve la paradoja; más bien la devela aún más por lo impracticable que resulta el empoderamiento ciudadano ante el recorte del espacio público donde ejercer esos derechos.

A tono con la crisis del Estado de Bienestar, Rosanvallon (2006), Habermas (2008) o Bartra (1981) anticiparían la evolución del capitalismo hacia una forma perjudicial para la democracia. La víspera de los 80, Rosanvallon analizaba el regreso utópico del mercado; Habermas la inconclusión del ideario moderno y Bartra las redes contra-democráticas. Estos autores veían, además, al tradicionalismo como una reacción impotente ante la complejidad social. “Ya no hay garante metasocial que pueda bastar para contener y limitar la actividad económica”, escribió Rosanvallon (2006:222) en 1979, coincidiendo con Habermas y Bartra en que el cambio económico y cultural forzaba que la legitimidad democrática no pudiera fundarse en un mundo compartido de normas sustraídas por el mercado.

Este desencantamiento es negado por el *proyecto neocomunista* y su racionalidad sustantiva, contextual y culturalista. Partiendo de la imposibilidad del Estado de ofrecer una integración social en sen-

tido fuerte, el programa neocomunista referirá la sociedad civil al espacio local de comunidades que mantengan valores anticapitalistas y antimodernos. Conservar costumbres ancestrales y antiguas identidades colectivas será entendido así con un carácter defensivo y anti-sistémico. Este proyecto contará con un cuerpo teórico coagulado en torno a los estudios culturales, el multiculturalismo y la convicción en la política de *la diferencia*.

Diez años después de las diagnósis de Rosanvallon, Habermas y Bartra, el naufragio intelectual de la izquierda fortalecerá la confianza neocomunitaria como opción contestataria, a pesar de su anticapitalismo primitivo y falta de liberalismo. La indiferencia de la democracia hegemónica a la cohesión social, y el retroceso de los derechos democráticos dentro de un capitalismo globalizante, concederá un atractivo “racional” a este proyecto. En el EZLN, buena parte así de una intelectualidad huérfana tras despedirse del socialismo, estará convencida de recuperar su izquierdismo.

3. Transiciones a la democracia

“En México descubrí que se podía ser de jizquierdas y liberal!” Referida al inicio de este libro, esta frase de una profesora argentina merece retomarse como disparador de sintomáticas perplejidades en la izquierda ante los cambios democráticos.

Primero, por su experiencia política y académica la autora de la frase podría ser una militante formada en una polarización ideológica que veía con desconfianza al liberalismo. Asociada en la Guerra Fría con el liberalismo burgués, la democracia despertaba ese escozor en una izquierda afín a una democracia revolucionaria, sustantiva o plena. Inexistente en América Latina la socialdemocracia que traslapó socialismo y liberalismo, el clivaje *democracia o revolución* fue entonces un marco de referencia.³

³ La democracia no figuraba en una constelación discursiva en América Latina donde

Segundo, bajo la égida de la Revolución Cubana, en América Latina en general, y en la Argentina en particular, la radicalización política produjo guerrillas derrotadas por militares que aniquilaron sus cuadros directivos y sociales. En ese clima de pavor, decantarse por el liberalismo democrático era impensable para la izquierda.

Tercero, antes de las transiciones, la política mexicana es incomparable en muchos sentidos con la argentina. La dicotomía izquierda-derecha no ha sido la misma en estos países. La longevidad de un régimen autoritario e institucional aisló a México de los golpes militares sufridos en el Cono Sur. La ideología priista reservó, además, un lugar para fuerzas de izquierda influyentes. “Echeverría o el fascismo”, escribió en los 70 Fernando Benítez para defender a un presidente priista “de izquierda”. El peso social del priismo en la transición democrática no implicaría así el desmantelamiento absoluto del régimen; por el contrario: la democracia en México partiría de la actualización democrática del PRI. En ello, otra diferencia se hacía muy notable. En México, pensemos un momento en Octavio Paz, la figura del intelectual sería: cosmopolita, liberal (las simpatías revolucionarias de Paz eran cosa de juventud, glosarían sus biógrafos), elitista e institucional. Definido por su relación con el Estado, el intelectual mexicano sería un soporte de la reforma democrática hacia formas económicas y liberales de mercado.

Cuarto, las características de la intelectualidad mexicana, no casualmente, revelan la mayor cercanía de México con Estados Unidos y el modelo económico, político y cultural de referencia después de 1989. Entonces y hoy es palpable la distancia entre intelectuales mediáticos mexicanos y argentinos. La asunción de un solo modelo de desarrollo, sobre todo eso, separa una y otra manera de rechazar, o admitir, la im/posibilidad de reestructuraciones alternativas.

Estas diferencias serían suficientes para entender el asombro manifiesto en la frase de la profesora argentina. En México, en efecto,

sí estaban el nacionalismo, el antimperialismo, el nacionalismo revolucionario y el socialismo (Zapata, 1997).

el triunfo entero e inopinado del liberalismo fluyó más rápido, acorde con una transición democrática y la adaptación de la izquierda a este proceso. El estupor de la académica argentina traduce la perplejidad de una cierta generación que vivió este cambio.

Quiero ahora “cruzar” esta perplejidad generacional con el sentimiento distinto de las generaciones más jóvenes frente al cambio democrático. Este cotejo insinuaría que el desencanto con las democracias no está tanto en la juventud, como sí en la generación que con la transformación democrática mudó su manera de pensar y vivir la política. Sobre todo para el mundo de la izquierda, esta mudanza intelectual e ideológica resultó muy pronunciada. Veamos este contraste intuitivo.

Las personas menores a 36 años, informa un trabajo de Alejandro Monsiváis (2017a), perciben un menor déficit democrático que el grupo de 36 a 45 y que el mayor a 65. Sin forzar mucho, podríamos pensar en una interpretación como la siguiente:⁴

1. El grupo de mayor edad comprende a personas que, habiendo vivido una anterior etapa de polarización ideológica, reconsideraron a la democracia como una salida normativa. Desde la izquierda, ésta es la generación que atinó a desembarazarse del dogmatismo y asumir la pluralidad política. *Democracia o autoritarismo* fue el clivaje que esta generación superpuso al ya impracticable de *revolución o democracia* (Lesgart, 2003). La apuesta por la democracia redefinió la lucha política, las alianzas, los procedimientos electorales y la base intelectual de esta generación.
2. El grupo con edades entre 36 y 45 años es representativo de la generación heredera de la apuesta democrática. En ella, la transición política no se pensó al socialismo. Se trata de la generación que estudia el cambio político bajo los marcos del fin de la

⁴ Este desfase ideológico de la generación más joven también es resaltado por Moreno (2018).

historia y la democracia liberal como régimen posideológico. La liberalización de los mercados no aparece como problemática, cuanto como un generador de democracia política. Democracia y mercado, leerá así esta generación, poseen una convergencia “natural”.

3. El grupo más joven percibe el cambio democrático como un hecho dado y naturalizado. Carente, además, de una pedagogía adecuada sobre la historicidad de este proceso, la teoría democrática está tan alejada de sus prácticas cotidianas de vida, que el desencanto no es ni su primera ni prioritaria reacción ante un orden social árido e injusto. La ausencia de un Estado de derecho, de condiciones laborales, o de igualdad política, no son falencias que se problematicen lo debido por estar ausente en su formación generacional la apuesta democrática por un régimen distinto. La falta de metarrelatos del cambio ha normalizado en este grupo el orden existente como el único posible.

Si esta interpretación no está muy desviada, los primeros dos grupos sociales (lleva razón Woldenberg en sus *Cartas a una joven desencantada con la democracia*) cargarían con la responsabilidad de justificar al tercero las razones de su cambio democrático. Asumiendo que la apuesta democrática carece de una pedagogía precisa, quiero sumar elementos a esa explicación deficiente. Mis propuestas para ello son tres.

Uno: valorar la atracción por la democracia y el espíritu épico de los 90. En ello, me parece, resulta clave visualizar que las apuestas generacionales no fueron sólo fruto de un desánimo posmoderno, sino también de una reeditada teoría universal de la modernidad. *Modernidad o Atraso* sería, de hecho, un clivaje de estos cambios, bajo el que la adaptación de la izquierda se expresaría en la dualidad entre izquierdas democráticas y reformistas o izquierdas autoritarias y revolucionarias.

Dos: entender las transiciones democráticas como el saldo de una lectura del *fin de la historia* que condicionaba el cambio hacia democracias neoliberales. Tomada como dato irrevocable, la naturaleza

capitalista de las nuevas democracias “sería ignorada o subestimada por la literatura transicional, ocasionando que muchos rasgos de la política latinoamericana parezcan anómalos, paradójicos o contradictorios” (Velasco, 2007:131). La literatura transicional, ciertamente, no trabajaría en profundidad las contradicciones entre capitalismo y democracia. Con todo, este enfoque fue justificado por cambios importantes en la esfera electoral. El desplazamiento de los gobiernos militares fue así una atracción de la democracia y un aliento a la perspectiva institucionalista de estudio.

Tres: contextualizar de este modo las propiedades de las transiciones ayuda a dimensionar, en sus alcances y límites, la apuesta por el cambio democrático, esto es, sopesar los logros en la consecución de libertades antes inexistentes, así como vislumbrar los problemas y dilemas del actual orden democrático (Morlino, 2014; Monsiváis, 2017b).

4. Auge y sigilos de la transitología

“Carecemos en México de un orgullo por el cambio democrático”. Repetida en varios de sus análisis del cambio político, esta afirmación de Roger Bartra interpela a quienes están poco dispuestos a convenir que la transición democrática es un proceso agotado. Esa desavenencia es un efecto de la no consensuada pedagogía del cambio, pero también de grupos intelectuales que disputan la titularidad del relato histórico.

Fuera de estas dimensiones, resulta más grave constatar que la transmisión del “orgullo democrático” a los más jóvenes falla por el desconocimiento de los hitos de la transición, o la poca relevancia que este cambio tiene para ellos. Es llamativo que a poco de haberse dado, la revuelta democrática signifique menos de lo que debiera a los ojos de quienes disfrutaron el resultado de esa apuesta. La mala pedagogía subrayada por Woldenberg, no es extraño así, puede dar lugar a un desencanto, y a veces también a un reproche, entre generaciones implicadas que no ven valorado su empeño político.

Descalificar la indolencia con la que los más jóvenes pueden relacionarse con las instituciones de la democracia es, empero, un modo de subestimar los problemas y dilemas democráticos. ¿Cómo explicar el entusiasmo transicional sin caer en la tentación de denigrar las reacciones inadecuadas? ¿Cómo justificar a las generaciones más jóvenes la apuesta más grande en la que sus predecesores se comprometieron? A grandes trazos, seguiré aquí una estrategia que puntualice el contraste entre: a) la ausencia de democracia; b) la emergencia de su deseo; y c) los logros y pendientes del anhelo democrático.

Durante las primeras siete décadas del siglo XX, la ausencia en América Latina de una izquierda socialdemócrata determinó que la izquierda malentendiera la democracia. Su versión revolucionaria, en concreto, rechazaba la democracia liberal o, como en el caso de México, las izquierdas comunistas (PCM) y estalinistas (Partido Popular) sostenían un maridaje malhadado con el gobierno (Carr, 1996). Comprender este vacío socialdemócrata nos remite a las consecuencias positivas que para Europa tuvo la articulación de partidos socialdemócratas (Yoclevsky, 1997; Przeworski, 2001). La consecución de la democracia, y de un Estado capitalista proclive a la regulación económica, no se puede entender sin ese pasado. Gracias al keynesianismo, que socialdemocracia y democracia-cristiana apoyarían, la tensión entre capitalismo y democracia fue resuelta en esos regímenes a través de políticas redistributivas (Velasco 2005; 2007). Fue esa estrategia la que moderó las demandas más radicales de los sectores populares. Las ganancias de un capitalismo democrático justificaban ese comportamiento comprometido con el Estado planificador. Neocorporativo, como se le llamaba en los 70, ese Estado surgió del equilibrio entre fuerzas sociales contrapuestas (capital y trabajo).

Analizados a detalle, los Estados de Bienestar europeos tuvieron diferencias y variantes. En ellos, la política redistributiva, particularmente, se realizó por modalidades apegadas a sus circunstancias nacionales. Desde los antecedentes del siglo XIX de la lucha por ampliar el sufragio, una constante reconocible es que la edificación de esos Estados fue el fruto de un proceso histórico y conflictivo. Confronta-

ción entre élites, pero también negociaciones a partir del peso de los actores enfrentados, fueron una historia común en procesos políticos que terminaron de promover la liberalización democrática. La socialdemocracia nació, de hecho, a partir de esa suerte de *trade-off* consistente en definirse como izquierda liberal, democrática, reformista y electoral a cambio de incidir en las dinámicas capitalistas del Estado keynesiano.

En comparación con aquellos órdenes estatales, ¿qué tipo de Estados tuvimos en América Latina antes de las transiciones a la democracia? Sin dejar de reconocer las debidas particularidades, convengamos en que nuestros Estados siguieron un trayecto diferente a la secuencia de derechos civiles, políticos y sociales prescrita como un tipo ideal. Tanto fue así que en los Estados latinoamericanos no fue infrecuente que los derechos sociales fueran una práctica anterior a los derechos políticos; la modernización capitalista no acabara de desprenderse de un molde oligárquico; las oposiciones políticas se persiguieran; las intervenciones estadounidenses fueran recurrentes; el imperio de la ley no apareciera; la igualdad política fuese impracticable dadas diferencias socioeconómicas reproducidas en discriminaciones de clase, raza, etnia o género.

Para decirlo rápido: en toda su extensión, Estados universales no tuvimos, sustituidos éstos por clases políticas que rigieron órdenes corporativos, poco o nada liberales, y en los que la in/formalidad de la ley funcionaba como recurso de control (Merino, 1998). Si en lo político esos Estados no eran democracias plenas, en lo económico recibían la calificación de burocracias-autoritarias, desarrollistas o nacional-proteccionistas.

Esta matriz estado-céntrica llegará hasta los 70 con distintos tipos de afluentes que la izquierda compartía. La formación de frentes antifascistas, primero, y de alianzas nacionales, después, resumieron los estímulos de un orden instrumentalmente concebido por la izquierda como antesala de la transición socialista. Para ésta, el modelo desarrollista cubriría el objetivo de concretar la revolución nacional burguesa. A decir de sus teorías clásicas, atravesar esa fase era un paso para que

la modernización de la burguesía industrial sentara las “condiciones objetivas” hacia un socialismo teleológico.

Esta sujeción de la izquierda a una filosofía de la historia reflejaba su alineamiento al eje de la Guerra Fría, donde los partidos comunistas latinoamericanos figuraban como brazos del comunismo internacional (Pettinà, 2018). Apreciada como una etapa de preparación ideológica para la “toma del Palacio de Invierno”, lo que la izquierda ganaba en la estricta formación de cuadros lo perdía en el aislamiento de unas células universitarias que siempre superaron en número al sujeto obrero de la revolución (Avilés, 2002).

En la izquierda avenida al modelo desarrollista, las libertades democráticas (“pequeñoburguesas”) no eran un principio capital que pusiera en duda la concepción en boga del “centralismo democrático”. En 1959, el triunfo de la Revolución Cubana modificaría esa disciplina planteando un nuevo tipo de utopía (Yoclevsky, 1997).

Entre 1959 y 1968, sucesos internacionales modificarían la escena. Sumado al triunfo de la guerrilla en la Sierra Maestra cubana, las luchas anticolonialistas en África y en Vietnam darían origen a una nueva izquierda tercermundista distante de las directrices soviéticas. Aguardar por las condiciones objetivas de cambio sería así una teoría desechada por el radicalismo de Ernesto Guevara o Ho Chi Minh. En Europa, la invasión rusa de Praga prendió también la mecha de una izquierda opuesta a los partidos comunistas y burocráticos. Antes, en Estados Unidos, los asesinatos de John Kennedy, Malcom X, Martin Luther King y Robert Kennedy agotaron la estabilidad desarrollista.

Si el Estado de Bienestar europeo y norteamericano fue asociado con la tolerancia represiva, en el caso de los Estados latinoamericanos éstos aparecieron para la nueva izquierda como el actor con el que ningún pacto era posible. Salvo Costa Rica, todos los países del continente tuvieron así guerrillas convencidas del heroísmo extremo.

Contra esa excitación, los golpes militares comenzaron en Brasil en 1964. No obstante la disparidad de las fuerzas en combate, episodios como la masacre en Tlatelolco persuadieron a una generación de izquierdistas que el cambio implicaba la violencia armada. En este

clima debe destacarse la influencia de ciertos circuitos culturales. Reflejando el estado convulso de cosas, el insumo intelectual (y religioso) de la concepción revolucionaria sería evidente. La noción de “intelectual comprometido de izquierdas” encarnaría así en un personaje abocado al estallido revolucionario.⁵

Entre 1968 y 1976, aquel ambiente padecería el *shock* de golpes de Estado en Uruguay, Chile y Argentina (Buriano, Dutrénit, Vázquez, 2015). Los Montoneros, los Tupamaros o el chileno Movimiento de Izquierda Revolucionaria –como antes el brasileño Acción Liberadora Nacional– serían grupos aplastados. Sin sufrir una asonada militar, México conocería también una guerra sucia contra la disidencia. La aniquilada opción utópica de un socialismo democrático, liderada por Salvador Allende en Chile entre 1970 y 1973, acabó con las esperanzas revolucionarias de la izquierda.

En resumen, si bajo el Estado desarrollista la democracia lucía como un horizonte obstruido por el control estatal de oligarquías nada liberales, bajo la insurgencia guerrillera la democracia era una idealizada, pero contradictoria, conquista social que seguiría a la suspensión de la política por una lógica militar. La violencia como detonador de la democracia fue un contrasentido de estos grupos armados (Hilb, 2013). Afectada por esta paradoja, esta radicalización corrió en dirección contraria a la complejidad democrática. Hasta fines de los 70, la democracia continuaría así como una utopía rezagada.

¿Cuál es el sentido de recordar estas pasadas aguas? El primero es obvio: la sensación épica que acompaña a la democracia en los 80 se nutre de la desesperante abstinencia democrática en el continente. Pero hay un segundo sentido menos evidente, y hasta un tercero, sobre los que vale la pena cavilar.

⁵ La poesía, novelas, cuentos, obras de teatro y ensayística de Mario Benedetti es una referencia sintomática de este período. Véase al respecto de aquella atmósfera Gilman (2003), Martínez (2015) y Rojas (2018).

La del 68, se ha dicho repetidamente, es la generación que terminaría arrasada por la represión, refugiada en un solipsismo nostálgico o instalada en el poder que antes combatió. “Ya somos todo aquello contra lo que luchamos a los veinte años”, escribió José Emilio Pacheco en su poema *Antiguos compañeros se reúnen*. Más allá de lugares comunes y fibras poéticas, el aprendizaje democrático de esta generación supuso un desafío a las identidades personales. Su encantamiento democrático no nacería de la nada, sino de un sitio bastante más agrio: de la derrota de las ilusiones a manos de órdenes autoritarios y cruentos. La derrota política de los ideales fue así la premisa desde la que la democracia comenzó a resignificarse como demanda normativa. La izquierda, ha escrito Lechner (1990), empezó entonces a percibir la insuficiencia de sus manuales teóricos para refundar la realidad social. Bajo dictaduras que condenaron al destierro a sus opositores, la democracia resurgiría (de la mano con el discurso de los derechos humanos ante los miles de desaparecidos) como una forma política necesaria de revalorar.

“Estamos condenados a una democracia, aunque sea ésta liberal”, escribió otro académico chileno, Francisco Zapata (1993:22), consignando el testimonio de una generación dispuesta a repensarse a sí misma desde una redefinición democrática, pero deseosa también de que el liberalismo democrático fuera apenas el primer y mínimo aprendizaje intelectual de cara a una democracia socialmente profundizada.

El anhelo democrático, vista su historia y la manera en que ésta embona con procesos de vida que enfrentaron un viraje intelectual de fondo, es así la secuela de una derrota que, sin embargo, produciría que ciertos sectores de la izquierda apreciaran la convergencia entre liberalismo y socialismo como tipo normativo de democracia.

Esta reconversión generacional no podía tener mejor impulso que la crisis y caída de las dictaduras. El regreso de los militares a sus cuarteles fue un hito que refrendó la confianza en la democracia. En Chile, la celebración en octubre de 1988 del plebiscito que negó la continuidad de la dictadura de Pinochet, significó un feliz parteaguas a pesar de desestimar los enclaves autoritarios protegidos por la Constitución

de 1980 en ese país. Uruguay, y originalmente también Argentina, mantuvieron esas reservas de impunidad para los dirigentes militares. Negociar esas zonas grises del cambio fue, de hecho, un acuerdo inevitable para la recuperación pacífica de la democracia.

Incentivando el espíritu que marcaría esa década, en 1989 la larga dictadura paraguaya de Alfredo Stroessner (en el poder desde 1954) llegaría también a su fin. Febrero de 1990 será, por otra parte, el mes en que una mayoría electoral ultime en Nicaragua el gobierno revolucionario de Daniel Ortega. Ocurren en las urnas, la derrota de los comandantes sandinistas dio así la razón a la apuesta democrática. La electoralización de la lucha política, hoy fácilmente criticada, descolló entonces como la manera de concebir las transiciones. Que la democracia tuviera en esas coyunturas un enfoque minimalista obedeció al contexto dominante. Democracia electoral era una manera de denotar el cambio opuesto a la preservación autoritaria, o a nociones sustancialistas para las que ningún avance parecería suficiente. Bastaba ante el crónico vacío democrático, y la memoria de la brutalidad de las dictaduras, esa versión de la democracia para producir atracción y motivar respaldo en una generación comprometida con su propio cambio de piel.

La electoralización de la vida política tuvo también en México la fortuna de reivindicar pronto la apuesta. Si en 1988, el fraude electoral actualizaba las peores maneras del régimen, pocos años después la reforma institucional en trance traería en 1997 el primer gobierno dividido. Ese año, el triunfo de la izquierda en la capital del país encargó, además, el gobierno de una de sus delegaciones a Arnoldo Martínez Verdugo, el líder histórico del Partido Comunista. El acceso de la izquierda al poder, y el relevo del PRI de la Presidencia en el año 2000 por un partido de derecha, fue así determinante en la atracción democrática de una generación que selló después de los 70 un compromiso con el cambio político.

Adenda: mi generación desafiada

En 1997, abro aquí un paréntesis personal sobre una siguiente generación de la que soy parte, la transición democrática se había convertido en un ánimo popular. El estudio de las ciencias sociales, dejados atrás el pensamiento desarrollista, cepalino y revolucionario, conceptuaba a la democracia como un cambio mundial y promisorio. Atender los llamados al cuidado de la democracia llegaba, además, con el ascendiente de politólogos que habían conocido la acritud de los regímenes autoritarios. Leer en ellos que el cambio democrático era real, reforzó en mi generación el convencimiento de esta valía.

Pero sucede de un tiempo a la fecha que, frente a estudiantes de una nueva generación, me veo tratando dificultosamente de trasladarles esta atracción democrática. Me detengo en esto a partir de una remembranza. En 2017, impartí el seminario *Izquierda, cambio social y democracia*. ¿Qué es la izquierda bajo el neoliberalismo?, fue mi eje de trabajo. Las primeras partes las dediqué a la historia de la izquierda, pensando pasar rápido por ello para llegar al debate actual. Algún libro sobre la materia, como el de Pipitone (2015), y varios ensayos fueron las lecturas para esa radiografía. Esperaba, como sucedió, que los estudiantes desconfiaran de los cambios democráticos. Pero lo que me sorprendió por entrañar una actitud distinta, es que la reacción generalizada ante las formas pasadas de la izquierda fuera de indignación por descubrir que la izquierda hubiera dejado de ser lo que era. “Me han hecho falta años de cárcel para profundizar mi formación política”, era una línea de un dirigente a la que volvía una y otra vez para señalarles que aquella izquierda que veían con admiración, también tenía esos delirios y enfermedades.⁶

No miento, aunque lo quisiera, si confieso que mis alumnos y alumnas no habían leído la carta de despedida del Che Guevara a sus hijos,

⁶ La frase pertenece a Luis Corvalán, Secretario General del Partido Comunista de Chile de 1959 a 1989, y está consignada en el libro de entrevistas *Corvalán 27 horas* publicado en 1972 por Eduardo Labarca.

el discurso de Allende bajo la metralla a La Moneda o la poesía de Cardenal, Dalton o Benedetti que mi generación convirtió en pósters. Para una generación que no ve diferencias entre los partidos políticos, dimensionar que la izquierda no fue siempre igual, y que su versión de ahora es fruto de una regeneración democrática de décadas, fue una sacudida. El resultado de este conocimiento no fue el desencanto, pero sí una perplejidad por la palidez ideológica y la igualdad que ven entre los programas de la izquierda y los de la derecha.

Transmitir a la generación más joven la épica democrática que a otras nos atrajo, supondría redoblar los esfuerzos para explicar el sentido del laberíntico cambio al que la izquierda se entregó, enfatizando en ello el aporte que su evolución intelectual significó para que la democracia dejara de ser una forzada abstinencia. También es cierto, si somos sensibles a sus perplejidades, que la izquierda en democracia no tendría por qué acabar en las faenas de adaptación pragmática, obstinada melancolía estatista o poética de las tradiciones comunitarias que poco han servido para replantear, luego de los efluvios y euforias neoliberales, las estructuras y reglas del conflicto y competencia políticas.

4

Cine, Novela y Rock de la Política Democrática

I. Cine político de la democracia

Crónica del cine que proyectó la revolución es un texto del escritor Mauro Libertella publicado en el diario argentino *Clarín* (junio 2, 2017), que evoca el papel del *Cine Cosmos 70* en la educación sentimental y política de una generación. ¿Existe un cine de izquierdas? La pregunta hubiera sido herética en los 60 y 70 cuando la contracultura adoptó al cine, la música, la literatura o el periodismo como medios de influencia. La distinción entre cultura oficial y alternativa evolucionará, sin embargo, con las transiciones políticas y económicas a la democracia que reordenaron el universo cultural. Para la teoría de la historia este desarrollo introdujo otro régimen de historicidad, en virtud del cual el régimen moderno fue suplantado por un régimen *presentista* diferente al conocido entre 1789-1989.

Como otras vías artísticas, el cine acusará el cambio hacia un nuevo vínculo con el pasado, el futuro y el lugar de lo político. En este capítulo discuto el reflejo filmico de esta reestructuración, sosteniendo que el cine en democracia asume (y en ocasiones disputa) temáticas propias del individualismo social como lenguaje del *presentismo*. Sus alcances y límites para representar el orden social y político son redefinidos por esta atmósfera.

Desarrollo esta idea en cuatro partes: 1) correlación entre paradigmas epistémicos de la historia y estilos sobresalientes en el cine (Ferro, 2008); 2) caracterización del *presentismo* como régimen pospolítico y de la democracia como clima cultural; 3) abordaje de lo que aquí llamaré “*presentismo* en el cine”; 4) análisis de dos filmes, *La culpa es de Fidel* (Julie Gavras, 2006) y *Tierra y Libertad* (Ken Loach, 1994), como estampas de la forma en que el cine reacciona al marco histórico y político *presentistas*.

1. La historia y el cine

El nexo del cine con la historia nace con la toma fundacional de los Lumière, *La salida de los obreros de la fábrica* (1895), que enfoca industrialización y proletariado. La vocación de atrapar el tiempo estará también en las obras de Dziga Vértov y Leni Riefensthal sobre los movimientos bolchevique y nazi, respectivamente. Tales afanes políticos componen *La Batalla de Argel* (1966), filme de Gillo Pontecorvo sobre las gestas anticolonialistas. El intento de objetivizar la alienación capitalista, y el ardor revolucionario por romperla, animan *La clase obrera va al paraíso* (1971), de Elio Petri.

Por su apego a la historia, los cambios de ésta inciden en vuelcos disruptivos del cine. La mirada psicológico-individualista, proveniente del conductismo y disonante con el neorrealismo italiano, destaca en *El desierto rojo* (1964), de Michelangelo Antonioni, como otro tipo de intersección entre lo histórico y lo individual (Gubern, 1964). Denys Arcand ha dedicado una oscura tetralogía (*El declive del imperio ame-*

ricano, 1986; *Las invasiones bárbaras*, 2003; *La edad de las tinieblas*, 2007; *La caída del imperio*, 2019) a filmar esta individuación conductista de lo que fueron antes grandes conflictos sociales.

El lazo entre cine y sociedad permite trazar así algunas coincidencias entre paradigmas de la historia y relatos cinematográfico. En líneas generales podríamos hablar de una primera etapa, en la que la concepción elitista de la historia se corresponde con las nada inocentes comedias de Ernest Lubitsch (*The Love Parade*, 1929; *Monte Carlo*, 1930; *The Smiling Lieutenant*, 1931) sobre enredos de monarcas y nobles. El asesinato del archiduque Francisco Fernando a manos del joven anarquista serbio Gavrilo Princip, que estallaría en 1914 la Gran Guerra, es narrado con este encuadre por Max Ophüls, quien en su filme *De Mayerling a Sarajevo* (1940) pinta al heredero al trono austrohúngaro como un tipo clemente, resuelto a la modernización humanista del gobierno, pero sacrificado por un amor ajeno a los protocolos imperiales. De manufactura intachable, este filme mantiene un cuadro de la historia que será negado por cambios subsecuentes. Después de traumáticas coyunturas, la historia dejará de ser pensada en la manera tradicional (*Magistra vitae*) de Leopold van Ranke, el considerado padre de la historia científica en el siglo XIX.

La aparición de *la cuestión social* en la escena histórica empuja una política de masas de la que el cine no estará lejos. Si en la literatura Anton Chéjov supo dar precoz cuenta del relevo social del aristócrata por el burgués como síntoma de este cambio, Serguéi Eisenstein, Roberto Rossellini, Luchino Visconti o Francesco Rosi comenzarán junto a otros cineastas una era abocada al espejo de esas masas organizadas y en conflicto. Es ésta la época en que el paradigma estructuralista establece el lenguaje epistémico de la realidad (Burke, 2007). El clima alrededor de la guerra de 1939-1945 es abundante en manifestaciones históricas como el fascismo, el nazismo, el estalinismo o el Estado keynesiano sustentadas con una base social colectivista. Años de plomo en la historia alentarán en el cine un ímpetu afectado por esta atmósfera polarizada. Ken Loach, autodeclarado cineasta trotskista, Mike Leigh como miembro del cine social

británico, o Jean-Luc Godard, afanado en un ardiente rapto maoísta (*La China*, 1967; *Week-end*, 1967), son muestras de este cine sobre el que los eventos de los 60 marcarán pauta.

Para los 70, aquella “borrachera ideológica” daría paso a una revolución libertaria en términos individuales y culturalistas (Inglehart, 1977). Planteada como la génesis de una sociedad posmaterialista en la que “el regreso del actor individual” toma la anterior centralidad de los sistemas, esta mutación cimentará un enérgico individualismo.

Esa rebeldía individual arribará al cine interesado en el pulso de la sociedad. Historias individuales, “historias mínimas”, como las que definen las imágenes y guiones de Carlos Sorín, Daniel Burman, Amat Escalante o Fernando Eimbcke innovarán narrativas contemporáneas meritorias. Los miembros de una reciente generación de cineastas y su menor densidad histórica muestra la gravitación de un nuevo paradigma social. *Sexo, pudor y lágrimas* (1999), de Antonio Serrano, y *L'ultimo bacio* (2001), de Gabriele Muccino, recogen globalmente dilemas individuales de personajes urbanos, burgueses y en crisis. Instantáneas de *video clip*, tramas lineales y livianas, exaltación del desconsuelo y mensajes regresivamente moralistas completan las señas generales de este cine.

El siglo XX, condensado por Bernardo Bertolucci (*Novecento*, 1976) en el clivaje comunismo *versus* catolicismo, fue concebido por historiadores, y filmado por cineastas, como un espacio social en el que la lucha de clases fijaba el presente y esclarecía el futuro. Pero ese siglo murió antes de lo previsto. Adelantándose a su tiempo, la magia de Federico Fellini prefiguraría en *La Dolce Vita* (1960) el proceso de secularización religiosa y metamorfosis política. Por otro lado *Jesús de Montreal* (1989), la película de Denys Arcand, da por concluida esa pérdida de fe en credos eclesiales o ideológicos. De aquellos “ismos” exhaustos, luego de haberlos predicado, los personajes de *Las invasiones bárbaras* de Arcand se reirán en el siglo XXI.

A su manera, comedias románticas como *Sexo, pudor y lágrimas* y *L'ultimo bacio*, aunque muy alejadas del *toque* Lubitsch o la mordacidad de Billy Wilder, delinearán un período histórico donde lo político

vale por lo que se dice, así como por lo que se silencia. El problema de la madurez personal, tanto en México como en la Italia de los 90, es asumido con códigos individuales desanudados de lo social. La crisis existencial de estos personajes estará montada sobre la fictiva ausencia de crisis económicas. Otro par de comedias globales y exitosas, *remakes* de una primera versión francesa adaptada a Italia y España, reconfiguran también breves históricos de la integración nacional como diferencias culturales y/o de torpeza individual tragicómica. Comparar *Bienvenue chez les Ch'tis* (Dany Boon, 2008), *Benvenuti al Sud* (Luca Miniero, 2010) u *Ocho apellidos vascos* (Emilio Martínez-Lázaro, 2014) con el primigenio abordaje de la misma cuestión en Francesco Rosi (*Cristo se paró en Éboli*, 1979) o Roberto Rosellini (*Stromboli terra di Dio*, 1950) es, efectivamente, distinguir dos períodos históricos inasimilables.

Si con el neoliberalismo, y su impacto en el cambio de audiencias hacia sectores de clase media, el cine político ha pasado a ser parte del *mainstream* comercial (Sánchez Prado, 2016), esta reestructuración influirá en sus temáticas. Con la democracia de mercado, y el cine distribuido por empresas internacionales, el villano favorito será el político, aunque esa denuncia no vaya más allá de la superficie de los problemas (Reveles, 2016). Lo superficial va de la mano aquí de lo obvio, de lo que el orden prevaleciente oferta dentro de sus propios circuitos culturales. *Todo el poder* (Fernando Sariñana, 2000), *La Ley de Herodes* (1999), *El infierno* (2010) o *La dictadura perfecta* (2014), de Luis Estrada, caen en los límites de esa lógica. La pretensión de inocencia de la sociedad frente a gobernantes corruptos es confirmada por películas que redundan en lugares comunes de simpleza política.¹ Como expondré en lo que sigue, la transformación del régimen de historicidad condiciona los contingentes vínculos entre cine, historia y política.

¹ Esta pretensión de inocencia social es puesta en jaque por Daniel Hendler en su película *El candidato* (2017). Para persistir en el tema es muy útil Fernando Escalante (2004), *Estampas de Liliput*.

2. Cine y clima cultural democrático

¿Cómo teorizar un período social concentrado en las motivaciones de los individuos? *Presentismo*, vocablo sugerido por historiadores, sociólogos y antropólogos, es un encuadre teórico para interpretar este individualismo propugnado por la ideología neoliberal.

El *presentismo* implica un *nuevo régimen de historicidad* en el que la conflictiva interacción entre pasado, presente y futuro es remplazada por un presente continuo y vertiginoso. La imposibilidad de imaginar, e incluso de desear y creer en un futuro radicalmente diferente, es el signo de este tiempo histórico. Apuntalado por la divulgada muerte de los metarrelatos sociales, el individuo aparece así como origen y sentido de la vida. Una nueva representación de la sociedad a partir de decisiones individuales libres, es una capa cultural definitoria del *presentismo* hegemónico (Jameson, 1991; Harvey, 2012).

Previsible como era su reacción a este giro crítico, el cine mostrará un ambiente que descrea de lo social como ente objetivo. El más emblemático de estos planos es el de la película *La mirada de Ulises* (1995), de Theo Angelopoulos, en el que una barcaza atraviesa el Danubio con la efigie de un inmenso y estropeado Lenin. Esta toma, interpreta Traverso (2016), alegoriza el fin de una época. Inconforme con este tipo de cambio, Angelopoulos filmará después *El polvo del tiempo* (2008), una película de contrastes entre la generación de sobrevivientes de los campos de concentración de la Segunda Guerra Mundial y la de sus descendientes posmodernos y libertarios, pero agobiados por crisis individuales asiduas bajo la ideología de los estilos de vida y la autorrealización.

Este tránsito en la narrativa de cineastas, que reseñan la ruina de un mundo anterior y el brote de otras coordenadas emotivas, puede sopesarse también en el tándem de Wim Wenders *Las alas del deseo* (1987) y *¡Tan lejos, tan cerca!* (1993). La primera de estas películas, inscrita en la historicidad del Muro de Berlín, ofrece una trama de sistemas de vida divididos por la política. Terminada la Guerra Fría, y extendida la globalización como cultura homogénea de masas, la esperanza en

curso se traducirá en *¡Tan lejos, tan cerca!* en un relato vaporoso, esotérico y con un final poético y entusiasta.

La insoportable levedad del ser (1988), la película de Philip Kaufman basada en la novela de Milan Kundera, captura de forma involuntariamente paródica el optimismo individualista del *presentismo*. Con una producción norteamericana, este filme es reduccionista con los hechos históricos de la revuelta política de 1968 en la entonces Checoslovaquia. La cinta ignora que los ideales opositores al régimen comunista tenían como meta la reforma del socialismo. En su ligereza, esta obra enlaza y confunde así las revueltas praguenses de 1968 y 1989. Contada a partir del espíritu de su época, la película deviene en una licenciosa crónica de la molestia social ante el proyecto socialista. En 1989, pero no en 1968, la rebelión dejó de lado la demanda por “un socialismo de rostro humano”, o *socialismo goulash* como fue conocido en Budapest. De igual forma, en 1989, pero no en 1968, la insurgencia alemana a favor de la democracia festejó que David Hasselhoff cantara en La Puerta de Brandeburgo *I’ve looking for freedom* como un himno político-libertario. En 1989, pero no en 1968, finalmente, Václav Havel, el intelectual y dramaturgo convertido en presidente de la República Checa, abriría las puertas del palacio de gobierno a Frank Zappa.

La melancolía simplona e individual de *La insoportable levedad del ser* no es la melancolía incisiva y contextualmente acreditada en *Un pequeño apocalipsis* (1993), la película de Constantine Costa-Gavras, cuyo asidero histórico son las zozobras de algunos intelectuales franceses de izquierda luego del ocaso comunista. Al rodar también de otro modo la batalla de Praga, Costa-Gavras, sin dejar de denunciar las purgas estalinistas en su filme *La Confesión* (1971), dedicaría el final de éste a un afiche políticamente elocuente en las calles praguenses de 1968: “Lenin despierta, se han vuelto locos”.

Este peso de la historia, recogido por Angelopoulos o Costa-Gavras, desaparece en el régimen *presentista*. Clave en su hechizo, el *presentismo* representará el siglo XX como una época sanguinaria y opresiva. Por contraste, el siglo XXI merecerá un tratamiento positivo

e ilusionante tras dejar atrás las amenazas a la democracia. Luego de 1991, a decir de este relato, el mundo vivirá el *boom* de la libertad. Esa libertad, sugiere Žižek (2008), recrea las democracias desideologizadas y el individualismo social. ¿De qué manera el cine refleja este tiempo histórico asumido como venturoso? Antes de responder esta pregunta, una digresión de la democracia como clima cultural resulta oportuna. Desarrollaré primero esto a nivel histórico para ligarlo después con expresiones en la música y en la literatura, luego de las cuales retornaré al hilo de los efectos cinematográficos.

El triunfo de la democracia liberal sobre el comunismo, el fin de la historia y aun el eclipse del posmodernismo y su muda a la hipermodernidad son modelos teóricos producidos para explicar la legitimidad de la democracia y la falta de alternativas. El *presentismo* transmite así la creencia en el liberalismo como última imaginación ideológica. Para esta idea, la sociedad es, de hecho, el derivado de intereses individuales una vez que la subjetivación de la acción es reconocida como racionalidad predominante. La razón aquí sublimada es la formal-instrumental, la de medios-fines, la que acepta la igual validez de los objetivos y admite sólo el análisis de los medios para satisfacerlos. Ese relativismo epistemológico es un basamento armónico con la democracia liberal. La victoria histórica de ésta, habría que recordarlo, no ha sido sólo sobre el comunismo. Igualmente derrotada ha sido la concepción socialdemócrata y su erosionado acento de *democracia social* como horizonte futuro no reducido a valores liberales de la política.

Mencioné ya que el ojo *presentista* tematiza el siglo XX como fase atroz. En películas como *La vida de los otros* (Florian Henckel von Donnersmarck, 2016), ese pasado ominoso es puntillosamente descrito. Esa inspección es, sin embargo, menos sagaz con las razones invisibles, insertas en el imaginario popular, del por qué aquellos regímenes fueron de algún modo aceptados más allá de la represión. Un clásico como Étienne de la Boétie sugirió en el siglo XVI, en su ensayo *Discurso de la servidumbre voluntaria*, que el miedo no es el único recurso de legitimidad política. *Good Bye Lenin* (Wolfgang Becker, 2003), acuciosa como *La vida de los otros* en desnudar la opresión en

la Alemania oriental, contempla sutilmente, en la nostalgia de los ya libres pero marginales alemanes capitalistas, alguna extraña pero entendible adherencia al “pequeño y gris país” sepultado. Desde adentro de esos fatales, pero normativos lazos totalitarios, la película eslovaca *La Maestra* (Jan Hřebejk, 2017) muestra la habituación a un sentido cultural del orden.

Esa melancolía irracional no es, desde luego, retomada por el resurgimiento histórico (económico, arquitectónico, político) de los países excomunistas. En Bucarest, el Boulevard de la Victoria del Socialismo construido por Nicolae Ceaușescu ha sido rediseñado con las tiendas más fastuosas. La misma reinstalación luce el enorme edificio que mira de frente al Kremlin en la Plaza Roja de Moscú. En Praga, y en todos los idiomas, las agencias turísticas ofrecen viajes para conocer e inmediatamente repeler la vida en el comunismo. A la salida de una de estas excursiones por *bunkers* acondicionados, la siguiente escala es un paseo por la Avenida París cuya suntuosidad opaca al viejo barrio judío. Recorrer ahí La Plaza de la República, consagrada en la nueva narrativa histórica como el origen de la revolución democrática, tiene el gracioso *plus* de poder acceder a un McDonald's colindante con un Museo del Comunismo. En Budapest, finalmente, el impresionante Museo del Terror acierta en develar los aparatos de control soviético, pero pifia en la asimilación histórica del comunismo y el nazismo. Puestos a reconsiderar su presente, los gobiernos húngaros han decidido, como muestra de la reinención *presentista* del pasado, encumbrar su decimonónico imperio magiar. ¿Y el pasado fresco, el de 1945-1990? Fuera de Budapest, poco accesible para los visitantes y aun para los locales, el macabro Parque Memento conserva de mala gana estatuas del período soviético.²

Con estos antecedentes, que continúan reelaborándose desde un presente ubicuo, la democracia goza de un soporte para reforzar el

² Debería entreverse, pero lo subrayo: esta ojeada a un pasado reciente no es una defensa de algún u otro sistema de gobierno, pero sí de un relato histórico cuya complejidad es regateada.

futuro como ampliación del *statu quo* sobre el que el liberalismo político y la economía neoliberal se legitiman. Como escenario de fines individuales e irreductibles, es afortunado que la democracia se desatienda de grandes y falaces verdades objetivas. Esto tiene, sin embargo, un impacto considerable en la forma en que una sociedad define el lugar y contenidos de la política, así como el modo de relacionarse con este imaginario. La política democrática produce sus propias redes imaginarias y culturales, y de ello no son inmunes las expresiones artísticas. La encomiada transición democrática española es, por ejemplo, indisociable del fenómeno cultural de *La Movida* en el que anteriores cantautores de protesta fueron relegados por el éxito comercial de grupos como *Kaka de Luxe* (antesala de *Alaska y los Pegamoides*). El *rock* urbano, avenida a la primavera democrática, cosechará resonancia así cuando, ya sin la figura de Francisco Franco y su nacional-catolicismo, la ideología libertaria de los estilos de vida funja como manantial de inspiración. “Era casi fácil rebelarnos contra ti, en el sindicato, en un papel”, canta Víctor Manuel, el mismo que añora las letras contra Franco, pero alcanza su mayor popularidad con la interminable *La puerta de Alcalá* (“mírala, mírala”).

Para la generación de la que soy parte, Joaquín Sabina encarnó ese aire libre, democrático, cínico con las ilusiones sociales y capaz de musicalizar los desengaños de quien vive en la calle melancolía y pisa el acelerador. Hoy que Sabina, víctima del *presentismo* histórico, es una reliquia por la que los jóvenes no sienten debilidad, es interesante recordar que su trayectoria es la del artista devenido en *rockero* urbano luego de presentir la muerte de la música, las identidades y los ritos de izquierda. No hablo de posturas de los individuos, sino de lenguajes artísticos trasfigurados en la democracia.

Sartori (1991) pensaba con tino que los ideales no son iguales en el autoritarismo y la democracia. Que se componga y cante distinto en uno u otro régimen, es cosa simple de constatar si se piensa en la obra del uruguayo Alfredo Zitarrosa, sin *punch* en una atmósfera democrática. Más acá de este fácil ejemplo, resulta intrigante descubrir que las mejores piezas de Charly García (columna del *rock* argentino) fueron

hechas teniendo de fondo la junta militar de 1976 a 1983. *Canción de Alicia en el país*, *Inconsciente colectivo* o *Viernes 3am* son excelsas en su forma sofisticada con músicas y letras elípticas para hablar de lo entonces proscrito. Escritas cuando García conducía el grupo *Serú Girán*, esas obras maestras preceden a la primavera democrática de Raúl Alfonsín, y su soplo palpita aún en la trilogía *Yendo de la cama al living* (1982), *Clics modernos* (1983) y *Piano Bar* (1984). Es un exceso (pero vale arriesgarlo) pensar que el declive de este artista corre paralelo con la quebradiza forma argentina de la democracia. “Este país tiene mucho futuro; sólo le falta saber cómo sobrevivir al presente”, hacía decir el cineasta Eliseo Subiela a uno de sus personajes en *El lado oscuro del corazón* (1992).

Pensemos ahora en el trabajo del escritor chileno Alejandro Zambra. Su obra, afirma él en entrevistas, es parte de una generación cuya madurez en la democracia provoca suspicacia política hacia las instituciones, normas y valores tradicionales. Somos la primera generación que, por desconfiar, desconfiamos hasta del amor y la familia, reflexiona este literato representativo de los vértigos democráticos.

Nacido en 1975, y autor de relatos adaptados al cine (*Bonsái*, 2001, Cristián Jiménez; *Vida de familia*, 2016, Alicia Scherson y Cristián Jiménez), Zambra vivió su infancia en la dictadura pinochetista y es un testigo de los ensueños de que la democracia fuese una etapa del todo distinta. Su escritura es de algún modo un muestrario de las tensiones del cambio hacia un régimen democrático, que si bien es el inicio de una nueva época, mantiene lastres de un pasado autoritario y no brinda un programa de futuro alternativo. Para algunos demasiado posmoderna, la narrativa de Zambra es fragmentada y brumosa, pero su pluma conserva y jerarquiza todavía el relato de una historia. Aunque no de manera clásica, la construcción de personajes dentro de una narrativa coagulante es un estilo que sitúa a Zambra entre dos períodos y dos modos de narrar.³

³ Esa voluntad de no reproducir moldes tradicionales, sin llegar empero a la desestructuración como modelo narrativo, es también una marca de autor del cineasta Marco

Pero volvamos a la autopercepción literaria de Zambra, quien liga el clima democrático con la discreta tristeza de sus ficciones engañosamente humoristas. ¿Puede la democracia constituirse en un marco de formas expresivas de las oportunidades y límites de los individuos? En los libros de Zambra, *Bonsái*, *La vida privada de los árboles*, *Formas de volver a casa*, *Facsímil* y *Mis documentos* la atmósfera del cambio democrático actúa, ciertamente, como un medio en el que las confusiones adquieren explicación. El intervalo de las transiciones, plausible detonador de la inseguridad de sus personajes, motiva el sentimiento de extravío de quien no encuentra una forma de volver a casa porque ese hogar metafórico de relaciones frágiles y difusas está en entredicho. ¿Qué es la sociedad? La agregación de decisiones libres e individuales, respuesta de la democracia *presentista* a esta pregunta, confirma esa falta de certidumbres.

El análisis institucional de la democracia, advierte el sociólogo Norbert Lechner (1990), ha subestimado el estudio de los inconscientes colectivos; ese tipo de análisis es ciego a los miedos y expectativas de personas que no obtienen de la democracia lo que tampoco ésta posee: un sustituto del sentido y orden social que precede a las instituciones políticas y que el cambio global ha deteriorado. La democracia no ofrece ningún sentido de la vida, desentrañó con lucidez Octavio Paz, aquilatando el vacío colectivo que la desafía.

Parte congénita de esa noción del orden es la visión normativa de futuro, esto es, la posibilidad imaginaria de un porvenir diferente y mejor. La evaporación de ese horizonte es un proceso *presentista* del que la narrativa de Zambra (asumiendo lo que Lechner reclama a la academia) da cuenta a través de una dulce pero contraproducente melancolía. El desarraigo social, como condición del orden prevaleciente, se traduce en la obra de Zambra en el naufragio de personajes escindidos por la imposibilidad de que sus elecciones privadas guarden coherencia con un entorno social desarticulado. El discurso teórico de

Bellocchio, quien en *Vincere* (2009) articula un acercamiento no convencional sobre Benito Mussolini y el fascismo italiano.

la ciudadanía, agrega Lechner, es impracticable bajo un modelo económico que privatiza el espacio público. Sobre ese desfase trabaja la literatura de Zambra.

Como una generación previa, mayormente afectada al estar comprometida con la ideología revolucionaria, el cineasta argentino Adolfo Aristarain resiente de manera trágica la derrota del porvenir proyectado. La sensación de amargura es evidente en su película *Roma* (2004), donde su protagonista apuesta por la reclusión. El quiebre entre lo público y lo privado es una herida generacional que Aristarain expone admitiendo la privatización de los ideales: “tu país se acabó, no existe (...) no te sientas culpable de nada, cuando se trata de seguir vivo no hay reglas, las reglas las borraron, vale todo (...) el futuro existe: se compra con dinero”, le receta a su hijo el protagonista del filme *Lugares comunes* (2002). “La izquierda a lo sumo puede ser una actitud moral que nunca va a salir de la esfera de la vida privada”, concluirá ese mismo personaje septuagenario, cascarriabios y nostálgico.

En el sistema democrático, el discurso del cine toma nota de un hegemónico *presentismo* que proclama su inevitabilidad. El cine bajo el neoliberalismo, como estudia Ignacio Sánchez Prado (2017), es una caja de resonancia de esta política despolitizada.

3. El *presentismo* en el cine

Definido por la inviabilidad de un futuro distinto, el *presentismo* supone un presente acelerado, cuyo resultado es la propia ilegibilidad de lo social, es decir, la carencia de una autorrepresentación con la que la sociedad se identifique y a partir de la que las elecciones personales distingan una *metaentidad* capaz de establecer límites. La superimposición del interés general a los derechos individuales se esfuma cuando lo común y lo público son una distopía. Esta ilegibilidad de lo social inutiliza los mapas cognitivos, interpretativos e ideológicos de la vida social. La dicotomía izquierda-derecha, como parámetro de ese

orden ajado, entra así en crisis. Pero el supuesto mundo posideológico no ha reducido, sino aumentado, la falta de puntos orientativos. Este déficit de directrices, vivido originalmente como liberación posmoderna, es remplazado por una hipermodernidad regresiva en la que los individuos padecen el desorden sistemático de sus incertidumbres.⁴

Nanni Moretti, el cineasta italiano, ha conseguido hilar en imágenes esta perpleja contracción de lo social. *Palombella rossa* (1989), filme rodado justo antes de la defunción del Partido Comunista Italiano, visio-na la pérdida de identidad de un militante huérfano de lo que anudaba su mundo individual y colectivo. *Caro Diario* (1993) ahonda en las vacilaciones de un personaje privado de asideros sociales. En *Abril* (1998), y filmando la campaña electoral en marcha, el personaje de Moretti sintoniza el debate televisivo entre Silvio Berlusconi y el candidato del nuevo Partido Democrático —donde algunos retazos comunistas fueron a parar. “Pero di algo de izquierdas”, grita este personaje a su candidato, para después, abatido por el centrismo democrático en el que la izquierda se ahoga, tomar el coche y clamar que “de tanta moderación lo único que obtendremos será una paliza el día de las elecciones”. *El caimán* (2006), película que Moretti dedica al imperio televisivo, económico y gubernamental de Berlusconi, es un cuadro sarcástico del reorden neoliberal. El hecho de cómo la mentalidad de los italianos ha cambiado por la televisión de Berlusconi, es un asunto plasmado en este filme. *Mia Madre*

⁴ Esta ansiedad por un presente sin garantías alienta cierta repolitización alrededor de preocupaciones como la precarización laboral y el desempleo, la ecología, la emigración, el género, la identidad sexual, el regionalismo o la multiculturalidad. Sobre temática laboral son muy destacables las películas *Mi Piacere Lavorare* (Francesca Comencini, 2004), *Los lunes al sol* (Fernando León de Aranoa, 2002), *The Full Monty* (Peter Cattaneo, 1997) o el cine pertinaz de los hermanos Dardenne (*Rosetta*, 1996; *Dos días, noche*, 2014; entre otras). La catástrofe de la emigración es observada en el cine italiano en *Saimir* (Francesco Munzi, 2004), *Tierra Firme* (Emanuelle Crialesse, 2011) y *Fuego en el mar* (Gianfranco Rosi, 2011). Para una crítica al realizado multiculturalismo, *Mi hermosa lavandería* (Stephen Frears, 1986) es un referente. Las cineastas Nadine Labaki (*Caramelo*, 2007; *¿Y ahora adónde vamos?*, 2011), Sabina Guzzanti (*La Trattativa*, 2014) o Alice Rohrwacher (*Cuerpo celeste*, 2011) desarrollan una forma y estilo más allá del género.

(2015), la más reciente cinta de Moretti, hace escarnio de los tiempos políticos presentando como parodia una añeja forma radical de la política. En este filme, su protagonista es una directora que rueda una historia de cine político sin poder, empero, despegarse de sus prioridades personales. Esta contradicción y este desamparo, relacionados con un presente absoluto y la falta de una verdadera y prospectiva alternativa, son un rasgo de la historia *presentista*.⁵

Además de absolutizar el presente y difuminar el futuro, *el presentismo* profesa una nueva conexión con el pasado. Esa novedosa liga propone una historicidad para la que el pasado habría sido un lugar infinitamente peor que el presente, y del que no valdría la pena rescatar más enseñanza que la de una espantosa prehistoria ideológica.

Esa invocación del pasado incluye distintas variaciones. Una de éstas es la idealización del siglo XIX como un momento de mayor orden, en el que el flujo social seguía un molde liberal y civilizatorio, destruido luego por gobiernos democráticos que claudicarían ante el totalitarismo. Con ese espíritu, la serie televisiva inglesa *Downton Abbey* sobrepone la nobleza de una estructura clasista a la exclusión autocrática en la que ésta se apoyaba. Volver al pasado, así sea con una muy elaborada añoranza, implica una narrativa imposibilitada de pensar el futuro. Esta historicidad *presentista* dará lugar al relato de la *Memoria* como un recurso separado de la *Historia* como registro objetivo, verificable y en permanente ajuste con datos y herramientas epistémicas.⁶ La historia como ciencia es, después de todo, otro

⁵ La fascinación por Berlusconi es analizada en la muy divertida película *Bellusccone. Una storia siciliana* (Franco Maresco, 2014). La serie televisiva italiana *1992* (Alessandro Fabbri, Ludovica Rampoldi, Stefano Sardo, 2015) es un buen pasaje de entrada al escándalo de Tangentópolis que determinó el ocaso del sistema tradicional de partidos y el ascenso de Berlusconi. *El capital humano* (2013) y *Caterina va a la ciudad* (2003) son dos películas de Paolo Virzì que muestran cómo en la década de los 90 las diferencias ideológicas dejan de ser en Italia diferencias de clase social. Para el caso de México, la *opera prima* de Gael García (*Déficit*, 2007) exterioriza el clasismo social.

⁶ Una discusión sobre Historia y Memoria en Traverso (2011), *El pasado, instrucciones de uso*.

metarrelato impugnado como relativo, etnocéntrico y mendaz. De ahí el remplazo del discurso histórico, considerado frío y aséptico, por el cultivo de la memoria prestigiada como cercana, humana, subalterna o empática.

Este elogio de la memoria tiene una variación democrática interesante. En algunos casos de forma simple, la superioridad de la democracia es expuesta por relatos históricos sobre la ferocidad de un momento previo. En el cine, ese cotejo está presente en la ya aludida *La vida de los otros*, pero también en películas sobre una época sobreideologizada que llevó a grupos extremistas a tomar las armas. Si ese fanatismo era la opción, la democracia resalta como un idealizado punto de estabilidad. Filmes como *La Tercera Generación* (Rainer Werner Fassbinder, 1979), *Facción del Ejército Rojo* (Uli Edel, 2008) o *Si no nosotros, quién* (Andres Veiel, 2011) sobre la banda terrorista alemana Baader-Meinhof, transmiten esa encrucijada. Para el caso de Italia, *Buenos días, noche* (2003), de Marco Bellocchio, materializa con una aproximación intimista esa misma locura desmandada en las Brigadas Rojas que asesinaron a Aldo Moro.⁷

La nueva izquierda que referí es objeto frecuente de ese juicio *presentista* del pasado. Esa revisitación es activada por el deseo de investigar qué pasó entonces que pueda ayudar a entender el presente. En películas como *La Colmena* (Thomas Vinterberg, 2016) o *El hombre de mármol* (Andrzej Wajda, 1976), la mirada será ácida y punzante. En *La Colmena*, la utopía de las comunas *hippies* es mostrada como un sitio en el que la fraternidad es lo único que no existe. Dominadas por la indiferencia social, el egoísmo, el tedio y el abuso de lo común, aquellas comunas habrían sembrado el venidero espíritu neoliberal. Sobre esa fractura de las instituciones sociales y de la autoridad estatal se habría montado la condición hipnótica del neoliberalismo.

No todas las vueltas al pasado desembocan en un saldo pesimista. Ken Loach, quien para mantener su vena crítica pareciera necesitar del

⁷ Sobre la responsabilidad en este suceso de la Democracia Cristiana, y particularmente de Giulio Andreotti, Paolo Sorrentino filmó en 2008 la estupenda *El Divo*.

pasado más remoto, ofrece en *El viento que agita la cebada* (2006), *Días de esperanza* (1975), *El espíritu del 45* (2013) o *Jimmy's Hall* (2014) una esperanza de futuro asentada en el replanteo de lo que, si bien torcido, pudo ser distinto. La solidaridad irlandesa ante la invasión británica, el acceso del Partido Laborista al poder, la construcción del *Welfare* o la generosidad de la clase obrera a fines del siglo XIX constituyen en la filmografía de Loach intentos por contrariar el *presentismo* y ofrecer una contrapropuesta en la forma de historizar el pasado.

En América Latina, el desencanto con la democracia induce también como materia el examen de un pasado predemocrático. En términos románticos, la novela de Patricio Pron *El espíritu de mis padres sigue subiendo en la lluvia* rinde homenaje a una generación de militantes que decidió tomar el cielo por asalto. Ellos lucharon, nosotros no, discierne Pron en una ficción sobre la memoria política y la melancolía del vencido.

En el cine sudamericano, desde *La Historia Oficial* (1985) de Luis Puenzo, el relato del proceso dictatorial se ha convertido ya en un subgénero. *Garage Olimpo* (Marco Bechis, 1999); *La Batalla de Chile* (Patricio Guzmán, 1975-79); *Nostalgia de la Luz* (Patricio Guzmán, 2010); *Montoneros, una Historia* (Andrés Di Tella, 1998); *Tupamaros: La Fuga de Punta Carretas* (Matías Gueilburt, 2010); *El premio* (Paula Markovitch, 2011); *Pasaje de vida* (Diego Corsini, 2015); *El beso de la mujer araña* (Héctor Babenco, 1985); *La mirada invisible* (Diego Lerman, 2010); *La noche de los lápices* (Héctor Olivera, 1986); *Estadio Nacional* (Carmen Luz, 2002); *La noche de 12 años* (Álvaro Brechner, 2018); *Machuca* (Andrés Wood, 2004); *Allende en su laberinto* (Miguel Littín, 2014); *Vidas privadas* (Fito Páez, 2001) o *Crónica de una fuga* (Israel Adrián Caetano, 2006) son sólo algunos de los títulos que dibujan y/o reinventan ese pasado a partir de la memoria de quienes subjetivamente lo recuerdan, o de quienes a partir de la memoria ajena transferida (*posmemoria*), reciben y reinterpretan la rememoración de quien sí lo vivió.⁸

⁸ La *posmemoria* es, en efecto, una variante de la memoria caracterizada por un recuerdo no directo o personal sino desplazado hacia quien observa y trabaja sobre

Allende mi abuelo Allende (Marcia Tambutti, 2015) y *Calle Santa Fe* (Carmen Castillo, 2007) son dos películas emblemáticas de este esfuerzo. En la primera, la nieta de Salvador Allende pregunta a su madre, tías y abuela por la memoria del expresidente de Chile. De este empeño sobresale un retrato contradictorio y “humanizado” de Allende, pero también la aún más sugestiva renuencia de sus hijas y viuda a develar un legítimo patrimonio privado. *Calle Santa Fe*, por otra parte, es una película de Carmen Castillo sobre Miguel Enriquez, el fundador en Chile del Movimiento de Izquierda Revolucionaria asesinado en octubre de 1973. La memoria que de Enriquez guardan sus viejos compañeros políticos, y la que de él han producido activistas nacidos después de su muerte, es el tema que la directora reconstruye. Carmen Castillo es la viuda de Miguel Enriquez y sobrevivió al ataque en el que su marido perdió la vida. De esas memorias y posmemorias tratan las autocríticas de militantes convencidos hoy de haber errado, pero también las esperanzas de quienes proyectan hacia el futuro un legado que les interpela.

Aun en estos casos, donde el cine rehabilita un pasado opuesto a la reminiscencia sesgada por el filtro democrático, el denominador común es, sin embargo, la imposibilidad de pensar el futuro con otras claves, no sólo diferentes al aura neoliberal, sino a la melancolía que va de la actitud crítica al inmovilismo conservador. Para cerrar este capítulo recurriré a dos películas que enmarcan estas formas melancólicas: *Tierra y Libertad* (1994), de Ken Loach, una obra interesada en la Historia como relato conflictivo y verificable; y *La culpa es de Fidel* (Julie Gavras, 2006), un filme de Memoria subjetiva.⁹

cómo otros recuerdan sus recuerdos; como placebos, estas memorias prestadas son así el mecanismo para “conocer” un pasado sin las incertidumbres ni la plasticidad ideológica del presente. Sobre memoria y posmemoria: Mudrovic y Rabotnikof (2013).

⁹ Estas dos formas de melancolía, una *crítica* y otra *resignada*, en Traverso (2016), *Left-Wing Melancholia*.

La culpa es de Fidel

La culpa es de Fidel es la *opera prima* de Julie Gavras, quien después de esta película rodaría *Late Bloomers* (2011). Este tándem cinematográfico es claramente identificable con el régimen de historicidad *presentista*. A efectos de lo que aquí me interesa, me concentraré en *La culpa es de Fidel* como un ejercicio de memoria subjetiva sobre sucesos históricos contados desde la mirada de una niña como personaje central y voz narrativa.

Resulta imposible obviar que Julie Gavras es hija de Constantine Costa-Gavras, el cineasta griego-francés conocido como un autor eminente del cine político clásico. Por clásico me refiero aquí a una representación de la realidad social configurada por un contexto histórico en el que los partidos, los sindicatos, los movimientos sociales, el Estado o las guerrillas constituían referentes de lo político. El mundo del nazismo, del totalitarismo soviético, de la posguerra, de la Guerra Fría o de las utopías revolucionarias es en esencia el músculo fílmico de Costa-Gavras. Historias sobre Auschwitz (*Amén*, 2001); las purgas estalinistas (*La confesión*, 1971); el colaboracionismo nazi-francés (*Sección especial*, 1975); la extrema derecha norteamericana (*El sendero de la traición*, 1987); la dictadura chilena (*Desaparecido*, 1981); la guerrillera urbana en Uruguay (*Estado de sitio*, 1973); el militarismo griego (*Z*, 1969); la devastación económica y moral del neoliberalismo (*Arcadia*, 2004; *Edén al Oeste*, 2009; *El capital*, 2012) conforman el *corpus* cinematográfico de este director. Resulta útil apreciar este prontuario para entender el cambio generacional en temas y mediaciones políticas de *La culpa es de Fidel*.

La culpa es de Fidel ofrece una radiografía de la nueva izquierda francesa. Situada en 1973, la película transcurre en su mayor parte dentro del departamento de unos esposos burgueses parisinos, entregados a una lucha política frente a todos los cauces autoritarios de la sociedad. Contra el capitalismo, pero también contra el socialismo burocrático, la izquierda de la que este matrimonio francés es parte optará por una nueva representación política de la realidad capaz, en ese

entonces, de admirar la Revolución Cultural china como un combate antiburgués. La politización por las reyertas anticoloniales, así como el hallazgo del Tercer Mundo, son también alardes de esa izquierda alternativa. El matrimonio, devoto del principio “lo personal es político”, está convencido de educar a sus hijos en una emergente forma de solidaridad que sustituye al internacionalismo proletario y la lucha de clases por las aristas culturales de lo político.

A la ausencia cada vez más espaciada de sus padres, los hijos de esta pareja sumarán la turbación de involucrarse en protestas callejeras que no entienden. El golpe de Estado en Chile significará un paso más hacia el extremismo de los mayores a su alrededor. Su confusión, y la pérdida de su universo infantil, aumentará al tener que compartir su casa con una célula militante que los padres hospedan. Después del arribo de este grupo, la cámara remarcará el ángulo claustrofóbico de la acción. Encerrados en una esfera de adultos, los pequeños hermanos recibirán acusaciones a su conducta pequeñoburguesa y atenderán debates sobre imperialismo, amor libre y derecho al aborto.

La mirada en *La culpa es de Fidel* pertenece a la niña, quien como un ejercicio de memoria subjetiviza la fractura de su infancia y sus deseos de recuperar lo que la política le ha robado. Sus reclamos por no dejar de educarse en un colegio privado y religioso, por mantener los hábitos convencionales antes de la obcecación paterna, evidencian una sensatez contraria a la militancia fantasiosa de los adultos. La hija es una personificación, de hecho, de una generación que crecerá contra los valores políticos de padres ausentes. Su urgencia de estabilidad será la semilla del conservadurismo de los 80 y 90 que los hijos de una generación derrotada naturalizarán frente a la vibración utópica.

La generación transgresora del 68, la que esta niña recuerda en el filme, no concretó sus sueños. El mundo no recorrió la dirección que ellos pensaron. Los hijos de aquellos revolucionarios vocacionales o fortuitos madurarán así en una posmodernidad resuelta contra aquellos ideales. Disueltos los marcos colectivos, la generación venidera nutrirá el individualismo que para el régimen *presentista* es una propiedad fundamental de un nuevo orden. La memoria subjetiva de aquellas

derrotas funcionará como instancia legitimadora de la privatización de las metas personales.

Como clima cultural, esta nueva estructura de los sentimientos destacaría también en estilos literarios que renuncian a la perspectiva de la tercera persona y permutan la autoficción por la autobiografía. El individuo, tan seguro de que la comprensión del mundo puede emprenderse desde una conciencia subjetivizante, se narra a sí mismo en tiempos donde lo universal es suplantado por particularismos.

Tierra y libertad

En 1994 Ken Loach filma una de sus películas más potentes, *Tierra y libertad*, en la que honra a los combatientes de la Guerra Civil española (1936-1939). El año de aparición de este filme fomentará dos lecturas encontradas, probablemente imposibles si su rodaje hubiera sido una o dos décadas atrás. De grabarse en los 70, *Tierra y libertad* habría sido medida con el objetivo de exhortar la lucha política. Como tributo a un suceso axial, el clima de aquella época haría proclive su interpretación como una atinada relectura histórica y un creíble trazo hacia un futuro en disputa. Pero en 1994, decretado ya el fin de la historia, el triunfo de la democracia liberal había modificado la sensibilidad contextual.

Para algunos, conocida la firmeza política de su director, esta película buscaba significarse como una denuncia del espíritu deshistorizado de los 90. La película de Loach sería un mazazo a ese simplismo al profundizar en las complejidades de un conflicto en el que los ideales socialistas fueron dos veces derrotados. Según muestra el filme, el fascismo y el totalitarismo se impondrían al anarquismo socialista y sindical como un presagio de la definitiva derrota ante el capitalismo.

Para una segunda lectura, irreductible en su concepción del presente como único tiempo y realidad posibles, *Tierra y libertad* era una melancolía de autor y una prueba de su cólera inadaptada. Al perder

toda credibilidad la idea de un futuro distinto, para esta otra lectura Loach apelaba absurdamente a un pasado irrecuperable.

Tierra y libertad inicia en los años 90 con la muerte de su protagonista, David Carr, y el descubrimiento por parte de su joven nieta del pasado revolucionario de quien marchó de Londres a España para defender la República. La mirada en este filme pertenece a ese militante comprometido. La memoria de esta vida, asumida como episodio decisivo en el devenir de la historia, corresponde a una muchacha que comprende el arrojo político de su abuelo, convoca a sus compañeros de generación al funeral, y lee en ese acto un poema de William Morris consagrado al futuro (*The Day is Coming*).

La lucha político-ideológica plasmada por la travesía de David Carr impugna el olvido *presentista*. Lejos de la propaganda y acar-tonamiento, Loach airea las contradicciones de los revolucionarios desgarrados entre opciones incompatibles: ganar la guerra al fascismo o proseguir en la senda de la revolución; alistarse en el ejército estalinista o continuar en el anarquismo que objeta el pacto Stalin-Hitler. Quien abandona las milicias donde David Carr resiste, incluso este personaje desagradable que deserta, no recibe un tratamiento maniqueo; por el contrario: este soldado converso a las filas soviéticas es símbolo de un desencuentro inevitable. Por noble que fuera, la lealtad romántica no tenía ocasiones de victoria, como Loach hace ver (Traverso, 2016:106-111).

Las imágenes de *Tierra y libertad* reivindican el concepto dominante de lo político de sus años. La colectivización de la tierra es un tema que responde a esa agenda económica y aún no aisladamente cultural. El proyecto de una sociedad sin clases evidencia también aquel concepto de política jerárquicamente superior al mundo privado.

La disposición del individuo dentro de un orden social que le condiciona es cristalizada en una escena elocuente. En ésta, durante el viaje en tren de David Carr a España, un guardia solicita su identificación. Pronto y con orgullo, Carr muestra el *carnet* del partido comunista como única identidad. A ese gesto, visto por otros viajeros, sobrevendrá una solidaridad de clase, pues el vagón transporta a más

combatientes felices de acoger a quien practica el internacionalismo proletario. Esa herencia fraterna llega hasta la nieta de Carr, quien en los años 90 revalora la lucha de su abuelo y entiende las intersecciones dramáticas entre la historia y la memoria. Como una reapropiación del sentido faltante, un sentido que no disocia lo colectivo y lo personal, esta chica izará el puño y devolverá al cadáver de David Carr un puñado de tierra que él había traído de los latifundios colectivizados en España.

Conclusiones

Tierra y libertad ha sido leída como la melancolía de un director desconectado del presente. Repensar críticamente la historia no halla en el ambiente *presentista* una sensibilidad empática con la tensión entre pasado y futuro. Ese superado régimen de historicidad es el tiempo artístico de los filmes de Loach. La recepción de éstos, como un ejercicio de pesadez nostálgica, dice más sobre el temple contemporáneo que sobre la condición monotemática de este director. Es cierto que Loach filma siempre la misma película, pero la crítica usual a su cine (“moralizante, anticuado”) es también así de repetitiva.

Este escepticismo no es dirigido de manera unívoca a un tipo de cine que legítimamente puede no gustarnos. Se trata, más bien, de un desapego general a la política y a la idea utópica de la reorganización social. De la política se espera hoy una resolución gerentista e inmediata de las cosas más allá de las ideologías; si éstas estorban a esa eficiencia qué mejor que una política diligente con las urgencias del *presentismo*.

Después de *La culpa es de Fidel*, Julie Gavras filma *Late Bloomers*. Como un signo de los tiempos poshistóricos, el filme tiene como protagonistas a un matrimonio sexagenario adicto a la nueva ideología de los estilos de vida y la autosatisfacción. Alimentación energizante, indumentaria juvenil, aerobics y otras alquimias harán parte de este desfile de lo que pueda agitar la vida después de los sesentas. La obviada

inexistencia de apuros económicos es, desde luego, una precondition para que esta pareja goce de un *revival* de sus instintos y capacidades. El derecho de las mujeres y hombres de la tercera edad a una vida sexual activa es, en definitiva, la válida, pero muy contextual, demanda política sobre la que el filme gira. La emancipación, antes social, se traslada aquí al perímetro de una alcoba donde los valores en ristre son privados.

“Envejecer con dignidad era una blasfemia”, recuerda Joaquín Sabina en *Leningrado*, una canción ubicada en los 70 cuando se glorificaba morir joven y rebelde. Aquella generación, avenida a un cambio de valores, es sobre la que *Late Bloomers* tematiza ahora la importancia del cuidado absoluto y la calidad de la existencia bajo una política de vida subjetiva. Que los sueños revolucionarios no se cumplieran tiene ahora por desenlace este encierro en los melodramas de la edad, la esbeltez y la expresividad. Reflejando en la pantalla un tiempo social donde la vida intramuros se divisa como refugio de la desarticulación política, el cine da cuenta de este *impasse* histórico.

II. La literatura política en democracia

Como otro de sus impactos, la transición a la democracia en América Latina transformó la literatura. El momento previo a este cambio fundamental fue un orden autoritario contra el que muchos literatos apoyaron el ideal de la revolución. En aquel canon, intelectual y compromiso político eran palabras contiguas. Estudiar entonces ciencias sociales implicaba adscribirse al marxismo o a la teoría de la dependencia y convertirse en lectores de novelas y relatos del cambio radical, así como en devotos del cine político.

A decir de Rafael Rojas, desde los 50, y durante golpes de Estado reincidentes hasta 1976, la Guerra Fría opuso en América Latina dictaduras y revoluciones. “Mientras las derechas recurrían al autoritarismo, las izquierdas se volcaban a la revolución” (Rojas, 2018:10), marcando un tiempo en el que “entre tanta dictadura de derecha, el

experimento cubano parecía una razonable y defendible dictadura de izquierda” (Rojas, 2018:151).

¿Cuál debe ser la forma poética y política de intervención literaria en la realidad? Alrededor de esta pregunta, insoslayable a la vera del fulgor de la Revolución Cubana, los debates más enconados incitarían dos visiones: a) la de algunos escritores “comprometidos”, para quienes resultaba equivocado establecer normas de trabajo intelectual fuera de la Revolución; y b) la de los nombres más ilustres del *boom* literario, coincidentes en una defensa de la soberanía estética.

La resistencia al *dictum* castrista “con la revolución todo, contra la revolución nada”, destinada como estaba a colapsar con la burocracia cultural cubana, explotaría en 1971 cuando el encarcelamiento en La Habana del poeta Heberto Padilla y su esposa (también poeta) Belkis Cuza agravó las diferencias de muchos escritores con la idea de una literatura como arma de la revolución. De burguesa y decadentista, comenzará entonces a ser criticada la literatura (Cortázar, Vargas Llosa, Fuentes, Lezama Lima, Sarduy, Edwards, Puig) discolta a acatar el realismo socialista. En palabras de José Donoso, los escritores del *boom* transitarían así de la fe primera en la causa de la Revolución Cubana a la desilusión (Rojas, 2018:195). La literatura formaba parte del conflicto ideológico de la época; de ahí sus entonces frenéticas relaciones con la historia social y la historia cultural.

Recordar con distancia aquella literatura política, y sortear la innecesaria nostalgia, tiene en la democracia una fuente de ese viraje. La democracia niega la revolución como utopía y redefine las sensibilidades al delinear una atmósfera cultural en la que el colectivismo ideológico retrocede. Este cambio no es casual, pues hace parte de procesos sistémicos como la globalización, el neoliberalismo o un imaginario social asaz diferente.

Si esto es así, me interesa reflexionar en torno a preguntas como: ¿de qué modo la literatura experimenta el ecosistema democrático?, ¿cómo el hábitat democrático redefine los códigos literarios? Sin alternativas a la democracia de mercado luego del *fin de la historia*, ¿cómo gravitan en los relatos literarios la modernidad cosmopolita, el

mercado editorial, la mediatización, el individualismo social, el profesionalismo o el desideologizado concepto prevaleciente de política?

En la primera parte de este capítulo, compendio el caudal de cambios que nutrieron nuestro actual espíritu de la época. Entre éstos, hay uno decisivo para observar afectaciones en la novela política emanadas de la democracia. Me refiero al cambio de la noción y práctica de la política. En democracia, dirá Ricardo Piglia (2001), la política mutó en lo que de la realidad no puede modificarse. Entendido como “crisis de la política”, ese reajuste es un dilema de las transiciones democráticas (Lechner, 2002).

En una segunda parte, vinculo cambio social y nuevos relatos literarios de la política mediante obras que ilustran modos de des/atar el presente democrático de un pasado sobrecargado de ilusiones ideológicas. Son cuatro formas literarias de las que me ocupo: 1) la que transita el pasado y resignifica la democracia; 2) la que reniega de éste como un tiempo trastornado; 3) la que lo rememora míticamente; y 4) la que retiene críticamente el pasado, subrayando una tensión con el presente sin la que el futuro sería inviable.

1. El cambio cultural de la democracia

Decía que la nueva sensibilidad literaria contrasta con un canon previo en el que muchos escritores fueron cercanos a la izquierda revolucionaria. Decía también que aquel período comenzó su declive con la resignificación de la democracia como régimen deseable. Hasta los 70, el prevaleciente clivaje intelectual *revolución/democracia* visualizó la democracia como forma equívoca y burguesa de gobierno. El remplazo de ese dualismo por otro, *democracia/autoritarismo*, en el que la democracia reaparece como la lucha social contra las dictaduras, fue producto de la derrota revolucionaria acribillada militarmente.

Cambiar la vida forzaba la violencia social. Alejado de la democracia, aquel espíritu fue el fermento con el que discusiones sobre el

deber político de los escritores asentaron el compromiso de escribir novelas revolucionarias, o incluso suplir la pluma por el fusil. Escritores como Haroldo Conti o Rodolfo Walsh se convirtieron así en militantes desaparecidos por las dictaduras. Algunos como Roque Dalton fueron ultimados por sus compañeros guerrilleros. Con más suerte, otros partieron a un exilio que les radicalizó.¹⁰ *El cumpleaños de Juan Ángel*, una novela de Mario Benedetti, tejió la ficción de un burgués apocado renacido en un líder guerrillero. Sobre la guerrilla versó también *El libro de Manuel*, de Julio Cortázar. Dedicada al único de los movimientos que triunfó emulando al de Fidel Castro, la novela *La montaña es algo más que una inmensa estepa verde*, del guerrillero nicaragüense Omar Cabezas, fue en su momento muy leída. Las novelas de Sergio Ramírez, la poesía de Ernesto Cardenal y de Gioconda Belli, las crónicas del *Comandante Cero* Edén Pastora, y hasta los ímpetus literarios de dirigentes sandinistas como Tomás Borge hicieron parte de ese clima.

Como contexto internacional, la derrota del comunismo y el fervor por las sociedades democráticas y prósperas establecerían los referentes de los procesos de cambio en América Latina. De esta manera, como marcas estructurales, la globalización y la búsqueda de libertades moldearían un cambio social representado por una teoría de la modernización que volvió a vincular crecimiento económico (mercado autorregulado) y desarrollo político (libertad y derechos humanos ligados al liberalismo y la democracia). El efecto cultural de ello sería el de una nueva estructura sentimental (Harvey, 2012) en la que las libertades individuales corrieron en dirección opuesta a los derechos sociales y económicos.

El cambio de la política ha sido una deriva de estas transformaciones. Con el recorte y rearmado del sentido político, mutan, en efecto, el sitio, los actores o las disputas con las que lo político se relaciona.

¹⁰ La lábil frontera entre lo legal y lo clandestino en la dictadura argentina es un tema de la novela de Ricardo Piglia *El camino de Ida*, así como del tomo II de sus memorias (*Los diarios de Emilio Renzi*).

Argüido el fin de las clases sociales, no es extraño así que la individualización se traduzca en agendas políticas alrededor de la identidad, multiculturalismos, estilos de vida, prácticas sexuales o hábitos de consumo.

Cuando percibimos que la generación de escritores o cineastas crecidos bajo la democracia hacen un arte diferente al de los 70, es importante no obviar una atmósfera en la que representar al proletario o a un partido revolucionario dejó de tener asideros empíricos. Nada raro que una nueva sensibilidad resultante se decante por relatar la suerte personal de individuos desarraigados de lo social. Mi personaje “opina que el único objetivo vital realmente serio y respetable es la búsqueda de la felicidad y de la libertad”, resume de su primera novela (*Hoy he conocido a alguien*) Milena Busquets. Esta consonancia individualista entre política y literatura constituye una notable afinidad electiva.

2. El cambio democrático de la literatura

Milena Busquets es una escritora catalana autora de la multitraducida novela *Esto también pasará*. La de Busquets es una trama fincada en la conciencia de una mujer que sitúa el sentido de la vida en sus amores, divorcios e interlocuciones familiares. Resaltar su subtrama es deducir un pasado histórico que condiciona el carácter de la protagonista (un álter ego de la autora) y ayuda a entender su desapego ante esa herencia. Deudora de una madre ícono de la izquierda antifranquista, este personaje simboliza las hijas e hijos de la generación del 68 que rechazan los ideales de sus progenitores.

Volcarse en la vida personal es una forma política arraigada en la democracia desde el cambio cultural de los 70. No casualmente, 1977 es el año en que Ronald Inglehart publica su investigación sobre *La Revolución Silenciosa*, a partir de la que una nueva generación reemplazó los valores materiales por el disfrute de valores posmaterialistas depositados en el placer individual. *Las horas contigo* (2014),

la primera película rodada por Catalina Aguilar Mastretta, enaltece, como consecuencia de esa inversión, la maternidad como la máxima experiencia personal. *Después del invierno*, novela premiada de la escritora mexicana Guadalupe Nettel, es otra variante de esta sensibilidad con un fin narrativo que exalta la maternidad como cima de las vidas individuales. La infancia en una familia sesentera a tono con las costumbres sexuales de la época, ha contado Nettel, es el trasfondo contra el que sus personajes se rebelan. ¿Qué consecuencias culturales tienen el 68 y las revueltas de los 70?, es una pregunta sugerente para atisbar los significados que la política tendrá para algunos novelistas del *boom* democrático.

También esto pasará, vuelvo a Busquets, pretende ofrecer una mirada *progre* sobre la más caótica maternidad de su protagonista. Ella es una adulta-joven, encaprichada con no dejar de ser una niña, y quien está segura de que una crianza sin figuras de autoridad es lo que más beneficia a sus hijos. Pero más allá de poses culturales de izquierda, esta educación no trasciende el ámbito de lo privado. Ser buenas personas, como la autora lo plantea, consiste en aprovechar el enriquecimiento espiritual que la holgura económica permite. El reino de los fines de la vida no rompe en *También esto pasará* con un *presentismo* limitado a estas opciones. La sociedad no tiene en esta novela más alcances que el círculo de amistades confinadas a una cierta clase social. Encantadora, porque la prosa de Busquets posee esa virtud, la gracia de *También esto pasará* reside en una vitalista dramatización de los sentimientos que tironean a su protagonista. La vida ya no está en otra parte, sino dentro de ese reducido pero sobrevalorado fuero íntimo.

La narrativa de Busquets muestra un cambio cultural en la democracia. Hay una forma de repensar la política, como política liberal-democrática, que legitima la individualización. En ello, no obstante, resulta evidenciada una gran ambivalencia del cambio: la tensión entre historias individuales e historia colectiva. Para ver en algunos relatos de la democracia este punto, armo en lo que viene una breve selección de estos reflejos.

El tránsito del pasado

En 1974, el libro de Mario Benedetti *El escritor latinoamericano y la revolución posible* expone la convulsión política y literaria de los 70. Hay un motivo evidente del valor de un texto que alega lo imposible que es para los escritores deslindarse de la Revolución Cubana, del imperialismo o el subdesarrollo. Pero hay también un motivo menos obvio, y que terminará siendo más polémico: la postura política de Benedetti en defensa de Fidel Castro tres años después del encierro de Heberto Padilla y su esposa.

Pero volvamos a Benedetti. Seducido por la hazaña cubana, Benedetti publica en 1959 *El país de la cola de paja*, un ensayo que fustiga el tedio burgués del Uruguay (“la única oficina del mundo que ha alcanzado la calidad de República”). Clasemediero y burócrata, Benedetti ganará popularidad a partir de cuentos, poesías, novelas y obras de teatro que denuncian el sopor de los montevideanos y el abismo de esa indolencia. Sin ser del todo novelas políticas, *La tregua*, *La borra del café* o *Gracias por el fuego* reprochan esta grisura social. El golpe militar de 1973 en Uruguay agudizará esta crítica. Sus letras de emergencia, canciones y obras de teatro políticas (*Pedro y el capitán*) sucederán así a sus primeros relatos con influencias de Svevo y Chéjov. *El cumpleaños de Juan Ángel* y *Primavera con una esquina rota* serán, por otra parte, novelas donde los protagonistas guerrilleros son muy distintos a los de su primigenia historia *Quién de nosotros*.

Años después de su exilio, Benedetti regresa al país que recobró la democracia en 1985. Transitar el pasado convulso, donde líderes revolucionarios fueron materia de su poesía, le impondrá una revisión de su obra, ahora que en democracia el enemigo ha dejado de ser tan definido, la política es otra y el deber intelectual consiste en defender la democracia contra regresiones. “Una crítica democrática a la democracia”, como O’Donnell llamó a la encomienda de fortalecer a la democracia sin dejar de criticarla, es lo que Benedetti realiza en su última novela: *Andamios*. En ésta, un desexiliado procura reconciliarse con un país posdictatorial turbio, pero necesitado de demócratas.

Javier Montes, el personaje de esta historia, razona que la salud democrática exige enterrar los ideales revolucionarios. La inviabilidad de la política radical, a pesar de que ello colinde con la amnesia histórica y desideologizada, son condicionamientos de la democracia para este personaje. La libertad y la chance de hacer política sin arriesgar la vida no vienen sin un costo. Pagar éste, de modo solidario, es la opción de quien seguirá recelando del gran capital. A condición de no perder de vista los amaños capitalistas, Benedetti propone así transitar el pasado y consentir una política des-radicalizada.

El olvido del pasado

En el último cuento de su libro *Historia argentina* (“La vocación literaria”), Rodrigo Fresán evoca la tarde en que miembros de la Triple A llegan a su casa para raptar a sus padres, pero al no encontrarlos deciden llevárselo a él. Siendo entonces niño, cuenta Fresán, decidí ser escritor para narrar “la historia de un hombre que podía cambiar la historia a voluntad”. El momento en que un escritor se descubre a sí mismo es un mito fundacional, reflexiona Piglia apuntando el modo como el escritor imagina su propia emergencia. Como autor, Fresán nace así abjurando del mundo de locura de sus padres y de su país. En su cuento, la intersección de la política con la vida privada, abundante en épocas de dictadores y revolucionarios, hace cavilar a Fresán sobre el imperativo de romper con esa violenta intromisión de lo político: “Después, enseguida, se presentaba la Historia, la posibilidad de múltiples historias”. La Historia, nos informa Fresán, dejará de ser en su literatura una Historia única, social, política, de tiranos y redentores, para convertirse en un magma contradictorio de historias individuales desatadas de cualquier periplo colectivo.

Otro cuento (*La formación científica*) del libro de Fresán desliza una declaración de principios opuesta al código cultural de sus padres: “(...) a lo largo de años de conversar con grandes astrónomos (...) debo decir que ninguno de ellos tiene una explicación plausible para

el concepto de salir *a caminar por la cintura cósmica del sur*". "A caminar por la cintura cósmica del sur" invoca una canción política de Mercedes Sosa dentro de lo que fue el canto de protesta. Exponer lo abstruso de ese verso, en cuyo esoterismo se educó la generación guerrillera, es una posición testimonial de Fresán.

Lo de Fresán tiene afluentes en una reacción que, frente a la órbita del castrismo, avivó una literatura cuya revolución de formas narrativas fuese independiente de los contenidos. En Fresán, ese tratamiento literario deviene de la tradición rioplatense interesada en trabajar cómo es que la ficción redefine lo real (y no al revés). Macedonio Fernández, Borges, Arlt, Onetti fundan esta estirpe en la que Saer, Levrero, Piglia, Pitol o Neuman se reflejan. Esa magia literaria debió esperar para consagrarse a los años 80 y 90 en los que la política revolucionaria era ya un vestigio. Por un quiebre generacional, inexplicable sin un contexto social diferente, esta tradición rompe con el pasado. Hablar desde otra perspectiva de la política, sirviéndose de corrientes subterráneas en los relatos, es un efecto del cambio democrático en el que descifrar lo político se torna más complejo.

Si la de Fresán es una negación del pasado que valora la literatura como arte de la fuga, hay otra estrategia del olvido que condena lo anterior y propone un presente absoluto. *Usos del pasado. ¿Qué hacemos hoy con los 70's?*, un ensayo de la exguerrillera Claudia Hilb, trabaja sobre ese ángulo. En democracia, escribe Hilb, ha llegado la hora de un *mea culpa* radical que desacralice la política militante. La necesidad de ello, apunta Hilb, brota de una censura a la nostalgia con la que muchos autores indultan una etapa violenta. Creer que el cambio social excusaba las armas, alimentó el monstruo de las dictaduras, enjuicia Hilb. ¿Qué hacemos con los 70?, es así una pregunta que la autora confronta con dos opciones excluyentes: continuar rememorándolos con la melancolía de la derrota; o recordarlos (para sólo así olvidarlos) como un delirio desastroso.

Sin densidad trágica, sino con la falta de *pathos* próxima a la democracia, la novela de la mexicana Marxitania Ortega, *Guerra de Guerrillas*, compone otra estrategia literaria de entierro del pasado. Cercana

a la autobiografía de Laurence Debray (*Hija de revolucionarios*) que ajusta cuentas con la inserción de su padre en la guerrilla del Che Guevara, la narrativa de Ortega trasladará la guerra de guerrillas, vivida por un padre en células clandestinas, a los conflictos existenciales de una hija becada en París para cumplir un programa doctoral de políticas públicas.

En el caso de la novela de Ortega, el olvido no se relaciona con un pasado propio, sino con la decisión de vivir todos los placeres que sus padres reprimieron por un futuro de “hombres nuevos”. Relatada en dos tiempos, el de un padre guerrillero y el de una hija residente en la misma capital francesa donde aquél culminó su formación ideológica, *Guerra de Guerrillas* cuenta los motivos de quien reprueba los sacrificios colectivos.

Una generación consentida, relata así Ortega, menosprecia los ideales sociales mostrando un corte en la transferencia de los valores de izquierda. ¿A qué obcecarse con la fortuna de los otros cuando se puede en democracia guiarse por sueños privados? ¿No es ése el sentido de la existencia? No es sólo una entendible incomprensión generacional lo que inspira a la protagonista; es, por el contrario, el discernimiento sobre lo fallida que fue la vida de su padre lo que la incita a repudiar su sombra. *Guerra de Guerrillas*, propone con mordacidad no enjuiciante la novela, se ha convertido a la vuelta del tiempo en un título expresivo de los dilemas de una vida de espaldas a la historia.

La memoria del pasado

Entre los cambios culturales con los que la democracia se emparenta, uno de los más influyentes es la crítica de la Historia como relato científico de un pasado objetivo. A partir del giro lingüístico en las ciencias sociales, se ha propuesto que la historia es sólo una de varias narrativas afectadas por la dominación social. Con este descrédito, la recuperación del sujeto individual ha gozado de impulso. A la historia se ha opuesto así la Memoria como un relato sustituto y desinteresado

en un relato general. La riqueza de la memoria se halla en la pluralidad de historias, todas ellas igual de válidas para un relativismo extremo. Contar historias subalternas, de vencidos y vejados por el relato oficial, estimula este *boom* de la memoria en el que el ángulo subjetivo destaca como virtud intensa y emotiva.

Tanto es el apogeo de esta nueva sensibilidad que los especialistas distinguen entre abordajes de la memoria y la posmemoria. Si el trabajo de Claudia Hilb conforma una exploración de la memoria propia, una reciente ola de relatos literarios rememora a partir de recuerdos tomados de otros para conocer cómo las generaciones previas vivieron procesos sociales que condicionan el presente.

Quiero referir un conjunto de obras cuya convergencia al recordar el pasado radica en la impresión de que el cambio democrático fue menor que el difundido. El presente en democracia, y la constatación de que el futuro aparece sólo como repetición del *statu quo*, anima esta melancolía crítica en los nietos de una generación revolucionaria.

Cierta literatura chilena es ejemplo de esta posmemoria política, en la cual los legados del autoritarismo fomentan la sensación de que el cambio democrático está sobrevalorado. La Constitución de Chile es la que Pinochet fijó en 1980; de ahí los anclajes de aquel autoritarismo. La avanzada neoliberal ahondó en Chile, además, la desigualdad interna. La individualización social, que desarticuló las formas sindicalizadas y colectivas, es otro de esos lastres recogidos en relatos. En algunas zonas de las ciudades, la democracia chilena reluce, pero no bien se abandonan los polos urbanos y financieros, la sociedad exhibe una visible polarización. ¿Qué tipo de democracia es ésta?, se preguntan las narrativas de Paulina Fernández (*Qué vergüenza*); Nona Fernández (*Chilean electric*, *Space Invaders*, *La dimensión desconocida*); Diego Zúñiga (*Racimo*, *Niños héroes*) o Alejandro Zambra (*Formas de volver a casa*, *Facsímil*, *Mis documentos*).

En el caso de Nona Fernández, la continuidad de los cotos autoritarios inspira relatos que debaten la renovación democrática. ¿Cómo es que estos cambios, con sendos y restrictivos límites, fueron aceptados? ¿Cuál fue el rol de la sociedad civil en estos acuerdos? En *Space*

invaders, Nora Fernández recuerda su niñez bajo planes educativos de la dictadura. En *La dimensión desconocida*, donde mezcla memoria, ficción y hechos reales, Fernández trabaja sobre las confesiones a una revista del *Papudo*, un militar disidente que saca a la luz la tortura metódica practicada por el régimen. Entender el mundo de sus padres es el prisma con el que la autora indaga en estos puntos grises.¹¹

El caso de Diego Zúñiga y Alejandro Zambra es, por su parte, el de un abordaje sobre la soledad y aislamiento que una dictadura implanta. Esas secuelas se ven retratadas por Zúñiga en la miseria de jóvenes relegados por la extrema competitividad económica. *Un mundo de cosas frías* es un cuento suyo sobre adolescentes viviendo en edificios en construcción, siempre con el peligro de que un vigilante los expulse. *Niños héroes* es el nombre sarcástico del libro en el que esa historia se halla. En democracia, el cambio no ha supuesto la erradicación de estas vidas, más desgraciadas ahora.¹²

En Zambra, las formas de volver a casa se echan también de menos en un país que no logra recuperar lo que la dictadura segó. La democracia realmente existente pareciera ser, para Zambra, un intersticio entre la odiada dictadura y el anhelado, pero muy incierto todavía, curso de vida dentro de un régimen de reales libertades y derechos. No es sólo, escribe Zambra en su novela *Formas de volver a casa*, que la gente no pueda restaurar la solidaridad social, sino que los cambios introducidos por la dictadura, y preservados por la democracia,

¹¹ El interés por desmitificar la profundidad del cambio político chileno puede verse también en la obra filmica de Marcela Said: *I love Pinochet*, *El mocito* (sobre el mozo adolescente que servía café a torturadores), *Los perros*; y en la trilogía antipinochetista de Pablo Larraín: *Tony Manero*, *Post Mortem*, *No*. Los casos de Fernández, Zúñiga, Zambra, Said o Larraín son los de escritores y/o cineastas nacidos en los 70 y 80 cuando el cambio democrático se perfilaba. De la más joven de este grupo, Paulina Fernández, nacida en 1988, véase especialmente sus relatos *Talcahuano*, *Olvidar a Freddy* y *Últimas vacaciones* donde las revelaciones, los desengaños y las derrotas de sus personajes son una sinécdoque del país.

¹² Como relato político, el horror social es también el núcleo de las escritoras argentinas Mariana Enríquez (*Los peligros de fumar en la cama*; *Cosas que perdimos en el fuego*) y Selva Almada (*Chicas muertas*).

le recuerdan en los nombres de las calles, en las reformas del sistema educativo y en la reorientación económica y sentimental que no hay vuelta atrás.

La melancolía tiñe así los relatos de Zambra como reclamo a la oquedad del presente y al desamparo del futuro. “Vida de familia”, un relato de su libro *Mis documentos*, repara en un joven sin lazos afectivos y familiares. Por no tener mejor cosa que hacer, este chico acepta la solicitud de su primo de cuidar de su casa mientras él y su esposa se ausentan. Esta habitación de lo extraño, de lo que este joven había despreciado por nunca haberlo tenido, motiva un acto de suplantación por el que se presentará como dueño de ese hogar. Vivir la fantasía remota de poseer una casa, un coche y hasta un gato doméstico, es una manera triste en la que Zambra captura la ficción de los derechos individuales sin un orden social que los materialice. Afirmarse como ciudadanos no es factible sin esa base empírica. La revelación de la impostura del protagonista, de su patético pero entendible engaño ante los ojos de la chica que pretendía conquistar, está contada con tal rabia y compasión que conmueve.

Concluyo la posmemoria literaria con el trabajo de Laura Alcoba. Hija de guerrilleros del Movimiento de Liberación Nacional, y nacida en el buque que transportó a sus padres de Cuba a una incursión clandestina en Buenos Aires, Alcoba ha escrito novelas (*La casa de los conejos*, *Los pasajeros del Anna C.*, *La danza de las arañas*) para entender, a partir de los recuerdos de quienes le preceden, un compromiso político que no deja de considerar errado. En *Los pasajeros del Anna C.*, Alcoba reconstruye el pasado de sus padres para imaginarse el modo en que siendo apenas unos colegas se convencieron de llevar a cabo los designios del Che Guevara. ¿Por qué medios, se pregunta Alcoba, el noviazgo de sus papás derivó en adiestramiento militar? Sin dejar de criticar esa apuesta desmedida, Alcoba desliza cierta admiración hacia esa valentía.¹³

¹³ Ese afecto no indulgente también está en el filme de Benjamín Ávila (2011), *Infancia clandestina*.

En *La casa de los conejos*, esta admiración se atenúa al relatarse la experiencia de una niña (Alcoba misma) en una célula guerrillera. No es sólo el uso que los guerrilleros hacen de esta nena en tareas de mensajería, sino que la protagonista sufre en carne propia el asalto del ejército, conducido ahí por un topo infiltrado al que ella consideraba su amigo. Con todo, el ánimo de entender lo que fue la política revolucionaria priva en las novelas de Alcoba, quien mira con empatía un tiempo singular al que se regresa contrastando aquel arrojo con el espíritu cultural desapasionado de las democracias.

La resistencia crítica

Futuro pasado es el título de un libro de Reinhard Koselleck centrado en lo que François Hartog llamará “régimen moderno de historicidad”. Tal régimen habría sido entre 1789 y 1989 la forma de conceptualizar la historia. En dicha visión, el presente anuda la tensión entre el espacio de experiencias (pasado) y un horizonte de expectativas (futuro). Para esta mirada, no hay futuro sin pasado y el presente carga con ese lazo. Pero esta idea entró en crisis con el fin de la historia y la afición *presentista* a pensar lo actual como momento inédito (Judt, 2008). Concebir el siglo XX como uno de violencias y totalitarismos, y el XXI como el de las sociedades libres y prósperas, es el culmen de esta narrativa.

Inmerso en este clima, el curso narrativo del colombiano Juan Gabriel Vásquez contradice la levedad de la historia. Lector de Conrad y de Piglia, Vásquez refuta ver el presente como un sitio autorreferente. Seguidor también de Proust, Balzac y Vargas Llosa, la aspiración a crear “la novela total” es otra nota señera de su literatura. Con la excepción de *Las reputaciones*, sus novelas son así trabajos de largo aliento (*Los informantes*, *La forma de las ruinas*, *El ruido de las cosas al caer*, *Historia secreta de Costaguana*).

Contemporáneo de su época, Vásquez hibrida sus ficciones con la más fina metaliteratura. Este cruce entre una autoficción (novelas sobre la escritura de un autor de apellido Vásquez), y el relato de la

historia social de un país, es un síntoma de su interés por debatir el concepto de política con el que pensamos los ritmos históricos.

No hay en este programa de preservación histórica ninguna concesión a la nostalgia. Vásquez trae de vuelta el pasado como un tiempo desangrado, cuyas heridas no sanan. Admitir lo ininteligible del presente, escribir libros para sacar a flote la incertidumbre con la que la democracia intenta mantenerse rodeada de violencia, pobreza y desigualdad, es el objetivo de rebuscar en lo que no debiera olvidarse. Sin esa resistencia crítica a borrar el influjo del pasado en el presente, el futuro no podría llegar.

En *Los informantes*, este empeño lleva a Vásquez a escrutar en los años en que el apoyo de Colombia a los Aliados derivó en campos de confinamiento para alemanes que, aunque disidentes del nazismo, fueron igualmente humillados. “Salvar el pellejo” adentra a los personajes de la novela en un juego de máscaras en el que informantes con filias germánicas acusan a inocentes. Este negro episodio de Colombia, cuyas consecuencias afectan al narrador de la novela como hijo de un delator reconvertido en Ministro de Justicia, es para Vásquez una correa de transmisión a la que la democracia se ve sujeta.

La guerra en Colombia por la droga es el tema de *El ruido de las cosas al caer*. ¿Por qué muchos encontraron en las filas de Pablo Escobar una forma de una vida?, es una de las preguntas de una obra contraria a la explicación del “nosotros contra ellos”, donde las huestes del narco serían seres extraños a la comunidad. ¿De qué manera podemos creer que la política democrática está libre de las influencias de ese pasado?, es otra pregunta de la novela, cuya historia no se limita a la obviedad del dinero sucio. Con los poderes de la ficción, Vásquez muestra en el cuerpo mismo del protagonista (baleado por un ajuste al que era ajeno) lo improcedente de trazar el presente como un descargado y luminoso tiempo.

La forma de las ruinas, la más ambiciosa de estas novelas, vuelve sobre el homicidio de Jorge Eliécer Gaitán y el *Bogotazo* en abril de 1948. Dicho magnicidio es enlazado con el del líder Rafael Uribe en 1914, cuya fecha se asocia con el crimen en Sarajevo del archiduque

Francisco Fernando. Como en otras obras de este escritor, la trama cuenta una historia evidente y otra soterrada. La primera es la de la tradición de atentados políticos de la que la democracia es heredera. Contra el relato del orden democrático como producto de acuerdos civilizatorios, Vásquez invoca el weberiano origen violento del orden jurídico. La subtrama, por su parte, se enfrenta a su vez al canon académico para el que el orden social se funda en un pluralismo de intereses que pactan las normas institucionales.

Acoplar los asesinatos de Francisco Fernando, Rafael Uribe, Jorge Eliécer Gaitán, y aun el de John F. Kennedy, conduce a Vásquez a rescatar del olvido las teorías de la conspiración con las que el nacimiento de la ciencia sociológica fue inicialmente identificado (Boltanski, 2016). En literatura, pensemos en el cuento de Borges *Tlön, Uqbar, Orbis Tertius*, estas teorías han formado parte de sus recursos para representar la realidad más allá de ínfulas científicas que prescriben la inutilidad de esas “esquizofrenias”. Que Vásquez interpele al cambio democrático desde el aporte que alguna conspiración pueda tener en su fortuna, resulta excitante por constituir un recuadro político a contrapelo de la explicación común. Hay en ello un proyecto literario de resistencia crítica al abandono del pasado, como también al de la comprensión institucionalista de la vida social que la política democrática se ha encargado de recortar y proponer.

Conclusiones

Tras militar en el bando que perdió la Guerra Civil española, la aspiración de George Orwell era “convertir la escritura política en arte” (Antúñez, 2017:258). Esa extrema politización de lo literario fue otro reflejo de la Guerra Fría, cuya traducción en América Latina opuso dictaduras de derecha y movimientos revolucionarios de izquierda. En esa crispación, la política era una fuerza que hegemonizó lo social y se introdujo en las preocupaciones de escritores impelidos a posicionarse en esa atmósfera.

Con el arribo de la democracia, la radical transformación de la que ésta es parte estructura un nuevo imaginario político con muy diferentes prioridades y objetivos. Son otros ahora los mapas y lenguajes políticos afectados por un cambio cultural, para el que la realización de expectativas individuales conformaría una prueba del orden democrático.

Además de una veta infalible de dicha, la literatura es un sitio en el que descubrir la redefinición de lo político ocurrida en democracia. Sintomáticos de su tiempo, los escritores aquí trabajados revelan tensiones de la representación de lo social luego de transiciones democráticas que no desaparecen, pero sí replantean, los problemas de las históricas e intrigantes relaciones del individuo y sus circunstancias.

Conclusiones

¿Importa aún ser de izquierdas? ¿Poseer, y actuar conforme a una ideología política, modela la imagen y experiencia del mundo que tenemos y del que nos gustaría vivir? ¿La democracia resta valor y dramatismo a la identidad ideológica? ¿Si la izquierda existe todavía, puede hacer alguna diferencia relevante en la democracia?

Como muchas otras, a las que tardaré más tiempo en dar forma consciente, estas preguntas han estado en el fondo de mis motivaciones de escritura. Se trata, especialmente, de interrogantes para las que el proceso de adaptación democrática de la izquierda no tiene resoluciones absolutas. Drástico e inconcluso, este proceso confronta a la izquierda con la misma posibilidad de sobrevivir más allá de una memoria testimonial, ser un actor apenas sistémico y domeñado o rebuscarse en una narrativa irracional tan utópica como ciega a su automarginación. No es evidente tampoco, pero, en el mejor de los casos, podría ser que esta inacabada reconstrucción fuese la de un radical

reformismo que remodelara la idea dominante de democracia. Sin esclarecer el sentido de su reorientación, la metamorfosis democrática de la izquierda le ha supuesto apuros, extrañamientos y perplejidad.

Ese ánimo, que revela lo lejos que la izquierda ha estado del mando y discernimiento de sus más agudas transmutaciones, es el tono con el que trabajé aquí con preguntas de desciframiento desconocido, o bien incitadoras de respuestas tan inasimilables que terminan devolviéndonos a la perplejidad de origen. Proponer algunas clarificaciones, así fuera del por qué la redefinición democrática de la izquierda guarda una condición irresuelta, azuzó la realización de este estudio. Llegado el momento de un cierre más bien imposible, articulo unas conclusiones abiertas a partir de: I) una síntesis global; II) un comentario sobre la forma en la que este ensayo fue escrito; y III) unas reflexiones “finales”.

I

Demostrar la causalidad racional de los cambios es una manía de politólogos incómodos con la ciencia probabilística. Aun admitiéndose como tal, la ciencia política ve con desdén a la historia, cuyo método considera el menos fiable para controlar hipótesis (Sartori, 1984). La historia no fue en este ensayo un medio parametrizado de verificación, pero sí un paisaje de fondo para dimensionar cambios sociales. Atender un marco histórico resulta básico, en efecto, para no relativizar contrasentidos del cambio social que instituciones e imaginarios reducen. En la *primera parte* de este libro aparecieron, por ello, coyunturas que problematizan los dilemas de la izquierda en democracia. ¿Bajo qué lógicas la democracia liberal superó a un anterior concepto de democracia social; de qué modo el triunfo cultural del neoliberalismo fue favorecido por el aire de rebeldía que ofreció a los electores; qué vínculo existe entre la crisis del liberalismo progresista y el ocaso del comunismo? Estas preguntas contextualizan el *impasse* histórico de una izquierda obligada a cambiar.

En una *segunda parte* mi discusión examinó teorías del cambio social, recogidas por la ciencia política para sus propios fines explicativos. Sociedades posmodernas, posindustriales o líquidas son algunos de estos esquemas conceptuales, que la disciplina escruta y evalúa menos de lo que los refiere como precisas descripciones de la realidad. El cambio partidista, por ejemplo, es resumido como efecto del cambio detallado por sociólogos como Ronald Inglehart (Dalton y Wattenberg, 2002). Lo que la ciencia política pierde al dejar de diseccionar estos marcos teóricos, es la posibilidad de complejizar los análisis antes de asumir el cambio como concreción estable y generalizada de subjetividades reflexivas, lealtades políticas provisionales o resignación partidista ante el centrismo ideológico. Esa ola de vuelcos e inopinadas adaptaciones, que debatí aquí, validan la libertad individual como promesa ya cumplida de las revoluciones democráticas.

Este imaginario social y económico, planteé después en la *tercera sección*, incide en la ingeniería institucional de la democracia y en el modo en cómo las expectativas individuales se perciben. Este clima inhibe un eventual contraprograma ideológico. A sabiendas o no de ello, la izquierda lleva tiempo reagrupándose en torno a agendas pos-materiales, que así como impulsan su acceso al poder, repercuten en la incapacidad de la sociedad para representarse como un ente colectivo. Este marco racionaliza y justifica el crecimiento de la desigualdad social como un precio inexpugnable del realismo económico. Una parte del fatigoso debate entre viejas y nuevas izquierdas se reactualiza así bajo términos en los que una novedosa izquierda, partidaria del realineamiento cultural, se opone a una anacrónica versión apegada a la redistribución de la riqueza. El tránsito de las clases sociales a las identidades subjetivas es un trasfondo epistémico de estas batallas en las que la izquierda se combate a sí misma.¹ Dedicada a las huellas

¹ El duelo izquierda identitaria-clasista en Lash y Featherstone (2002); Žižek (2008); Safatle (2014); Jameson (2016); Bimbi (2017). El giro epistémico del clivaje clasista al identitario en Iggers (2012).

culturales de este desconcierto, una *cuarta sección* tomó al *rock*, la literatura y el cine como ventanas de análisis.

Post Mortem es un filme de 2010 del director chileno Pablo Larraín, sugerente por mostrar las dictaduras desde una mórbida “normalidad”. Larraín compone su película a través de la gris vida de quienes, trabajando en un hospital, lidian con aquella violencia sin poder rebelarse. En una situación límite, el instinto de sobrevivencia de estos personajes recrea las rutinas más anodinas, comportándose como testigos involuntarios de la derrota de la izquierda revolucionaria y su posterior resignificación de la deseabilidad democrática.

Graduación, por otra parte, es un filme de 2016 del director rumano Cristian Mungiu, que relata la vida en Bucarest después del comunismo y las ilusiones de cambio. Sus protagonistas son un matrimonio liberal y profesionalista, que tras volver a su nación para unirse a la primavera democrática, comprueban que el reciclado de los vetustos autócratas en los nuevos líderes políticos ha sido el estrecho resultado de la revuelta. Sacar provecho de la corrupción sistémica de la democracia rumana, es su única opción para que, luego de graduarse, su hija obtenga una beca para emigrar del país.

Entre *Post Mortem* y *Graduación*, entre el brutal comienzo en Chile de las directrices económicas del neoliberalismo y la configuración social en Rumanía del mercado y la democracia, es llamativa la pobreza de obras cinematográficas sobre los reajustes de la consolidación democrática. Por alguna razón, la vida democrática es menos filmada que el período revolucionario o el dictatorial. Cuando los hay, los rodajes abocados a la política democrática reinciden en la procacidad y codicia de los políticos, reproduciendo la ideología neoliberal. Como sucede también con la novela y el *rock* actuales, el cine exhibe una sensibilidad representativa de la transición de la totalidad social al relato de partes, fragmentos e individuaciones con las que hoy se figura y entiende la sociedad. Estas formas culturales son ahora políticas y sociales, precisamente, de este otro que replica las maneras en que la izquierda evolucionó ideológicamente.

II

Encontrar la forma narrativa de este ensayo fue difícil, pero gozoso. Sus primeras versiones están llenas de procedimientos y contenidos desechados. La estructura resultante de esa depuración perfiló los objetivos de escritura, apartándola de florituras o redundancias. Una carga demasiado personal, por ejemplo, reveló el error de incurrir en la falsa trascendencia de lo individual. Pero castigarme con la sublimada objetividad, y ahogar mis verdaderos móviles de reflexión, era la mejor receta para perder interés. Atenuando estas dos inclinaciones, he buscado situar lo escrito en una zona intermedia entre las proyecciones personales y la disertación academicista. Estos dos planos conviven en el trabajo en una relación que considero complementaria. Espero que para lectores especializados, y para los que están libres de ese filtro, la lectura cumpla con ser atrayente.

La forma complementaria que aludo definió también las temáticas seleccionadas para preguntarme ¿cuál es el lugar de la izquierda en una atmósfera hostil a las ideologías clásicas? Dentro de un ecosistema democrático y neoliberal, que exige relajar la firmeza identitaria, ¿se puede seguir siendo de izquierdas luego de cambios esenciales? Dando vueltas a esta cuestión, las entrecruzadas partes del libro ensayaron detectar las fuentes históricas, geopolíticas, económicas, institucionales e imaginarias de un entorno desafiante en el que la izquierda no acaba de conquistar una posición crítica, original y creativa. Con esta estrategia, las secciones trabajadas ostentan así vasos comunicantes que propician una lectura intertextual de sus argumentos. En la historia social, así como en los enfoques teóricos del cambio de época y en las variaciones del cine político contemporáneo, la novela de posdictaduras y el rock en democracia, los objetivos de escritura pretendieron resaltar la confluencia de un proceso que intersecta las grandes estructuras, las instituciones regulativas y las prácticas culturales con los turbados credos ideológicos.

III

“La muerte de las ideologías es ideología”. Muchos años repetí este *cliché* para proteger mi identidad de izquierdas de matices inquietantes. Sigo prefiriendo las definiciones clásicas, pero éstas fueron vulneradas por cambios sociales y democráticos. ¿Cómo renovarse sin mutar en un liberal objetivo o en un socialdemócrata indolente a las clases sociales? En esto consiste el desafío de la izquierda dentro de la democracia.

“¿Pero es que la izquierda aún significa algo?” Un amigo exguerrillero se hace esta pregunta. Una amiga hija de familia republicana reniega, en cambio, de dudar; pronto, me dice ella, la izquierda retomará su brío. Esa seguridad no se respira entre universitarios a los que doy clase. Aquella socialización por la que valores y mitos de la izquierda se inculcaban, ha sufrido un apagón ideológico y cultural. Liberados de esa tradición, para ellos y ellas la pregunta por si la izquierda conserva algún sentido no supone azoro.

En recintos académicos, la definición de izquierda dejó igualmente de referir un concepto sólido. Ésa fue mi experiencia en el Seminario *Las izquierdas mexicanas hoy* en la UNAM. Quiero recordar un par de reveladoras discusiones. En la primera, la indefinición de la izquierda resultó del choque intelectual entre dos formas epistémicas de positivismo. Para una propuesta, la izquierda sería lo que precariamente pueda ser tras acatar la economía de mercado, la democracia liberal y las sociedades de consumo. Son izquierdas, defendía esta mirada, las que por aceptar esos límites califican como liberales, socialdemócratas y capitalistas. Si esta postura pecaba de minimalista, otro positivismo contrapropuso una definición maximalista y vaga: izquierdas son las fuerzas que así se consideren a sí mismas, sean populistas, indigenistas o empresariales.

Pese a tratarse de un debate sobre historia de las ideas, el segundo recuerdo que evoco concluiría en la misma ambigüedad. Gracias a un texto de Diego Gillier (2019), abordamos la evolución en México de revistas de izquierda que, luego de cambios mayores, resultaría difícil tomar como reflejos fehacientes de la cultura de izquierda. *Nexos*, se

argumentó ahí, es una revista socialdemócrata, pero no de izquierda. Esa vacilación reveló paradojas de nuestro tiempo ideológico: 1) se puede ser hoy liberal o socialdemócrata sin que ello suponga adherirse a la izquierda; y 2) preferir la socialdemocracia no implica la centralidad de la desigualdad entre clases. Este balance sugiere una laberíntica perplejidad.

Estas anécdotas son típicas de un proceso de cambio. Quien observa el presente como un desvío pasajero, alimenta su esperanza en un futuro ideológico corregido. Escrito en un pasado sin dudas, el libro *Los Partidos Políticos*, de Duverger, negaba el centro ideológico. Esa pretérita nitidez del Partido Comunista Francés o de la Guerra Civil española funciona como una suerte de evasión: los últimos 40 años parecieran no haber ocurrido así para quien vaticina el regreso de un dogma. ¿Puede la izquierda seguir explicando la realidad?, suena a pregunta insidiosa para una parte de esta generación.

“La izquierda está muerta, se traicionó”, es un reclamo de algunos exguerrilleros a lo que no pudo ser. Menos lejanos que los de los republicanos socialistas, los recuerdos de estos combatientes están teñidos por el saldo de grandes sueños e ineluctables derrotas. Lo que siguió a ello, pese a catapultar el triunfo de la izquierda electoral, no sanó las heridas, pues para cierta parte de esta otra generación la izquierda renunció a transformar la realidad. En esa misma franja generacional, militantes marxistas manifiestan otro reproche fatalista: “al acceder al poder, la izquierda termina por negarse”. Esta decepción por una izquierda en el gobierno invoca un contrasentido: si el costo de ganar es comprometer la ideología, mejor guarecerse en la pureza de los ideales.

¿Cuántos años restan para que los más chicos identifiquen el “puente revolucionario” del 20 de noviembre con las rebajas comerciales del *Buen Fin*? Pregunté esto a mis alumnos para saber si entre sus hermanos pequeños aquella fecha mantiene resonancia patriótica. La respuesta fue tremenda: “tres años, cinco a lo más”, me contestaron quienes como miembros de una generación menor reconocen menos símbolos colectivos. No es sólo que eventos como el Muro de Berlín o el salto de la izquierda mexicana en 1988 les resulten ignotos, sino

que la socialización política de la que el Estado era antes un eje, es un pasado que no les fue transferido. En mi adolescencia, les cuento para ver su incredulidad, la televisión solicitaba no comprar productos extranjeros, los abuelos tenían un mismo trabajo hasta retirarse y los papás nos compraban una horrible imitación de los *tennis Converse* llamada *Súper Faro*. Con tintes autoritarios, aquella socialización derivó de un Estado que vertebraba lo social. Escuchada como una ristra de reliquias, mis alumnos no conectan con aquella prehistoria. A ese pasado ocioso de recordar, perteneció el sentido de guiarse por definiciones ideológicas.

“Nosotros queremos que alguien resuelva cosas; no importa de qué partido”. Una actitud así de franca desvela sus determinaciones históricas. En tiempos neoliberales, el Estado no muere, pero se le tiene por menos valioso; bajo el mercado, el consumo se equipara a la libertad; bajo estos clivajes se postula la división entre obsoletos o versados en lo tecnológico. Izquierda suena en este clima a nostalgia demagógica.

La generación de profesores de la que soy parte, crecida a partir de la derrota de la izquierda radical, creyó en la revolución, no socialista, pero sí democrática. En los procesos de transiciones, socialismo fue, en efecto, una palabra ausente. El fin de la historia, la falta de alternativas a la economía de mercado y la democracia liberal, prefiguró otro futuro en el que la solidez democrática reemplazó a los paraísos de una sociedad sin clases.

En las transiciones a la democracia, los viejos izquierdistas (dispuestos a su propia transición cognitiva e ideológica) descubrirían posible ser de izquierdas y, no obstante, liberal. Para mi generación, la síntesis democracia-liberalismo-izquierda resultaría así poco traumática, pues la democracia, y no la alteración radical de estructuras, fue pensada como el medio para mejorar lo social. Pudimos leer, por ejemplo, a Norberto Bobbio, Norbert Lechner, Octavio Paz o Roger Bartra sin el epíteto de herejes por proponer híbridos de liberalismo, socialismo y democracia. Pero para los 90, la consolidación del capitalismo neoliberal y desregulado abatió la expectativa de una democracia social y progresista. No situar hoy a la izquierda democrática

como una opción repelente a la derecha, es fruto de que un modelo conservador de democracia liberal acabó por imponerse.

Que desde la izquierda se acuse a la democracia liberal de ser más liberal que democrática, puede reducirse a un lamento insulso. Pero que, desde lo que no se reconoce como pensamiento de izquierdas, se advierta también que el actual capitalismo deforma a la democracia, supone una perplejidad mayor (Holmes, 2012; Fukuyama, 2014; Lilla, 2017). El centro de este dilema vuelve oportuno preguntarse si la izquierda tiene aún espacio en la escena histórica. ¿Cómo seguir siendo de izquierdas bajo un entorno neoliberal en el que la democracia (con la que la izquierda se comprometió) se ve constreñida? Aceptar esta encrucijada no es una premisa de todos los gustos académicos, pero gracias a esa discrepancia el debate tiene miga. De eso trató este libro: de discutir si en las relaciones entre izquierda, democracia, liberalismo o socialdemocracia es posible apostar aún por una izquierda ideológicamente definible (y defendible), a pesar de sus hondos cambios.

Bibliografía

Aguilar Camín, H. (2008) *Pensar la izquierda*. FCE. México.

Aguilar Camín, H. y J. A. Aguilar Rivera (2014) “Ideas invisibles, creencias en tránsito”, en *Nexos*, 439, 50-56.

Aguilar Rivera, J. A. (2010) *La geometría y el mito. Un ensayo sobre la libertad y el liberalismo en México, 1821-1970*. FCE. México.

Alexander, J. (2000) *Las teorías sociológicas desde la Segunda Guerra Mundial*. Gedisa. Barcelona.

Alexander, J. (2005) *Fin de Siècle Social Theory. Relativism, Reduction, and the Problem of Reason*. Verso. Londres.

Anderson, P. (1998) *Campos de batalla*. Anagrama. Barcelona.

- Antúñez, R. (Ed.) (2017) *El arte de la tentación. Antología del ensayo inglés*. UV. Xalapa.
- Attili, A. (1997) *La política y la izquierda de fin de siglo*. Cal y Arena. México.
- Augé, M. (2015) *¿Qué pasó con la confianza en el futuro? Siglo XXI*. Buenos Aires.
- Avilés, R. (2002) *Memorias de un comunista. Manuscrito encontrado en un basurero en Perisur*. Nueva Imagen. México.
- Banco Mundial (1997) *Informe sobre el desarrollo mundial. El Estado en un mundo en transformación*. Banco Mundial. Washington.
- Bartra, R. (1981) *Las Redes Imaginarias del Poder Político*. Era. México.
- Bartra, R. (2016) *De la Revolución a la Armonía. Diario de un viaje de estudios a China*. UNAM. México.
- Bauman, Z. (2007) *Vida de consumo*. FCE. México.
- Beevor, A. (2016) “Una nueva época, un mundo infeliz”, en *El País*, octubre 29.
- Bell, D. (1964) *El fin de la ideología*. Tecnos. Madrid.
- Bell, D. (1977) *Las contradicciones culturales del capitalismo*. Alianza. Madrid.
- Biezen, I. v. y H.M. Ten Napel (2014) *Regulating Political Parties. European Democracies in Comparative Perspective*. U. P. Leiden.

- Bimbi, B. (2017) “A tu revolución le falta fresa”, en *Nueva Sociedad*, 268, 137-153.
- Bizberg, I. (Coord.) (2015) *Variedades del capitalismo en América Latina: los casos de México, Brasil, Argentina y Chile*. El Colegio de México. México.
- Bobbio, N. (1986) *El futuro de la democracia*. FCE. México.
- Bobbio, N. (2008) *Ensayos sobre el fascismo*. Prometeo, Universidad de Quilmes. Buenos Aires.
- Boltanski, L. (2006) *Enigmas y complots*. FCE. México.
- Boltanski, L. y É. Chiapello (2002) *El nuevo espíritu del capitalismo*. Akal. Madrid.
- Bourguignon, F. (2017) *La globalización de la desigualdad*. FCE. México.
- Buchanan, J. (1990) “Imperativos constitucionales para los 90s”, en L. Ángeles (Comp.), *Vertientes de la modernización*. IEPES-PRI. México, 243-252.
- Buriano, A., S. Dutrénit y D. Vázquez (2015) *Política y memoria. A cuarenta años de los golpes de Estado en Chile y Uruguay*. FLACSO, Instituto Mora. México.
- Burin, F. y K. Shell (1969) *Politics, Law, and Social Change. Selected Essays Otto Kirchheimer*. Columbia U.P. Nueva York.
- Burke, P. (1999) *El Renacimiento*. Crítica. Barcelona.
- Burke, P. (2007) *Historia y teoría social*. Amorrortu. Buenos Aires

- Burke, P. (2012) *¿Qué es la historia cultural?* Paidós. Barcelona.
- Camou, A. (1997) “Gobernabilidad y democracia en una transición incierta”, en M. Cavarozzi (Coord.), *México en el desfiladero: los años de Salinas*. FLACSO, JP. México, 37-58.
- Carr, B. (1996) *La izquierda mexicana a través del siglo XX*. Era. México.
- Centro de Estudios Sociológicos (1993) *Modernización económica, democracia política y democracia social*. El Colegio de México. México.
- Colom, F. *Las Caras del Leviatán. Una lectura política de la Teoría Crítica*. Anthropos, UAM. Madrid.
- Cohen, J. y A. Arato (2000) *Sociedad civil y teoría política*. FCE. México.
- Colomer, J. (2015) *El gobierno mundial de los expertos*. Anagrama. Barcelona.
- Costa, P. (2012) “Derechos y democracia”, en *Andamios*, 18, 163-216.
- Dahrendorf, R. (1996) *La cuadratura del círculo. Bienestar económico, cohesión social y libertad política*. FCE. México.
- Dahrendorf, R. (2006) *El recomienzo de la historia. De la caída del Muro a la guerra de Irak*. Katz. Buenos Aires.
- Dalton, R. y M. Kuechler (eds.) (1990) *Challenging the political order. New social and political movements in Western democracies*. Oxford U.P. Nueva York.

- Dalton, R. y M. Wattenberg (eds.) (2002) *Parties without Partisans. Political Change in Advanced Industrial Democracies*. Oxford U.P. Nueva York.
- Darnton, R. (2010) *El beso de Lamourett. Reflexiones sobre historia cultural*. FCE. México.
- De Vicente, C. (2018) *La Revolución de 1918-1919. Alemania y el socialismo radical*. Catarata. Madrid.
- Di Palma, G. (1990) “La consolidación democrática: una visión minimalista”, en L. Ángeles (Comp.), *Democratización, partidos y procesos electorales*. IEPES-PRI. México, 47-69.
- Downs, A. (1973) *Teoría Económica de la Democracia*. Aguilar. Madrid.
- Dumont, L. (1987) *Ensayos sobre el individualismo. Una perspectiva antropológica sobre la ideología moderna*. Alianza. Madrid.
- Dunn, J. (1996) *La agonía del pensamiento político occidental*. Cambridge U.P. Nueva York.
- Dunn, J. (2014) *Libertad para el pueblo. Historia de la democracia*. FCE. México.
- Duverger, M. (1957) *Los Partidos Políticos*. FCE. México.
- Elster, J. (1988) *Uvas amargas. Sobre la subversión de la racionalidad*. Península. Barcelona.
- Escalante, F. (1993) “Los límites del optimismo. Un argumento liberal a favor del Estado”, en *Estudios Sociológicos*, XI (32), 399-417.

- Escalante, F. (2004) *Estampas de Liliput. Bosquejos para una sociología en México*. FCE. México.
- Escalante, F. (2015) *Historia Mínima de El Neoliberalismo*. El Colegio de México. México.
- Escalante, F. (2016) *Se supone que es ciencia. Reflexiones sobre la nueva economía*. El Colegio de México. México.
- Escalante, F. (2017) *Senderos que se bifurcan. Reflexiones sobre neoliberalismo y democracia*. INE. México.
- Escalante, F. (Prólogo y traducción). (2018a) *Así empezó todo: orígenes del neoliberalismo. Actas del Coloquio Lippmann*. Cal y Arena. México.
- Escalante, F. (2018b) “Prólogo: sobre el progreso de nuestra ignorancia”, en F. Escalante (Comp.), *Si persisten las molestias (Noticias de algunos casos de ceguera ilustrada)*. Cal y Arena. México, 9-26.
- Esping-Andersen, G. (2000) *Fundamentos sociales de las economías postindustriales*. Ariel. Barcelona.
- Exeni, J. L. (2004) *Entre transición de régimen y cambio de modelo. Democracia y mercado: matrimonio (in)feliz*. FLACSO (Serie Jóvenes Investigadores, 6). México.
- Ferro, M. (2008) *El cine, una visión de la historia*. Akal. Madrid.
- Fitoussi, J-P. y P. Rosanvallon. (1997) *La nueva era de las desigualdades*. Manantial. Buenos Aires.

- Flemming, T. y H. Koch. (2001) *El Muro de Berlín: la frontera a través de una ciudad*. be.bra-Verl. Berlín.
- Fukuyama, F. (1993) “El futuro después del fin de la historia”, en *Estudios Públicos*, 52, 5-24.
- Fukuyama, F. (2014) *Political Order and Political Decay. From the Industrial Revolution to Globalization of Democracy*. Farrar, Straus and Giroux. Nueva York.
- Fukuyama, F. (2015) *¿El fin de la Historia?, y otros ensayos*. Alianza. Madrid.
- Furet, F. (1995) *El pasado de una ilusión. Ensayo sobre la idea comunista en el siglo XX*. FCE. México.
- Gastil, R. (1990) “¿Qué tipo de democracia?”, en L. Ángeles (Comp.), *Democratización, partidos y procesos electorales*. IEPES-PRI. México, 11-16.
- Gay, P. (1982) *La Edad de las Luces*. Time Life. México.
- Gay, P. (1998) *Pleasure Wars. The Bourgeois Experience: Victoria to Freud*. W. W. Norton & Company. Nueva York.
- Gay, P. (2002) *Schnitzler's Century. The making of middle-class culture 1815-1914*. W.S. Norton & Company. Nueva York.
- Gay, P. (2011) *La Cultura de Weimar*. Paidós. Madrid.
- Giddens, A. (1999) *La tercera vía. La renovación de la socialdemocracia*. Taurus. México.

- Gillier, D. (2019) “Las revistas en las izquierdas. Las izquierdas en las revistas”, en M. López Leyva y J. Cadena Roa (Coords.), *Las izquierdas hoy* (en prensa).
- Gilman, C. (2003) *Entre la pluma y el fusil. Debates y dilemas del escritor revolucionario en América Latina*. Siglo XXI. Buenos Aires.
- González Ulloa, P. (2015) *¿Qué mantiene unida a la sociedad?* UNAM. México.
- Greppi, A. (2016) *Teatrocaria: apología de la representación*. Trotta. Madrid.
- Gubern, R. (1964) “Crisis de una moral y renacimiento de un arte (Prólogo)”, en M. Antonioni, *La Aventura*. Aymá. Barcelona, 7-15.
- Guillén, D. y A. Monsiváis (Coords.) (2017) *La legitimidad como desafío democrático. Expectativas públicas, capacidades institucionales y descontentos ciudadanos en México*. El Colegio de la Frontera Norte. México.
- Habermas, J. (2008) *El discurso filosófico de la modernidad*. Katz. Buenos Aires.
- Han, B.-Ch. (2012) *La sociedad del cansancio*. Herder. Barcelona.
- Hartog, F. (2007) *Regímenes de Historicidad*. UIA. México.
- Harvey, D. (2012) *La condición de la postmodernidad*. Amorrortu. Buenos Aires.
- Harvey, D. (2014) *Breve historia del neoliberalismo*. Vicepresidencia del Estado. La Paz.

- Heller, A. y F. Fehér. (1993) *El péndulo de la modernidad: una lectura de la era moderna después de la caída del comunismo*. Península. Barcelona.
- Hilb, C. (2013) *Usos del Pasado. Qué hacemos hoy con los setenta*. Siglo XXI. Buenos Aires.
- Hobsbawm, E. (1994) *The Ages of Extremes. A History of the World, 1914-1991*. Vintage Books. Nueva York.
- Holmes, S. (1999) *Anatomía del antiliberalismo*. Alianza. Madrid.
- Holmes, S. (2012) “Conjura, intriga y corrupción en la teoría democrática”, en A. Przeworski e I. Sánchez-Cuenca (Eds.), *Democracia y Socialdemocracia*. CEPyC. Madrid, 25-59.
- Iggers, G. (2012) *La historiografía del siglo XX*. FCE. Santiago.
- Illades, C. (2014) *De la Social a Morena. Breve historia de la izquierda en México*. JUS. México.
- Inglehart, R. (1977) *The Silent Revolution. Changing values and political styles among Western publics*. Princeton U.P. Nueva Jersey.
- Inglehart, R. (1990) *Cultural Shift in Advanced Industrial Society*. Princeton U.P. Nueva Jersey.
- Jacoby, R. (1999) *The End of Utopy. Politics and culture in an age of apathy*. Basic Books. Nueva York.
- Jameson, F. (1991) *El posmodernismo o la lógica cultural del capitalismo avanzado*. Paidós. Barcelona.
- Jameson, F. (2016) *Los Estudios Culturales*. Godot. Buenos Aires.

- Judt, T. (2008) *Sobre el olvidado siglo XX*. Taurus. Madrid.
- Judt, T. (2010) *Algo va mal*. Taurus. México.
- Judt, T. (2011) *Postguerra. Una historia de Europa desde 1945*. Taurus. México.
- Judt, T. (2012) *Pensar el siglo XX*. Taurus. México.
- Judt, T. (2013) *¿Una gran ilusión? Un ensayo sobre Europa*. Taurus. México.
- Judt, T. (2014) *El peso de la responsabilidad. Blum, Camus, Aron y el siglo XX francés*. Taurus. México.
- Judt, T. (2015) *Cuando los hechos cambian. Artículos, 1995-2010*. Taurus. México.
- Judt, T. (2016) *El Refugio de la Memoria*. Taurus. Buenos Aires.
- Katz, R. (1990) "Party and Linkage: A Vestigial Function?", en *European Journal of Political Research*, 18 (1), 142-161.
- Katz, R. y P. Mair. (1990) "Three faces of party organization: adaptation and change", ponencia presentada en XII Congreso Mundial de Sociología, Madrid, 9-13 de julio.
- Katz, R. y P. Mair. (2004) "El partido cartel. La transformación de los modelos de partidos y de la democracia de partidos", en *Zona Abierta*, 108-109, 9-42.
- Keane, J. (2017) *Breve historia del futuro de las elecciones*. INE. México.

- Kirchheimer, O. (1966) "The Transformation of the Western European Party System", en J. LaPalombara y M. Weiner (eds.), *Political Parties and Political Development*. Princeton. U. P. Nueva Jersey, 177-200.
- Koselleck, R. (1993) *Futuro Pasado*. Paidós. Madrid.
- Kuttner, R. (2017) "The Man from Red Vienna", en *The New York Review of Books*, diciembre 13.
- Lash, S. y M. Featherstone (2002) *Recognition and Difference*. Sage. Londres.
- Laval, C. y P. Dardot. (2013) *La nueva razón del mundo. Ensayo sobre la sociedad neoliberal*. Gedisa. Barcelona.
- Lechner, N. (1987) "Introducción", en N. Lechner (Ed.), *¿Qué es realismo en política?* Catálogos. Buenos Aires.
- Lechner, N. (1990) *Los patios interiores de la democracia. Subjetividad y política*. FCE. Santiago.
- Lechner, N. (1994) "La (problemática) invocación de la sociedad civil", en *Perfiles Latinoamericanos*, 5, 131-144.
- Lechner, N. (1997) "Transición política-política en transición. De por qué la política ya no es lo que fue", en D. Salinas (Coord.), *Problemas y Perspectivas de la Democracia en América Latina*. UIA, Alas, Triana. México, 57-68.
- Lechner, N. (2002) *Las sombras del mañana. La dimensión subjetiva de la política*. LOM. Santiago de Chile.

- Lesgart, C. (2003) *Usos de la transición a la democracia. Ensayo, ciencia y política en la década del '80*. Homo Sapiens. Buenos Aires.
- Levitsky, S. y K. Roberts. (2011) *The Resurgence of the Latin American Left*. The John Hopkins University. Baltimore.
- Lilla, M. (2017) *The Once and Future Liberal. After identity politics*. Harper Collins. Nueva York.
- Lipovetsky, G. (2012) “¿Alta cultura o cultura de masas (diálogo con Mario Vargas Llosa)”, disponible en: <https://www.letraslibres.com/mexico-espana/alta-cultura-o-cultura-masas>.
- Lipovetsky, G. y S. Charles. (2006) *Los tiempos hipermodernos*. Anagrama. Barcelona.
- Lipset, M. y S. Rokkan (eds.). (1967) *Party Systems and Voter Alignments*. Free Press. Nueva York.
- Loaeza, S. (2010) “La metamorfosis del Estado: del jacobinismo centralizador a la fragmentación democrática”, en S. Loaeza y J-F. Prud’homme (Coords.), *Los grandes problemas de México (XIV: Instituciones y procesos políticos)*. El Colegio de México. México, 23-70.
- Lujambio, A. (en colaboración con H. Vives) (2000) *El poder compartido: un ensayo sobre la democracia mexicana*. Océano. México.
- Mair, P. (2013) *Ruling the Void. The Hollowing of Western Democracy*. Verso. Londres.

- Majone, G. (1996) *Temporal Consistency and Policy Credibility: Why Democracies Need Non-Majoritarian Institutions*. European University Institute, WP 57.
- Manin, B. (1998) *Los Principios del Gobierno Representativo*. Alianza. Madrid.
- Maravall, J. M. (2013) *Las promesas políticas*. Galaxia Gutenberg. Barcelona.
- Marshall, T. H. (1997) “Ciudadanía y clase social”, en *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, 79, 297-344.
- Martínez, V. (2007) “Partido *catch-all*”, en F. Aparicio (Comp.), *Grandes temas para un observatorio electoral ciudadano, 3: Sistema político electoral*. IEDF. México, 343-370.
- Martínez, V. (2015) “Transiciones y tensiones de los intelectuales en la política democrática”, en *Andamios*, 27, 123-149.
- Martínez, V. (2017) “Pragmatismo, melancolía e irracionalidad. La izquierda y su atribulado cambio democrático”, en *Andamios*, 35, 259-284.
- Martínez, V. (2019) “El más largo suicidio democrático. Izquierda moderna vs. tradicional”, en M. López Leyva y Jorge Cadena Roa (Coords.), *Las izquierdas hoy* (en prensa).
- Matos Franco, R. (2018) *Limbo Rojo. La nostalgia por el socialismo en Rusia y el mundo poscomunista*. El Colegio de México. México.
- Merino, M. (1998) *Gobierno local, poder nacional. La contienda por la formación del Estado mexicano*. El Colegio de México. México.

- Michels, R. (2003) *Los partidos políticos. Un estudio sociológico de las tendencias oligárquicas de la democracia moderna*. Amorrortu. Buenos Aires.
- Modonesi, M. (2017) “Lecturas de las izquierdas mexicanas”, en *Nueva Sociedad*, 268, 100-109.
- Monsiváis, A. (2017a) “El déficit democrático en México (2004-2014): régimen político, opinión pública y legitimidad”, en D. Guillén y A. Monsiváis (Coords.), *La legitimidad como desafío democrático*. El Colegio de la Frontera Norte. México, 211-237.
- Monsiváis, A. (2017b) *La democracia insuficiente. Expectativas, deficiencias y descontento políticos en México*. El Colegio de la Frontera Norte. México.
- Monsiváis, A. (2019) “La izquierda populista en México: ¿amenaza o correctivo para la democracia?”, en M. López Leyva y Jorge Cadena (Coords.), *Las izquierdas hoy* (en prensa).
- Moreno, A. (2018) *El cambio electoral. Votantes, encuestas y democracia en México*. FCE. México.
- Morlino, L. (2005) *Democracias y democratizaciones*. Cepcom. México.
- Morlino, L. (2014) *La calidad de las democracias en América Latina*. IDEA. San José.
- Mudrovcic, M. y N. Rabotnikof (Coords.) (2013) *En busca del tiempo perdido. Temporalidad, historia y memoria*. Siglo XXI. México.
- O'Donnell, G. (1999) *Contrapuntos. Ensayos escogidos sobre autoritarismo y democratización*. Paidós. Buenos Aires.

- O'Donnell, G. (2007) *Disonancias. Críticas democráticas a la democracia*. Prometeo. Buenos Aires.
- O'Donnell, G. (2010) *Democracia, agencia y Estado. Teoría con intención comparativa*. Prometeo. Buenos Aires.
- O'Donnell, G. y P. Schmitter. (1994) *Transiciones desde un gobierno autoritario/4: Conclusiones tentativas sobre las democracias inciertas*. Paidós. Madrid.
- Offe, C. (1988) *Partidos políticos y nuevos movimientos sociales*. Sistema. Madrid.
- Ostrogorski, M. (1964) *Democracy and Organization of Political Parties*. Anchor Books. Nueva York.
- Paramio, L. (1989) *Tras el naufragio. La izquierda ante el fin de siglo*. Siglo XXI. México.
- Paramio, L. (2009) *La socialdemocracia*. FCE. Buenos Aires.
- Pettinà, V. (2018) *La Guerra Fría en América Latina*. El Colegio de México. México.
- Piglia, R. (2001) *Crítica y ficción*. Anagrama. Barcelona.
- Piglia, R. (2016) *Las tres vanguardias. Saer, Puig, Walsh*. Eterna Cadencia. Buenos Aires.
- Piketty, T. (2014) *El capital en el siglo XXI*. FCE. México.
- Pipitone, U. (2007) *El temblor interminable. Globalización, desigualdad, ambiente*. CIDE. México.

- Pipitone, U. (2015) *La Esperanza y el Delirio. Una historia de la izquierda en América Latina*. Taurus, CIDE. México.
- Polanyi, K. (2003) *La Gran Transformación. Los orígenes políticos y económicos de nuestro tiempo*. FCE. México.
- Przeworski, A. (1990) *Capitalismo y socialdemocracia*. Alianza. México.
- Przeworski, A. (2001) “¿Cuántas terceras vías puede haber?”, en *istor*, 7, 11-37.
- Przeworski, A. (2010) *Qué esperar de la democracia. Límites y posibilidades del autogobierno*. Siglo XXI. Buenos Aires.
- Przeworski, A. (2017) “Desigualdad política y desigualdad económica” (Entrevista con Rodrigo Salazar Elena), en *Perfiles Latinoamericanos*, 50, 7-15.
- Przeworski, A. (2018) *Why Bother with Elections?* Polity. Cambridge.
- Rabotnikof, N. (1999) “Hegelianos, a sabiendas”, en N. Lechner, R. Millán y F. Valdés (Coords.), *Reforma del Estado y Coordinación Social*. PyV, UNAM. México, 195-210.
- Rabotnikof, N. (2009) *De la democracia desencantada al desencanto democrático*. IFE. México.
- Ramírez, S. (1999) *Adiós muchachos. Memoria de la revolución sandinista*. Aguilar. México.
- Ramos, R. (2009) “La formación histórica del Estado nacional”, en J. Benedicto y M. Morán (Eds.), *Sociedad y Política. Temas de sociología política*. Alianza. Madrid, 35-67.

- Reveles, F. (2016) “Mis villanos favoritos: los políticos en el cine mexicano”, en *Folios*, Edición Especial de Cine, 40-42.
- Revelli, M. (2015) *Posizquierda. ¿Qué queda de la política en el mundo globalizado?* Trotta. Madrid.
- Ritzer, G. (2002) *Teoría sociológica moderna*. McGrawHill. Madrid.
- Rodríguez Araujo, O. (2002) *Izquierdas e izquierdismo*. Siglo XXI. México.
- Rojas, R. (2018) *La polis literaria. El boom, la Revolución y otras polémicas de la Guerra Fría*. Taurus. México.
- Romero, J. L. (1989) *Estudio de la mentalidad burguesa*. Alianza. México.
- Rosanvallon, P. (2006) *El capitalismo utópico*. Nueva Visión. Buenos Aires.
- Safatle, V. (2014) *La izquierda que no teme decir su nombre*. LOM. Santiago.
- Salazar, L. (1999) “El concepto de sociedad civil (usos y abusos)”, en P. Hengstenberg, K. Kohut y G. Maihold (Eds.), *Sociedad civil en América Latina: representación de intereses y gobernabilidad*. Friedrich Ebert Stiftung, Nueva Sociedad. Caracas, 21-29.
- Salazar, L. (2003) *Sobre las ruinas. Política, democracia y socialismo*. Cal y Arena. México.
- Sánchez Prado, I. (2016) “Cine y política en la era neoliberal mexicana”, en *Folios*, Edición Especial de Cine, 18-23.

- Sartori, G. (1980) *Partidos y sistemas de partidos*. Alianza. Madrid.
- Sartori, G. (1984) *La Política. Lógica y método en las ciencias sociales*. FCE. México.
- Sartori, G. (1991) *Teoría de la democracia (tomo I)*. Alianza. México.
- Sartori, G. (2004) “¿Hacia dónde va la ciencia política?”, en *Política y gobierno*, 2, 349-354.
- Scarrow, S. (2015) *Beyond Party Members. Changing Approaches to Partisan Mobilization*. Oxford U.P. Nueva York
- Schama, S. (1990) *Ciudadanos. Crónica de la Revolución Francesa*. Javier Vergara. Buenos Aires.
- Schedler, A. (2016) *La política de la incertidumbre en los regímenes electorales autoritarios*. FCE. México.
- Sempere, P. y A. Corazón. (1976) *La década prodigiosa 60's, 70's*. Felmar. Madrid.
- Serrano, E. (2005) “La infraestructura moral del mercado. Reflexiones a partir de Adam Smith”, en *Estudios. Filosofía, Historia, Letras*, 73, 67-101.
- Simone, R. (2011) *El Monstruo Amable. ¿El mundo se inclina a la derecha?* Taurus. México.
- Svampa, M. (2017) “Cuatro claves para leer América Latina”, en *Nueva Sociedad*, 268, 50-64.
- Tezanos, J. y C. Luena. (2017) *Partidos, democracia y cambio social*. Alianza. Madrid.

- Thatcher, M. y A. Stone. (2011) "Theory and Practice of Delegation to Non-Majoritarian Institutions", en *West European Politics*, 25 (1), 1-22.
- Tilly, Ch. (1991) *Grandes estructuras, procesos amplios, comparaciones enormes*. Alianza. Madrid.
- Tilly, Ch. (1992) *Coerción, capital y los Estados europeos, 990-1990*. Alianza. Madrid.
- Tilly, Ch. (2004) *Contention & Democracy in Europe, 1650-2000*. Cambridge. Nueva York.
- Tilly, Ch. (2010) *Democracia*. Akal. Madrid.
- Torrico, M. (Ed.). (2017) *¿Fin del giro a la izquierda en América Latina? Gobiernos y políticas públicas*. FLACSO. México.
- Traverso, E. (2001) *El Totalitarismo. Historia de un debate*. Eudeba, Universidad de Buenos Aires. Buenos Aires.
- Traverso, E. (2003) *La Violencia Nazi. Una genealogía europea*. FCE. Buenos Aires.
- Traverso, E. (2011) *El pasado, instrucciones de uso*. Prometeo. Buenos Aires.
- Traverso, E. (2012) *La historia como campo de batalla*. FCE. Buenos Aires.
- Traverso, E. (2015) *El fin de la modernidad judía. Historia de un giro conservador*. FCE. México.

- Traverso, E. (2016) *Left-Wing Melancholia. Marxism, history, and memory*. Columbia U.P. Nueva York.
- Varela Suanzes, J. (2002) *Sistema de gobierno y partidos políticos: de Locke a Park*. Centro de Estudios Políticos y Constitucionales. Madrid.
- Vargas Llosa, M. (2012) *La civilización del espectáculo*. Alfaguara. México.
- Velasco, J. L. (2005) “Desigualdad económica y democracia en América Latina”, en *Revista de Investigación Social*. 1, 47-59.
- Velasco, J. L. (2007) “Democratización y conflictos distributivos en América Latina”, en W. Ansaldi *et al*, *La democracia en América Latina, un barco a la deriva*. FCE, Buenos Aires. 131-153.
- Vidal, G. (2006) *La ciencia política estadounidense. Trayectoria de una disciplina*. UAM, Porrúa. México.
- Villa, M. (1996) *Los años furiosos: 1994-1995. La reforma del Estado y el futuro de México*. FLACSO, Porrúa. México.
- Villarreal, E. (2018) *La Gobernanza Medioambiental en México. Un análisis del rendimiento de los Consejos de Desarrollo Sustentable* (Tesis Doctoral). IGOP. Barcelona.
- Williamson, J. (1990) “What Washington Means by Policy Reform”, en J. Williamson (Ed.), *Latin American Adjustment. How much has happened?*. Institute for International Economics. Washington, 7-20.
- Woldenberg, J. (2015) *La democracia como problema (un ensayo)*. El Colegio de México, UNAM. México.

- Woldenberg, J. (2017) *Cartas una joven desencantada con la democracia*. Sexto Piso. México.
- Yoclevsky, R. (1997) “De la revolución utópica a la democracia desencantada”, en *Revista Mexicana de Ciencias Políticas y Sociales*, 168, 127-142.
- Zapata, Francisco. (1993) “Democracia, corporativismo, elecciones y desigualdad social en América Latina”, en Centro de Estudios Sociológicos, *Modernización económica, democracia política y democracia social*. El Colegio de México. México, 11-35.
- Zapata, F. (1997) *Ideología y política en América Latina*. El Colegio de México. México.
- Žižek, S. (2006) “Si un fármaco puede hacerme más valiente, más lúcido y más generoso, ¿en qué queda la ética?”, en *Babelia* 748 (suplemento cultural de *El País*), marzo 25.
- Žižek, S. (2008) *En defensa de la intolerancia*. Sequitur. Madrid.

